

PERDIDOS EN VENUS

Ciclo de Venus/2

Edgar Rice Burroughs

Título original: Lost in Venus

Traducción: J. Calvo Alfaro

© 1935 By Edgar Rice Burroughs

© 1953 C. Puig, Impresor

Escorial, 16 - Barcelona

Enviado por C.Palazón

R6 08/02

I - LAS SIETE PUERTAS

A la cabeza del grupo de hombres que me había apresado se encontraban el ongyan Moosko y Vilor, el espía thoriano, quienes habían planeado y llevado a cabo el rapto de Duare a bordo del Sofal.

Los angan, esos extraños seres alados de Venus, los habían llevado a la costa. (Para hacer más comprensible el relato dejaré de usar «kl» y «kloo», los prefijos amtorianos, y, a la manera acostumbrada en la Tierra, le agregaré unas «s» a los nombres para formar su plural.) La pareja había abandonado a Duare a su suerte cuando el grupo fue atacado por los salvajes, de quienes afortunadamente logré salvarla con la ayuda del angan que tan heroicamente la había defendido.

Pero a pesar de que Moosko y Vilor habían abandonado a la joven a sufrir una muerte casi segura, se encontraban furiosos contra mí por haber hecho que el último de los angans la llevase nuevamente a bordo del Sofal. Y al tenerme en su poder, después de que alguien me había desarmado, se envalentonaron y me atacaron con violencia.

Creo que me hubiesen matado en el acto de no haber sido porque a otro integrante del grupo que me había capturado se le ocurrió una idea mejor.

Vilor, que había permanecido sin ninguna arma en la mano, le arrebató su espada a uno de sus compañeros y se plantó ante mí con la evidente intención de hacerme pedazos, pero en ese momento intervino el thorano.

—¡Espera! —le gritó—. ¿Qué es lo que ha hecho este hombre para que se le mate rápidamente y sin que sufra?

—¿Qué quieres decir?—le preguntó Vilor, bajando su espada.

La región en que nos encontrábamos era casi tan desconocida para Vilor como lo era para mí, pues Vilor había vivido en la distante Thora mientras que los hombres que lo habían ayudado a capturarnos eran nativos de aquellas tierras de Noobol. Los seguidores de Thor los habían convencido para que se unieran a ellos en su vano intento de fomentar la discordia y derrocar a los gobiernos establecidos para reemplazarlos por representantes de su oligarquía. Vilor titubeó durante un momento, pero el hombre le explicó:

—Las maneras en que acabamos con los enemigos en Kapdor son mucho más interesantes que clavándoles una espada.

—Explícate—le ordenó el ongyan Moosko—. Para este hombre sería piadoso que muriera instantáneamente. Era un prisionero a bordo del Sofal junto con otros vepajanos, y encabezó un motín en el que fueron asesinados todos los oficiales del barco; luego capturó al Sovong, liberó a los prisioneros que llevaba esa nave, la saqueó, arrojó al mar sus grandes cañones y partió en el Sofal para realizar actos de piratería. Atacó al Yan, un barco mercante en el que viajaba yo, un ongyan, como pasajero. Sin importarle mi autoridad abrieron fuego contra el Yan y lo abordaron. Me trató con la mayor insolencia, me amenazó de muerte y me hizo prisionero. Por todo eso merece la muerte, y si ustedes tienen una manera de ejecutarlo adecuada a sus crímenes, los gobernantes de Thora les recompensarán dadivosamente.

—Lo llevaremos a Kapdor —dijo el hombre—. Allí tenemos un cuarto de siete puertas, y te aseguro que si es un individuo inteligente su agonía será mucho mayor encerrado en esa cámara circular que la que pudiera sufrir por el filo de una espada.

—¡Bien! —exclamó Vilor devolviéndole el arma a su dueño. Este hombre merece lo peor.

Me condujeron por la playa, en dirección al punto en que habían aparecido, y, durante la marcha, debido a la conversación, me enteré del desafortunado incidente al cual podía atribuirle la desdichada coincidencia de que me hubiesen atacado en el preciso momento en que era posible que Duare y yo pudiéramos regresar fácilmente al Vepaja y reunirnos con nuestros amigos.

Aquella partida de hombres de Kapdor estaba buscando a un prisionero que se había escapado cuando les llamó atención la pelea sostenida por los salvajes y los a que defendían a Duare, de la misma manera en que había sido atraído hacia aquel lugar cuando buscaba a la bella hija de Mintep, el jong de Vepaja.

Al acercarse a investigar se encontraron con Mintep y con Vilor, que huían del campo de batalla, y entre éstos se unieron a ellos y emprendieron el regreso al lugar del combate en el momento en que Duare, el angan que había sobrevivido, y yo habíamos divisado frente a la Sofal y planeábamos enviarle señales a la nave.

Como el hombre ave sólo podía transportar a uno nosotros en cada vuelo, yo le había ordenado, aun en contra de su voluntad, que llevase a Duare al barco. Ella se negaba dejarme, y el angan temía regresar al Sofal donde había prestado ayuda para que se realizase el rapto de la princesa, pero yo, al fin, en el preciso momento en que la partida de enemigos estaba a punto de atacarnos, logré que se sujetase a Duare y volase con ella.

Soplaba una fuerte tormenta, y yo temía que no pudiese llegar hasta el Sofal volando contra el viento, pero sabía que para Duare sería menos espantoso perecer ahogada en aquellas embravecidas aguas que caer en manos de los partidarios de Thor, y especialmente en mar Moosko.

Mis apresadores, durante unos breves minutos, permanecieron mirando que el hombre ave se alejase con su carga desafiando la tormenta. Luego, cuando emprendieron la marcha hacia Kapdor, Moosko les había indicado que era dudoso que Kamlot, quien se encontraba al mando del Sofal, enviase a tierra a una partida de hombres después de que Duare le hubiese informado de mi captura. Y así, al avanzar y quedar tras de nosotros los rocosos montículos de la costa, Duare y el angan se perdieron de vista, y yo

sentí que estaba condenado a vivir las breves horas de vida que me quedaban sin llegar a saber la suerte que había corrido la maravillosa joven venusina que el destino había deparado que fuese mi primer amor.

El haberme enamorado de esa joven en la tierra de Vepaja, donde había tantas mujeres hermosas, resultaba una tragedia. Ella era la hija de un jong, o rey, y se le consideraba sagrada.

Durante los dieciocho años que tenía de vida sólo se le había permitido ver y hablar con los hombres que eran miembros de la familia real o con unos cuantos servidores de confianza, hasta que entré a su jardín y le dediqué mis atenciones, que fueron muy mal recibidas. Y luego, poco después, le había ocurrido algo terrible. La había raptado un grupo de thoranos, miembros del mismo partido que me habían capturado junto con Kamlot.

Duare se había sorprendido y aterrorizado cuando le declaré mi amor, pero no me había denunciado. Hasta el último momento, cuando nos encontrábamos en lo alto de los rocosos peñascos que se elevaban a orillas del mar de Venus, parecía despreciarme. Yo le ordené al angan que la llevase a bordo del Sofal, y entonces fue cuando ella extendió las manos implorante, y me gritó:

—¡No me alejes de ti, Carson! ¡No me alejes! ¡Te amo! ¡Te amo!

Aquellas palabras, aquellas increíbles palabras todavía sonaban en mis oídos y me llenaban de gozo aun ante la inminencia de la muerte desconocida que me esperaba en la cámara de las siete puertas.

Los hombres de Kapdor que me escoltaban se hallaban muy intrigados por mis rubios cabellos y mis ojos azules, pues todos los venusinos desconocían esas características raciales. Le preguntaron a Vilor respecto a mi procedencia, pero éste insistió en que yo era vepajano, y como los vepajanos son enemigos mortales de los thoranos, su afirmación me condenaba con toda seguridad a la muerte aun cuando no hubiese sido culpable de las ofensas de las que me acusaba Moosko.

—Dice que llegó de otro mundo que se halla muy distante de Amtor; pero lo capturaron en Vepaja junto con otros vepajanos, y Duare, la hija de Mintep, el jong de Vepaja, lo conocía.

—¿Qué otro mundo puede haber aparte de Amtor?—rezongó uno de los soldados.

—Ninguno. ¡Claro!—aseguro otro soldado—. Más allá de Amtor sólo hay rocas ardientes y fuego.

La teoría cósmica de los amtorianos es tan nebulosa como su mundo rodeado por dos grandes nubes. La lava que brota de sus volcanes les ha sugerido la existencia de un mar de rocas derretidas sobre el cual flota Amtor como si fuera un gran disco. Y cuando ocasionalmente se rasgan las nubes y pueden ver el brillante sol y sentir su fuerte calor, eso les hace pensar que en las alturas sólo hay fuego; y cuando las nubes se rasgan por las noches los amtorianos creen que las miríadas de estrellas que ven son chispas del eterno y ardiente horno que funde el mar de metales que se encuentra debajo de su mundo.

Yo me hallaba exhausto debido a todo lo que me había acontecido desde la noche anterior en que se desencadenó el huracán y el fuerte bamboleo del barco me despertó. Al caer al mar arrastrado por una enorme ola tuve que luchar denodadamente contra la furia de las aguas, lucha que hubiese agotado a cualquier otro hombre que no tuviera tanta fuerza como yo; y luego, después de llegar a la playa, tuve que caminar mucho en busca de Duare y de sus raptos, y después hacerle frente a los salvajes nobargans, los hombres bestias que habían atacado a los secuestradores de Duare.

Ya me encontraba a punto de caer rendido cuando, al llegar a lo alto de una loma, apareció ante nuestros ojos una ciudad amurallada que se extendía cerca del mar y a la entrada de un pequeño valle. Supuse que se trataba de la ciudad de Kapdor, y, aunque sabía que allí me esperaba la muerte, no pude menos que alegrarme al verla, pues me imaginé que tras aquellas murallas habría algo de comer y beber.

Las rejas de la entrada de la ciudad estaban muy bien vigiladas, lo que hacía suponer que Kapdor tenía muchos enemigos. Todos los ciudadanos estaban armados con espadas, dagas o pistolas, estas últimas eran muy parecidas a las que yo había conocido en casa de Duran, el padre de Eamlot, en la ciudad arbórea de Koad, que es la capital de Vepaja, el reino de Mintep, que comprende toda una isla.

Estas armas despiden rayos letales R, que destruyen los tejidos de hombres y animales, y son mucho más mortales que las 45 automáticas conocidas en la Tierra, pues despiden una descarga continua de rayos destructivos mientras no se deje de oprimir con el dedo el mecanismo que genera los rayos.

Había mucha gente en las calles de Kapdor, pero todos tenían un aspecto tan torpe y cansado que ni siquiera ante la magnífica presencia de un prisionero de blondos cabellos y ojos azules mostraban el menor interés. Toda aquella gente me pareció como si fueran bestias de carga que realizaban sus tareas sin el menor estímulo proporcionado por la imaginación o la esperanza. Esos eran los que estaban armados con dagas, y había otra clase que supuse que era la casta militar, cuyos representantes portaban espadas y pistolas. Éstos me dieron la impresión de estar más alerta y animosos, pues evidentemente eran más favorecidos por el régimen social existente, pero no parecía que fuesen más inteligentes que los demás.

Los edificios, en su mayoría, eran humildes cabañas o cobertizos de un solo piso, pero había otros de mayores pretensiones que contaban con dos y hasta tres pisos. Una gran parte de aquellas construcciones era de madera, pues las selvas abundan en aquella región de Amtor, aunque no vi ningún árbol tan grande como los que crecen en la isla de Vepaja y que conocí a mi llegada a Venus.

A lo largo de las calles por las que me llevaban había cierto número de edificios de piedra, pero todos eran cuadrados, sin ningún atractivo en su estructura y sin el menor rastro artístico o de genio imaginativo.

Mis apresadores me condujeron hasta una plaza que se hallaba rodeada de edificios mayores que los que hasta entonces había yo visto. Pero también en aquel lugar era evidente la suciedad y eran manifiestas las pruebas de ineficacia e incompetencia.

Entramos a un edificio cuya entrada se hallaba guardada por soldados. Viior, Moosko y el jefe de la partida de hombres que me capturaron me condujeron hasta un cuarto en donde, en una silla, un hombre gordo dormía con los pies sobre una mesa que, sin lugar a dudas, le servía tanto como escritorio como para mesa de comer, pues sobre ella había papeles en desorden y restos de una comida.

El hombre despertó cuando entramos, abrió los ojos y nos miró parpadeando repetidas veces.

—¡Salud, amigo Sov!—exclamó el oficial que me acompañaba.

—¡Ah! ¿Eres tú, amigo Hokal?—masculló Sov, soñoliento—. ¿Quiénes son esos hombres?

—El ongyan Moosko, de Thora; Vilor, otro amigo, y un prisionero vepajano que capturé.

Sov se puso en pie al oír que el oficial mencionase el título de Moosko, pues un ongyan es un personaje de la oligarquía y un gran hombre.

—¡Salud, ongyan Moosko! —exclamó con voz estentórea—. ¡Conque nos trae a un vepajano! Por casualidad, ¿no es médico?

—Ni lo sé ni me importa—le respondió ásperamente Moosko—. Es un asesino y un canalla, y sea médico o no, tiene que morir.

—Pero necesitamos médicos—insistió Sov—, estamos muriendo debido a las enfermedades que nos aquejan y a la vejez. Moriremos todos si no nos atiende pronto un médico.

—Ya oíste lo que te dije, ¿no, amigo Sov?—le respondió Moosko.

—Si, ongyan—replicó medrosamente el oficial—; morirá. ¿Quiere que acabemos con él inmediatamente?

—El amigo Hokal me dijo que ustedes dan muerte a sus enemigos de manera lenta y mucho mas placentera que atravesándolos con la hoja de una espada. Cuéntame cómo es eso.

—Me refería a la cámara de las siete puertas—explicó Hokal—. Los delitos de este hombre son graves: apreso al ongyan y lo amenazó con quitarle la vida.

—No tenemos una muerte adecuada a semejante crimen —gritó horrorizado Sov—, pero la cámara de las siete puertas, que es lo mejor que tenemos para ofrecerle, estará lista dentro de unos momentos.

—¡Descríbemela! ¡Descríbemela!—le urgió Moosko—. ¿Cómo es? ¿Qué le pasará a este canalla? ¿Cómo morirá?

—No podemos explicarle eso en presencia del prisionero —le respondió Hokal—, si es que quiere gozar plenamente de la tortura que el sentenciado sufrirá en la cámara de las siete puertas.

—Bien, entonces que lo encierren. ¡Que lo encierren! —ordenó Moosko—. ¡Que lo lleven a una celda!

Sov llamó a dos soldados y éstos me condujeron a un cuarto posterior en el que me empujaron en un sótano oscuro y sin ventanas. Cerraron con violencia la trampa y me dejaron solo con mis sombríos pensamientos.

La cámara de las siete puertas. El nombre me fascinaba. Me preguntaba que sería lo que me esperaba allí y cuál sería la entraña manera en que recibiría una horrible muerte. Tal vez no fuese tan terrible, después de todo; tal vez sólo trataban de sugestionarme para hacer más terrible mi fin.

¡Así que aquel iba a ser el término de mi loco intento de llegar a Marte! Iba a morir solo en aquella distante avanzada de los thoranos, en la tierra de Noobol, la que sólo significaba un nombre para mi. Y había tanto que ver en Venus, y había yo visto tan poco.

Recordé todo lo que Danus me había dicho, todo lo referente a Venus y que había estimulado tanto mi imaginación. Sus relatos acerca de Rarbol, la región de los hielos, en la que vivían entrañas bestias salvajes y hombres todavía más extraños y salvajes; y Trabol, la región tórrida, en la que se hallaba la isla de Vepaja, hacia la que la suerte había guiado el cohete en que yo viajaba con destino a Marte. La zona que más me interesaba era la de Strabol, la región caliente, pues estaba seguro de que aquella zona correspondía a las zonas ecuatoriales del planeta y que más allá de ella se extendía una vasta región inexplorada de la que los habitantes del hemisferio meridional, la región templada, ni siquiera suponían su existencia.

Una de mis esperanzas cuando me apoderé del Sofal y me convertí en capitán pirata, era la de encontrar un paso por el mar al norte de esta terra incognita. ¡Qué extrañas razas y qué nuevas civilizaciones podría encontrar allí! Pero ahora había llegado al final, no sólo de mis esperanzas, sino también de mi vida.

Decidí dejar de pensar en todo aquello. No sería difícil que yo comenzara a compadecerme si continuaba con semejantes pensamientos. y eso no tenía ningún objeto práctico. Sólo conseguiría desalentarme.

Guardaba bastantes recuerdos agradables y traté de recordarlos para ayudarme. Los días felices que había pasado en la India antes de que mi padre muriese eran gratos de recordar. Pensé en el viejo Chand Kabi, mi tutor. y en todo lo que me había enseñado y que no se hallaba en los libros de la escuela, en su satisfactoria filosofía que sería conveniente llamar en mi ayuda en aquellos momentos finales de mi vida. Chand Kabi me enseñó a usar la mente en toda su capacidad y a proyectarla a través del espacio ilimitado hasta alcanzar otra mente entonada para recibir su mensaje, poder sin el cual los frutos de mi extraña aventura perecerían conmigo en la cámara de las siete puertas.

También tenía otros recuerdos agradables para alejar la niebla de tristeza que envolvía mi futuro inmediato; eran recuerdos de los buenos y leales amigos que yo había tenido durante mi breve estancia en aquel distante planeta: Kamlot, mi mejor amigo en Venus, y aquellos «tres mosqueteros» del Sofal: Gamfor, el granjero; Kiron, el soldado, y Zog, el esclavo. ¡No cabía duda de que habían sido buenos amigos!

Y luego, el recuerdo de Duare, el más grato de todos. Me parecía que valía la pena haber corrido todos aquellos riesgos y peligros por ella. Sus últimas palabras me compensaban hasta por la muerte. Me había dicho que me amaba, ella, la incomparable, la inalcanzable, ella, la esperanza de un mundo, la hija de un rey. Casi no podía creer lo que había oído, pues con anterioridad, siempre me había rechazado y había tratado de demostrarme que no sólo no compartía mis sentimientos sino que me aborrecía. Las mujeres son extrañas.

No sé cuánto tiempo permanecí en aquel sótano oscuro. Tal vez pasaron varias horas antes de que yo oyera pasos en el piso del cuarto de arriba y de que la trampa se abriera y me ordenasen salir.

Varios soldados me escoltaron hasta la inmundada oficina de Sov, en la que éste se hallaba en gran conversación con Moosko, Vilor y Hokal. Un jarro y vasos que despedían un fuerte olor a licor, eran prueba de la forma en que habían animado su reunión.

—Llévenlo a la cámara de las siete puertas—ordenó Sov a los soldados que me custodiaban.

Salimos del edificio y, escoltado, avancé por la plaza seguido por los cuatro hombres que me habían condenado a muerte. A corta distancia de la oficina de Sov los soldados dieron vuelta y continuamos por un estrecho y sinuoso callejón; poco después llegamos hasta un gran espacio abierto en cuyo centro se elevaban varios edificios, uno de los cuales, una torre circular rodeada por una alta muralla de piedra, sobresalía de entre los demás.

Pasamos por una pequeña reja y entramos a un pasaje cerrado, un sombrío túnel en cuyo final había una fuerte puerta que abrió uno de los soldados con una gran llave que

Hokal le entregó. Los soldados se apartaron y yo entré en el cuarto seguido por Sov, Moosko, Vilor y Hokal.

Me encontré en una cámara circular en cuyas paredes había siete puertas idénticas distribuidas a intervalos regulares alrededor de la circunferencia, en tal forma que no había manera de diferenciar una puerta de otra.

En el centro de la cámara se hallaba una mesa circular en la que había siete vasijas que contenían siete variedades diversas de comida, y siete copas que contenían distintos líquidos. Colgando a cierta distancia del centro de la mesa había una soga con un nudo en el extremo inferior. El extremo superior de la soga se perdía entre las sombras del alto techo, pues la cámara estaba alumbrada muy débilmente.

Como yo me encontraba sediento y medio muerto de hambre, al ver aquella mesa servida se me hizo agua la boca y comprendí que si bien estaba próximo a morir, a pesar de todo, no moriría hambriento. Los thoranos podían ser crueles y desalmados en cierta forma, pero no había duda de que aún conservaban cierta benevolencia, pues, de no ser así, no le hubiesen preparado una comida tan abundante a un condenado a muerte.

—¡Escucha!—gritó Sov dirigiéndose a mí—. Oye bien lo que te voy a decir.

Moosko se hallaba inspeccionando la cámara y una sonrisa malévola se dibujaba en sus labios.

—Ahora te dejaremos solo aquí—continuó Sov—, si puedes escapar de este edificio te perdonaremos la vida. Como puedes ver, hay siete puertas para salir de esta cámara y ninguna tiene cerrojos. Cada una de ellas da acceso a un corredor idéntico al que nos permitió llegar hasta aquí. Quedas en libertad de abrir cualquiera de esas puertas y entrar a los corredores. Después de que pases por la puerta que escojas ésta se cerrará, movida por un resorte, y no podrás abrirla por el lado opuesto, pues fueron construidas de tal modo que no hay manera de abrirlas desde el exterior, con excepción de la puerta por la que entramos, que fue abierta por el mecanismo secreto que la mueve. Sólo esa puerta conduce a la vida; todas las demás, a la muerte. En el corredor a que da acceso la puerta siguiente hay un resorte en el suelo que, al pisarlo, hará que salten sobre ti enormes púas que te matarán. En el tercer corredor un resorte similar al anterior dejará en libertad un gas que te hará prender fuego y te consumirá. En el que le sigue, los rayos R acabarán contigo instantáneamente. En el quinto se abrirá otra puerta en el extremo del corredor y saldrá un tarbán.

—¿Qué es un tarbán?—le pregunté.

Sov me miró asombrado, y rezongó:

—Tú lo sabes tan bien como yo.

—Ya te dije que soy de otro mundo —le respondí—. No sé qué quiere decir esa palabra.

—Se lo podemos decir—indicó Vilor—, pues si por casualidad no lo sabe, se perdería parte del horror de la cámara de las siete puertas.

—Si, estoy de acuerdo con eso—intervino Moosko—. Explícale lo que es un tarbán, amigo Sov.

—Es una bestia terrible—me explicó Sov—, una bestia enorme y terrible. Su cuerpo es de color rojizo con rayas blancas a lo largo y está cubierto de gruesos pelos que parecen púas, y el color de su vientre es azulado. Posee grandes mandíbulas y tremendas garras, y sólo se alimenta de carne humana.

En ese momento se oyó un rugido espantoso que hizo retemblar el edificio.

—Ese es el tarbán —me dijo Hokal sonriendo cruelmente—. No ha comido hace tres días, y no sólo está hambriento sino que está furioso.

—¿Y qué hay detrás de la sexta puerta?—le pregunté.

—En el corredor que hay tras ella te bañará un ácido corrosivo que te quemará los ojos y que consumirá tu carne lentamente; pero no morirás en seguida. Tendrás tiempo

suficiente para arrepentirte de los delitos por los que te encuentras en esta cámara de las siete puertas. Yo creo que la sexta puerta es la más terrible de todas.

—Para mi la séptima es peor—intervino Hokal.

—Tal vez —admitió Sov—. En la séptima puerta la muerte tarda más en llegar y la agonía es más prolongada. Cuando se pisa el resorte que se halla oculto en el suelo del corredor que se halla tras la séptima puerta, las paredes comienzan a moverse avanzando lentamente hacia la víctima. Su movimiento es tan lento que casi es imperceptible, pero llega el momento en que llegan hasta ella y la trituran.

—¿Y para qué sirve el lazo que cuelga sobre la mesa? —le pregunté.

—Durante la agonía producida por la indecisión de no saber qué puerta abrir —me explicó Sov— te sentirás tentado a destruirte y..., para eso está allí el lazo. Pero expresamente cuelga a tal distancia de la mesa que no lo podrás utilizar para quebrarte el cuello y morir rápidamente; lo único que puedes hacer es estrangularte con él.

—Creo que se han tomado demasiadas molestias para acabar con sus enemigos—les indiqué.

—En un principio la cámara de las siete puertas no servía para matar a nadie—me explicó Sov—; se usaba para hacer que nuestros enemigos cambiasen de ideas y se aliasen a nosotros, y resultó muy eficaz.

—Ya me lo imagino—le repliqué—. Y ahora que ya me han explicado todo, ¿me permitirían que antes de morir satisfaga el hambre que tengo?

—Todo lo que está en esta cámara es tuyo y puedes hacer con ello lo que quieras. Pero antes de que comas te haré saber que sólo una de esas siete variedades de comida que están sobre la mesa no está envenenada. Y antes de que satisfagas tu sed, creo que te interesará saber que sólo una de esas siete deliciosas bebidas que se hallan en esas vasijas no está envenenada. Ahora, asesino, te abandonaremos. Mira bien a seres humanos por última vez en tu vida.

—Si la vida me deparara solamente la oportunidad de verlos a ustedes, entonces moriría con gusto.

Uno a uno salieron de la cámara por la puerta que conducía a la vida. Me quedé mirando atentamente la puerta para no desconocerla después, y luego, las tenues luces se apagaron.

Crucé la cámara rápidamente en dirección al lugar exacto hacia donde sabía que debía estar la puerta, pues me había quedado mirándola de frente. Sonreí al pensar que se imaginaron que me desorientaría inmediatamente tan sólo con que se apagase la luz. Si no habían mentido saldría de aquella cámara casi tan pronto como ellos, para reclamar la libertad que me habían prometido.

Me aproximé a la puerta con las manos extendidas. Me sentía sumamente mareado. Me resultaba difícil mantener el equilibrio. Mis dedos se pusieron en contacto con una superficie lisa que se movía; era la pared que giraba hacia la izquierda. El tacto me hizo sentir que una puerta pasaba, y luego otra, y otra. Entonces comprendí la verdad: el piso sobre el que me hallaba parado era el que giraba. Ya no sabía cuál era la puerta que me conduciría a la vida

II - EL PELIGRO INESPERADO

Mientras me hallaba de pie, abrumado por el desaliento, las luces volvieron a encenderse y vi que la pared y las puertas pasaban lentamente ante mi. ¿Cuál era la puerta que me permitiría vivir? ¿Qué puerta debía escoger?

Me sentí muy cansado y casi perdido. La tortura del hambre y de la sed me acosaba. Avancé hacia la mesa que se hallaba en el centro de la cámara. El vino y la leche que contenían las siete copas se burlaban de mi. Una de aquellas siete bebidas no era mortal

y podía dejar satisfecha mi sed inmediatamente. Examiné el contenido de cada uno de los recipientes, olfateándolos. Había dos copas de agua. El agua de una de ellas no era muy clara. Yo estaba seguro de que la otra copa tenía el líquido que no estaba envenenado.

La tomé en mis manos. Sentía reseca la garganta y ansiaba tomar un pequeño sorbo de agua. Levanté la copa hasta mis labios y entonces las dudas me asaltaron. Mientras hubiese una remota oportunidad de vivir no debía arriesgarme a perder la vida. Decidido, dejé la copa sobre la mesa.

Miré alrededor de la cámara y vi una silla y un diván entre las sombras que oscurecían la pared que se hallaba más allá de la mesa; al menos, si es que no podía comer ni beber, podría descansar y, tal vez, dormir. Privaría a mis apresadores, tanto tiempo como fuera posible, del placer de que se realizasen sus propósitos. Y con esa idea me aproximé al diván.

Había poca luz en la cámara, pero la suficiente para que, en el momento en que iba a tenderme sobre el diván, me permitiese ver que estaba erizado de agudas púas de metal, y mi esperanza de descansar se desvaneció. Luego examiné la silla y vi que también estaba provista de grandes púas.

¡Qué ingeniosa perversidad habían desplegado los thoranos para concebir aquella cámara y todas las cosas que allí se hallaban! No había nada que yo pudiese usar que no fuera terrible, con excepción del suelo. Y me encontraba tan cansado que, al tenderme sobre él, me pareció un cómodo diván. Claro que su dureza, poco a poco, se volvió más apreciable; pero me hallaba tan extenuado que comencé a sentirme soñoliento, y cuando estaba a punto de dormirme, sentí que algo me tocaba la espalda desnuda, algo frío y viscoso.

En seguida, recelando alguna nueva tortura infernal, di un salto y me puse en pie. Sobre el suelo se retorcían arrastrándose hacia mí serpientes de todas clases y tamaños. Muchas de ellas eran espantosos reptiles de apariencia horrible: serpientes con colmillos como sables, serpientes con cuernos, serpientes con orejas, serpientes azules, rojas, verdes, blancas, moradas. Salían de agujeros de las paredes y se esparcían por el suelo como si estuvieran buscando algo para devorar, buscándome a mí.

El suelo, que hasta entonces lo había considerado como mi único refugio, me era negado. Salté a lo alto de la mesa, entre las comidas y las bebidas envenenadas, y allí me agazapé y me quedé mirando a los horribles reptiles que avanzaban por la cámara, retorciéndose.

De pronto la comida comenzó a tentarme, pero no era el hambre lo que motivaba la tentación. Aquel lazo podía ser lo que me permitiera escapar de mi desesperante y angustiada situación. ¿Qué probabilidades tenía yo de vivir? Mis apresadores, desde que me dejaron en aquella cámara, sabían que nunca podría salir con vida. ¡Qué insensatez resultaba guardar esperanzas en tales circunstancias!

Pensé en Duare, y comprendí que aunque, por algún milagro, lograra escapar, no había la menor probabilidad de que la volviera a ver. Yo, ese hombre que ni siquiera imaginaba en qué dirección quedaba Vepaja, la nación de su pueblo, la tierra a la que seguramente la estaba llevando Eiamlot.

Después de mi captura había yo guardado la esperanza de que Eiamlot desembarcase con la tripulación del Sofal para rescatarme; pero no tardé en desechar esa idea, pues yo sabía que la seguridad de Duare estaba por sobre todas las cosas, y que ninguna consideración haría que retrasase el viaje de regreso a Vepaja.

Mientras pensaba y miraba a las serpientes llegó a mis oídos el grito de una mujer, y me pregunté con indiferencia qué nuevo horror estaría ocurriendo en aquella odiosa ciudad. Fuera lo que fuese, yo no podía saberlo ni evitarlo, y, por lo tanto, no me impresionó demasiado y concentré mi atención nuevamente en las serpientes.

Una de las mayores, una enorme y horripilante serpiente de veinte pies de largo, había levantado la cabeza hasta el nivel superior de la mesa y estaba mirándome fijamente con

sus ojos sin párpados. Me pareció que casi podía adivinar cómo reaccionaba el cerebro de aquel reptil ante la presencia de alimento.

Asentó la cabeza sobre la mesa y haciendo ondular su cuerpo lentamente comenzó a avanzar hacia mi. Sin perder el tiempo miré alrededor de la cámara buscando inútilmente alguna vía de escape. Las siete puertas, situadas entre sí a distancias iguales, se hallaban inmóviles, pues el suelo había dejado de girar poco después de que se encendieran las luces. Detrás de una de esas puertas idénticas estaba la salvación; detrás de las otras seis, la muerte. En el suelo, entre las puertas y yo, se arrastraban las serpientes. No estaban distribuidas de manera pareja sobre todo el espacio que cubrían las baldosas. Había partes por las que uno hubiera podido correr rápidamente sin encontrar más que, casualmente, un reptil; sin embargo, uno solo, si es que era venenoso, resultaría tan fatal como una docena de ellos. Y yo desconocía totalmente todas las especies de serpientes que se hallaban en la cámara.

La espantosa serpiente que había asentado la cabeza sobre la mesa estaba acercándose lentamente hacia mi. La mayor parte de su largo cuerpo se hallaba extendido por el suelo, retorciéndose. Sin embargo, la serpiente todavía no había dado señales de la manera en que efectuaría su ataque. Yo no sabía si debía esperar que me agrediese con sus colmillos envenenados, o que me triturase enroscándose en mi cuerpo, o si solamente me tragaría como, durante mi niñez, había yo visto que otras serpientes hiciesen con sapos y pájaros. De cualquier modo ninguna de aquellas eventualidades era agradable.

Miré rápidamente hacia la puerta. ¿Debería yo apostar todo a favor de la suerte en una sola tirada de dados? La repulsiva cabeza se acercaba cada vez más hacia mi, y yo me alejé de ella dispuesto a correr hacia la puerta por la parte del suelo en que había menos serpientes. Al mirar alrededor de la cámara vi que había un camino casi libre de peligro hacia la puerta que se hallaba tras el diván y la silla.

Cualquier puerta era buena. Sólo una de aquellas puertas daba acceso a la salvación y no había manera de diferenciar ninguna de las siete. La vida podía aguardarme detrás de esa puerta, o quizá la muerte. Tenía que arriesgarme. Quedarme donde estaba para ser víctima de aquel reptil no ofrecía esperanza alguna de salvación.

Siempre me he vanagloriado de la buena suerte que me ha favorecido en la vida, y algo parecía decirme que esa suerte me impulsaba a dirigirme hacia la puerta que me daría la vida y la libertad. Así que fue el optimismo que produce toda empresa cuyo éxito se considera seguro por anticipado lo que me hizo saltar de la mesa para alejarme de las terribles fauces de la gran serpiente y correr hacia la puerta destinada.

Sabía que las puertas se abrían hacia el exterior de la cámara circular, y que toda vez que yo hubiese traspuesto el umbral de una de ellas y la puerta se hubiese cerrado detrás de mí, ya no habría manera de regresar a la cámara. Pero, ¿cómo podría yo evitar eso?

Todo esto que tardo tanto en relatar se realizó solamente en unos cuantos segundos. Corrí rápidamente a través de la cámara evadiendo el encuentro de una o dos serpientes que se hallaban a mi paso, pero no pude dejar de oír los chillidos y silbidos que se produjeron a mi alrededor ni dejar de ver a las serpientes que se retorcían por el suelo y avanzaban para perseguirme o tratar de interceptar mi camino.

No sé qué fue lo que me impulsó a tomar la silla con púas cuando pasé junto a ella la idea me pareció una inspiración. Tal vez, subconscientemente, tuve la esperanza de poderla usar como arma. Pero no era para eso para lo que me iba a servir.

Llegué a la puerta cuando las serpientes ya estaban casi junto de mí. No había tiempo para titubeos. ¡Abrí la puerta y entré en el oscuro corredor! Era exactamente igual al corredor por el cual me habían llevado hasta la cámara de las siete puertas. La esperanza me llenó de ánimo, pero impedí que la puerta se cerrara de nuevo valiéndome de la silla.

Había dado solamente unos pasos más allá de la puerta cuando se me heló la sangre en las venas al oír el rugido más aterrador que jamás haya escuchado, y vi dos

círculos brillantes que resaltaban entre las sombras del corredor. ¡Yo había abierto la quinta puerta, la que daba acceso a la cueva del tarbán!

No titubeé ni un solo instante. Sabía que la muerte me aguardaba en aquella cueva sombría. No, la muerte no me aguardaba sino que se dirigía, amenazante, hacia mi.

Di media vuelta y corrí en busca de la seguridad momentánea que podía ofrecerme la luz y el tamaño de la cámara circular, y, al trasponer nuevamente el umbral de la entrada traté de destrabar la silla para que se cerrara la puerta y no pudiera salir la terrible bestia que me perseguía. Pero algo falló. La puerta, impulsada por un resorte poderoso, se cerró demasiado rápidamente y no pude quitar la silla, la que quedó apresada con fuerza dejando medio abierta la entrada.

Me he encontrado en lugares peligrosos en diversas ocasiones, pero ninguno había sido como este. Ante mi se hallaban las serpientes, entre las cuales la mayor era la que me había perseguido hasta la mesa, y a mis espaldas, estaba el tarbán. No me quedaba más medio para protegerme que volver a lo alto de la mesa de donde había huido tan sólo unos segundos antes.

A la derecha de la puerta había una pequeña parte del suelo en la que no se arrastraba ninguna serpiente. En el preciso momento en que el tarbán entró en la cámara, yo salté hacia aquel espacio libre de peligro, por sobre los reptiles que me amenazaban en el umbral de la puerta.

Por el momento sólo me interesaba llegar a lo alto de la mesa. No me preocupé en considerar si aquella idea era tonta o inútil, me aferré a ella, y todos mis demás pensamientos desaparecieron. Tal vez por eso logré mi propósito, pero cuando me hallé de nuevo entre los manjares y las bebidas envenenadas y consideré mi suerte, me di cuenta de que había intervenido otro factor para salvarme por de pronto y permitirme alcanzar la dudosa seguridad de lo alto de la mesa.

El tarbán, un terrible monstruo que rugía y que luchaba furiosamente, estaba siendo atacado por las serpientes. Sus garras despedazaban a los reptiles, los partían por mitad, pero continuaban acercándose a él, silbando, chillando, atacando. Cuerpos partidos en dos y cabezas desprendidas seguían tratando de alcanzarlo. Por cada serpiente que el tarbán mataba salían diez más para reemplazada.

El enorme reptil que había tratado de devorarme, inmenso y amenazador, sobresalía por entre todas las demás serpientes. Y el tarbán parecía darse cuenta de que aquella criatura era un enemigo digno de su coraje, pues aunque con irritable desprecio atacaba a las serpientes menores siempre se enfrentó y dirigió sus más feroces acometidas contra la gran serpiente. ¡Pero todo era en vano! El escurridizo cuerpo del reptil eludía los golpes como si fuese un hábil boxeador y, a cada descuido del tarbán, devolvía el ataque con fuerza terrible y clavaba sus colmillos en la carne de su adversario.

Los rugidos y gritos del carnívoro se mezclaban con los silbidos de las serpientes y producían el más espantoso estrépito que cualquier hombre pudiera imaginarse, o, al menos, así me pareció al encontrarme acorralado en aquel terrible cuarto lleno de implacables máquinas mortales.

¿Quién sería el vencedor en aquella lucha de titanes? Pero, ¿qué importancia podía tener eso para mi, a no ser que quisiera saber en qué estómago terminaría mi existencia? Sin embargo, no pude evitar el interés que me despertaba aquel combate y tampoco mirarlo como cualquier espectador ecuánime contempla una prueba de fuerza y habilidad.

Era un encuentro sangriento, pero la sangre derramada era toda del tarbán y de las serpientes menores. La enorme criatura que por el momento me dejaba libre de peligro y la que después me devoraría, se hallaba ilesa. No comprendo cómo podía mover su cuerpo con tanta rapidez para evadir los salvajes golpes del tarbán, aunque quizá pueda explicarse eso debido a que siempre atacaba propinándole al monstruo un terrible golpe con la cabeza, que lo hacía retroceder medio atontado y con una nueva herida..

El tarbán dio término a su ofensiva y comenzó a retroceder. Vi cómo la ondulante cabeza de la gran serpiente seguía cada movimiento de su antagonista. Las serpientes menores comenzaron a subir por el cuerpo del tarbán, pero éste parecía no darse cuenta. Luego, de pronto, dio media vuelta y corrió hacia la entrada del corredor que conducía hasta su cueva.

Aquello era, evidentemente, lo que había estado esperando la serpiente. Permaneció en el lugar en que había estado luchando, con medio cuerpo enrollado, y luego, como si fuese un resorte gigantesco que se suelta de pronto, saltó por el aire, se enrolló alrededor del cuerpo del tarbán, acercó sus poderosas mandíbulas a la parte posterior del cuello de la bestia y la mordió

El tarbán dejó escapar un terrible grito cuando los anillos de la serpiente se cerraron alrededor de su cuerpo, y luego, el monstruo se desplomó por el suelo.

Suspiré aliviado al pensar en el tiempo que se tardaría en satisfacer su hambre aquella serpiente de veinte pies de largo mientras devorase el cuerpo del tarbán sin pensar en nuevos ataques para proveerse de alimento. Pero cuando pensaba en la satisfacción de aquella tregua, la poderosa serpiente vencedora se desenrolló del cuerpo de su víctima y volvió la cabeza lentamente hacia mi.

Durante un momento miré como hipnotizado aquellos ojos fríos y carentes de párpados, y luego me quedé horrorizado al ver que la criatura se arrastraba lentamente hacia la mesa. No me moví rápidamente como en los combates, sino con toda lentitud. Parecía que había algo predeterminado, inevitable, en aquella ondulante aproximación que era casi paralizante en su horror.

Vi que la serpiente levantara la cabeza hasta lo alto de la mesa, y vi que, por entre los platos, aquella cabeza avanzase hacia mi. Yo no podía soportar más. Di media vuelta para correr sin importarme hacia dónde. Hacia cualquier parte. Aunque fuera sólo para correr a lo largo de la cámara con tal de escapar por un momento del gélido brillo de aquellos ojos malignos.

III - EL LAZO

Al dar media vuelta ocurrieron más cosas: oí de nuevo los gritos apagados de una mujer, y mi rostro se golpeó con el lazo que pendía de las vigas que se hallaban ocultas por las sombras.

No le presté mucha atención a los gritos, pero, al sentir el lazo, tuve una idea. No se trataba de la idea que debía despertar la colocación del lazo en aquel sitio, sino de otra muy distinta. Pensé que tal vez me proporcionase la facilidad de escapar por el momento de las serpientes, y no tarde en valerme de él.

Sentí que el hocico de la serpiente me tocaba en una de las piernas cuando salté para sujetar la cuerda un poco mas arriba del lazo, y oí un agudo silbido de furia mientras subía en dirección a las sombras donde esperaba encontrar una seguridad momentánea.

El extremo superior de la cuerda estaba atado a un perno que se hallaba en una gran viga. Me subí entre esa viga y miré hacia abajo. La poderosa serpiente silbaba y se retorció debajo de mi. Había erguido una tercera parte de su cuerpo y se esforzaba por enroscarse a la cuerda que se columpiaba de un lado a otro para seguirme hasta lo alto. Pero la cuerda parecía eludir cualquier intento de sujeción.

Pensé que seria difícil que una serpiente tan gruesa pudiese ascender por aquel cable relativamente delgado, pero para no correr ningún riesgo innecesario jalé la cuerda y la doblé sobre la viga. Estaba seguro por el momento y dejé escapar un profundo suspiro de alivio. Luego mire hacia mi alrededor.

La obscuridad era casi impenetrable; sin embargo, me pareció que el techo de la cámara todavía se hallaba bastante lejos de mí. A mi alrededor había un laberinto

formado por vigas, puntales y armazones, y yo decidí explorar aquella región superior de la cámara de las siete puertas.

De pie sobre la viga comencé a avanzar lentamente hacia la pared. Al llegar al muro me di cuenta de que había una estrecha pasarela que sobresalía de la pared y que, seguramente, rodeaba toda la cámara. Era de dos pies de ancho y no tenía barandilla. Parecía ser algo así como algún andamio que habían dejado los trabajadores que hicieron el edificio.

Cuando marchaba por la pasarela pisando con cuidado y pasando la mano por la pared, volví a oír los angustiosos gritos que dos veces, anteriormente, me habían llamado la atención aunque no habían despertado mi interés, pues yo estaba más interesado en mis propias dificultades que en las de cualquier desconocida de aquel raro mundo.

Un momento después toqué algo con los dedos que hizo que me olvidara completamente de los gritos de cualquier mujer. El tacto me indicaba que estaba yo tocando el marco de una puerta o de una ventana. Examiné con ambas manos lo que había descubierto. Sí, ¡era una puerta! ¡Una puerta estrecha de unos seis pies de altura!

Tenté las bisagras, busqué algún cerrojo, y al fin encontré uno. Lo corrí con mucho cuidado y después sentí que la puerta se movía hacia mí. ¿Qué habría detrás de ella? Tal vez alguna nueva e infernal muerte o tortura, o tal vez la libertad. No podía saberlo hasta que abriese aquel portal del misterio.

Titubeé, pero no por mucho tiempo. Poco a poco tiré de la puerta y sentí que una ráfaga de aire me refrescaba el rostro, y pronto vi la tenue luminosidad de la noche venusina.

¿Sería posible que a pesar de toda su astucia los thoranos le hubiesen dejado aquella puerta de escape a su cámara mortal? Me costaba trabajo creerlo; sin embargo, lo único que podía hacer era traspasar el umbral de la puerta y desafiar cualquier cosa que hubiese más allá de ella.

Abrí la puerta y salí a un balcón que se extendía a lo largo, en ambas direcciones, hasta desaparecer de mi vista al seguir la curva del muro circular del cual sobresalía.

En el borde exterior del balcón se elevaba un pretil bajo junto al cual me agazapé mientras examinaba mi nueva situación. No parecía amenazarme ningún peligro; sin embargo, todavía desconfiaba. Avancé cautelosamente para realizar un recorrido de investigación, y de nuevo un grito angustioso rasgó el silencio de la noche. Esta vez lo oí muy cerca de mí. Anteriormente los gritos habían sido apagados por el espesor de los muros de la cámara en que yo había estado aprisionado.

Yo avanzaba en dirección al ruido, y no me detuve. Buscaba la manera de bajar hasta el terreno y no me interesaba ir en ayuda de una damisela en desgracia. Me temo que en aquel momento me encontraba insensible y era egoísta, y estaba mucho de ser caballeroso. En verdad no me hubiese importado que acabasen con todos los habitantes de Raptor.

Al rodear la curva de la torre, apareció ante mi vista otro edificio que se hallaba solamente a unas cuantas yardas de distancia. y en aquel mismo momento vi algo que despertó mi interés y mis esperanzas. Era una angosta pasarela que comunicaba al balcón en el que me hallaba con otro semejante del edificio contiguo.

En eso los gritos volvieron a dejarse oír. Parecían provenir del interior de la construcción que acababa de descubrir. Sin embargo, no fueron los gritos los que me hicieron decidirme a avanzar por la pasarela, sino que fue la esperanza de encontrar allí la manera de descender hasta el terreno.

Crucé rápidamente hasta el otro balcón y me dirigí hacia su extremo lateral más cercano. Al avanzar, vi luz que parecía salir de las ventanas que daban al balcón.

Mi primer pensamiento fue dar media vuelta para regresar, pues podían verme al pasar junto a las ventanas; pero una vez más volví a oír gritos, tan cercanos que no podía dudar de que proviniesen del departamento en que brillaba la luz.

Había tal angustia y terror en aquella voz humana que movió mi compasión y me acerqué presuroso a la ventana más próxima.

Estaba abierta y pude ver en la habitación a una mujer que se defendía de un hombre. El individuo la tenía sujeta sobre un diván y le estaba infiriendo pequeñas cortaduras con una afilada daga. No se podía saber si tenía intenciones de matarla después o si su único propósito era torturarla.

El hombre se hallaba de espaldas a mi y me ocultaba el rostro de la mujer. Pero cada vez que le causaba una pequeña cortadura y ella gritaba, él reía con odiosa risa de satisfacción. En seguida me di cuenta de que era un sujeto enfermizo que gozaba al infligir dolor al ser que provocaba su maniática pasión.

Vi que se inclinaba para besar a la mujer, pero ella le cruzó el rostro con una bofetada, y al volver él la cara para evitar el golpe, pude distinguirlo de perfil. Era Moosko, el ongyan.

Al tirarse hacia atrás, Moosko debió de sujetar con menos fuerza a la mujer, pues ésta comenzó a erguirse para levantarse del diván y escapar. Entonces pude verle el rostro y se me heló la sangre de rabia y horror. ¡Era Duare!

Salté por la ventana y caí junto a él. Lo sujeté de un hombro, hice que diera media vuelta, y cuando me vio, lanzó un grito de terror y se echó hacia atrás para desenfundar su pistola. Tropezó con el diván que se hallaba tras de él y cayó sobre Duare, arrastrándome en su caída.

Moosko había logrado sacar su daga pero yo lo obligué a soltarla y la aparté de él; luego, mis dedos comenzaron a cerrarse alrededor de su cuello. Era un hombre corpulento y no carecía de fuerza, y el miedo pareció aumentar el vigor de sus músculos. Luchaba con la misma desesperación de un condenado a muerte.

Lo tiré del diván para que no lesionásemos a Duare, y rodamos por el suelo tratando cada uno de acabar con el otro. Moosko gritaba pidiendo auxilio y yo redoblé mis esfuerzos por estrangularlo antes de que sus gritos atrajeran a sus compañeros.

El ongyan gritaba y me mordía como una fiera salvaje, y me lanzaba golpes al rostro y trataba de sujetarme por el cuello. Yo me encontraba exhausto después de todo lo que había pasado, así como por la falta de sueño y de alimento. Me di cuenta de que me estaba debilitando rápidamente y de que, en mi delirante imaginación, Moosko se volvía más fuerte.

Yo sabía que para que mi antagonista no me venciera y Duare no quedase a merced de él, tenía que derrotarlo sin pérdida de tiempo. Por lo tanto, me aleje para darle mayor empuje a mi acometida y, haciendo acopio de toda la fuerza que me restaba, le descargué un tremendo golpe en el rostro, con el puño cerrado.

Durante un instante perdió su agresividad, y en ese instante mis manos se cerraron alrededor de su cuello. Luchó, se retorció, me asestó golpes terribles, pero a pesar de lo aturdido que me encontraba, no lo solté hasta que se estremeció convulsivamente, se le relajaron los músculos y cayó al suelo.

Me pareció que Moosko estaba bien muerto, y entonces me puse en pie y me acerqué a Duare, que se hallaba medio sentada y medio agazapada sobre el diván, desde el cual había sido testigo callado de aquel breve duelo por ella.

—¿Tú?—gritó—¡No puede ser!

—Si, soy yo—le aseguré.

Al acercarme a ella, comenzó a levantarse lentamente del diván y se quedó de pie mirándome mientras yo le tendía los brazos para abrazarla. Dio un paso hacia adelante y levantó las manos, pero titubeó y se detuvo.

—¡No!—gritó—. Es un error.

—Pero tú me dijiste que me amabas y sabes que yo te amo—le dije, aturdido.

—Estás equivocado—me respondió—. Yo no te amo.

El temor, la gratitud, la simpatía y el estado nervioso en que me encontraba debido a todo lo que me había pasado, hicieron que salieran de mis labios palabras extrañas que no expresaron precisamente lo que yo quería decir.

De pronto sentí frío y cansancio, y también me sentí muy desdichado. Todas mis esperanzas de felicidad se habían desvanecido. Me alejé de ella. Ya no me importaba lo que pudiera pasarme. Pero ese abatimiento sólo duró un instante. No importaba que me amase o no, mi deber era claro. Si, yo debía ayudarla a escapar de Kapdor, llevarla lejos de las garras de los thoranos y, si era posible, entregársela a Mintep, su padre, el rey de Vepaja.

Me acerqué a la ventana y traté de oír algún ruido. Los gritos de Moosko no habían atraído a ningún guardia, parecía que nadie se acercaba. Si no habían acudido a los gritos de Duare, ¿por qué habrían de acudir a los de Moosko? Comprendí que había pocas probabilidades de que fuera alguien a investigar.

Me acerqué al cadáver de Moosko y le quité el cinto en el que llevaba sujeta una espada, y luego me apoderé de su daga y de su pistola. Entonces me sentí mucho mejor, mas eficiente. Es extraña la seguridad que da la posesión de armas, aun a las personas que no están acostumbradas a portarlas, y yo, antes de llegar a Venus, rara vez había portado armas mortales.

Después me dediqué a examinar la habitación con el afán de encontrar algo más que pudiera sernos útil o servirnos en nuestro intento de obtener la libertad. La habitación era espaciosa y habían tratado de amueblarla lujosamente, pero como resultado sólo habían logrado erigir un monumento al mal gusto. El decorado y los muebles eran atroces. Sin embargo, en un extremo del cuarto había algo que me llamó la atención poderosamente y que aprobé del todo: era una mesa llena de manjares. Después de terminado el examen de la habitación, me acerqué a Duare, y le dije:

—Intentaré sacarte de Noobol y llevarte a Vepaja. Tal vez fracase, pero me esforzaré todo lo que pueda por lograrlo. ¿Confías lo suficiente en mi para acompañarme?

—¿Cómo puedes dudarlo?—me replicó—. Si logras llevarme a Vepaja, tu esfuerzo será recompensado por los honores y las recompensas que recibirás.

Aquellas palabras me disgustaron y me volví hacia ella para responderle con frases hirientes, pero no las pronuncié. ¿Para qué? Y una vez más le dediqué mi atención a la mesa.

—Lo que comencé a decirte—continuó—es que trataré de salvarte, pero no puedo hacerlo con el estómago vacío. Comeré antes de que salgamos de esta habitación. ¿No quieres comer conmigo?

—Necesitaremos fuerzas —me respondió—. No tengo hambre, pero será mejor que comamos. Moosko ordenó esos manjares para mi, pero no podía yo hacerlo estando el presente.

Me alejé de Duare y me acerqué a la mesa, luego se aproximó ella y comimos en silencio.

Sentía curiosidad por saber cómo había llegado Duare a la ciudad de Kapdor, pero la forma cruel e incomprensible en que me había tratado me impidió demostrarle mi interés. Sin embargo, me di cuenta de lo infantil que resultaba mi actitud y de lo insensato que era no comprender que la rigidez y el aislamiento en que había vivido, tal vez fueran la causa de su temor y de su frialdad hacia mi. Entonces le pregunté qué había sucedido desde que la envié con el angan al Sofal hasta el momento en que la encontré defendiéndose de Moosko.

—No hay mucho que contar—me contestó—. Recordarás lo temeroso que estaba el angan de regresar al barco, porque tenía miedo de que lo castigaran por haber ayudado a raptarme. Los hombres ave son criaturas poco evolucionadas cuya mente sólo reacciona a los instintos, como el de conservación o el hambre, y a ciertas emociones. Cuando el angan volaba ya casi sobre la cubierta del Sofal, titubeó y luego dio media vuelta para

regresar hacia la playa. Le pregunté por qué hacia aquello, por qué no continuaba y me dejaba a bordo del barco, y me respondió que porque tenía miedo de que lo mataran por haber participado en mi rapto. Le prometí que lo protegería y que no le harían ningún daño, pero no me creyó. Me replicó que los thoranos, sus anteriores amos, lo recompensarían si me llevaba ante ellos. De eso sí estaba seguro y, en cambio, sólo contaba con mi palabra como garantía de no ser ejecutado por órdenes de Ramlot. Dudaba de que yo tuviera autoridad sobre Kamlot. Le supliqué y lo amenacé sin ningún resultado, pues el angan voló directamente hacia esta horrible ciudad y me entregó a los aliados de los thoranos. Cuando Moosko se enteró de que me habían traído hasta aquí, hizo valer su autoridad para reclamarme como suya. El resto ya lo conoces.

—Y ahora —le dije— debemos encontrar cómo salir de Kapdor y regresar a la costa. Tal vez el Sofal no haya partido. Es posible que Kamlot haya ordenado que desembarcase una partida de hombres para que nos busque.

—No será fácil escapar de Kapdor—me recordó Duare—. Cuando el angan me trajo, vi desde lo alto muros elevados y cientos de centinelas. No podemos abrigar muchas esperanzas.

IV - LA HUIDA

—Primero tenemos que salir de este edificio —le dije—. ¿Recuerdas lo que viste de la construcción cuando te trajeron?

—Sí. Hay un largo pasadizo que comienza en el frente del edificio, en la planta baja, y desemboca directamente a unas escaleras que se encuentran al fondo del primer piso. A los lados del corredor hay varios cuartos. Había gente en los dos primeros, pero no pude ver si también había en los demás, pues estaban cerradas las puertas.

—Tendremos que investigar y esperaremos si oímos allí algún ruido. Mientras tanto, saldré al balcón y veré si descubro alguna manera más segura de bajar.

Cuando salí a la ventana, vi que había comenzado a llover. Rodeé con precaución el edificio hasta que, desde arriba, pude ver la calle que se extendía frente a la construcción. No había señales de vida, pues probablemente la lluvia había hecho que los transeúntes se guareciesen en sus casas. Pude ver que, a lo lejos, al final de la calle, se dibujaba la silueta de la muralla de la ciudad. Todo estaba iluminado por la tenue y extraña luz que es un rasgo característico del paisaje amtoriano. En el balcón no había ninguna escalera para bajar a la calle. Nuestra única posibilidad de salir era bajando por las escaleras interiores. Entonces regresé hasta donde estaba Duare.

—Vamos—le dije—; da lo mismo que intentemos salir ahora o más tarde.

—¡Espera! —exclamó—. Se me ha ocurrido algo. La idea me vino de una conversación que oí casualmente en el Sofal, respecto a las costumbres de los thoranos. Moosko es un ongyan.

—Lo era—le indiqué, pues pensé que había muerto.

—Eso no tiene importancia. Lo que importa es que era uno de los gobernantes de Thora. Su autoridad, especialmente aquí donde no hay ningún otro miembro de la oligarquía, era absoluta. Sin embargo, ningún vecino de Kapdor lo conocía. ¿Qué prueba ofreció para identificarse?

—No lo sé—le respondí.

—Creo que encontrarás en el dedo índice de su mano derecha un gran anillo que es el distintivo de su alto cargo.

—¿Y supones que podremos usar ese anillo para que nos dejen pasar los centinelas?

—Es posible—me replicó Duare.

—Pero no es probable—le objeté—. A menos que mi vanidad haga que me equivoque, nadie podría confundirme con Moosko por más vuelo que le diese a su fantasía.

—Creo que no es necesario que te parezcas a él—me dijo Duare. y en sus labios se dibujó una ligera sonrisa—. Esta gente es muy ignorante, y tal vez sólo unos cuantos soldados rasos lo vieron a su llegada. Esos hombres no estarán de vigilancia ahora; además, es de noche y la obscuridad reinante y la lluvia que cae reducen el peligro de que descubran el engaño.

—Vale la pena hacer la prueba—le respondí.

Luego me acerqué al cadáver de Moosko y le quité el anillo del dedo. El distintivo me quedaba demasiado grande, pues el ongván era de manos muy gruesas; pero si alguien era tan tonto para aceptar que yo era el funcionario thorano, no tenía por qué notar un detalle menor tal como que el anillo no me ajustaba bien al dedo.

Unos instantes después, Duare y yo salimos silenciosamente de la habitación y nos dirigimos hacia el comienzo de las escaleras. Allí nos detuvimos y mantuvimos el oído atento. Abajo reinaba la obscuridad, y oímos voces apagadas como si provinieran de detrás de una puerta cerrada. Bajamos por la escalera, lenta y precavidamente. Y, al bajar, los leves contactos con la joven me hicieron sentir el calor de su cuerpo, y un ansia enorme de tomarla en mis brazos y estrecharla se apoderó de mí. Pero continué mi camino sin permitir que ningún signo de emoción delatase el infernal fuego interno que me consumía.

Nos encontrábamos en el largo corredor y ya habíamos recorrido la mitad de la distancia que nos separaba de la puerta que daba a la calle. El optimismo comenzaba a renacer en mí, pero de pronto se abrió una puerta cercana a la salida y la luz que surgió de ella iluminó el corredor.

Un hombre, a punto de salir, se hallaba en el vano de la puerta conversando con alguien que estaba en el interior de la habitación. Aquel hombre no tardaría en avanzar por el corredor.

Junto a mí había una puerta. Descorri el cerrojo con suma cautela y la abrí. La habitación estaba completamente a oscuras y no podía saber si en su interior había alguien. Tomé la mano a Duare y entramos. Luego cerré la puerta, dejando una pequeña abertura para que yo pudiese ver y oír. En seguida escuché que el hombre que estaba por salir dijo:

—Hasta mañana, amigos, y que duerman tranquilos.

Luego oí un portazo y volvió a quedar a oscuras el corredor. Entonces oí pasos; con cautela desenvainé la espada del ongván Moosko. Los pasos parecían acercarse, y luego se detuvieron un instante frente a la puerta tras la que me hallaba oculto; pero tal vez eso sólo fue producto de mi imaginación. El ruido de los pasos se fue haciendo menos fuerte y pareció perderse por la escalera.

Entonces un nuevo temor se apoderó de mí. ¿Y si ese hombre entraba a la habitación donde se encontraba el cadáver de Moosko? Daría la alarma inmediatamente. En seguida comprendí que tenía que ponerme en acción sin pérdida de tiempo.

—¡Ahora, Duare!—le dije al oído, y salimos al corredor y corrimos hacia la puerta principal del edificio.

Un momento después nos encontrábamos en la calle. La llovizna se había convertido en un aguacero. Sólo eran visibles los objetos más cercanos, y yo me alegré de eso.

Marchamos apresuradamente por la calle, en dirección a la reja de la muralla, sin ver a nadie a nuestro paso. Mientras, la lluvia arreciaba más.

—¿Que le vamos a decir al centinela? —me preguntó Duare.

—No lo sé—le contesté sinceramente.

—Sospechará de nosotros porque no hay ninguna excusa para querer abandonar la seguridad que nos brinda una ciudad amurallada como ésta e internarse sin escolta en una región donde abundan las bestias y los salvajes.

—Inventaré una excusa—le dije—; tengo que hacerlo.

Duare no me respondió y continuamos nuestro camino hacia las rejas de la ciudad. La muralla no estaba muy lejos de la casa de la que habíamos escapado, y pronto la distinguimos a través de la copiosa lluvia.

Un centinela que se hallaba resguardado en un nicho de la muralla, nos vio y nos preguntó qué era lo que hacíamos fuera en una noche como aquella. No demostró ninguna inquietud, pues aún no sabía que pensábamos salir de la ciudad; solamente supuso, yo creo, que éramos una pareja de vecinos que pasábamos por allí camino a nuestra casa.

—¿No está Sov?—le pregunté.

—¿Sov?—me preguntó sorprendido—. ¿Qué podría estar haciendo aquí en una noche como esta?

—Debía esperarme aquí, a esta hora—le dije—. Yo le ordené que viniese.

—¿Tú ordenaste que viniese? —rió el centinela—. ¿Y quién eres tú para darle órdenes a Sov?

—Soy el ongyan Moosko—le respondí.

El hombre me miró sorprendido; y luego, un poco malhumorado, según creo, me dijo:

—No sé dónde está Sov.

—Bueno, no importa—le dije—; no tardará en llegar. Mientras tanto, abre la reja para que cuando él llegue no perdamos tiempo en salir.

—No puedo abrirla sin que me lo ordene Sov—me replicó el centinela.

—¿Te niegas a obedecer a un ongyan? —le pregunté con un tono de voz feroz.

—Esta es la primera vez que lo veo—me contestó con aspereza—; ¿cómo puedo saber si es usted un ongyan?

Entonces extendí la mano en que llevaba el anillo de Moosko, y le pregunté:

—¿No sabes qué es esto?

El centinela examinó el anillo atentamente, y luego, temeroso, me dijo:

—Si, ongyan; si lo sé.

—Entonces abre la reja sin tardanza—le ordené.

—Será mejor que esperemos a que llegue Sov—me indicó—; no me tardaré en abrirla.

—No hay tiempo que perder, compañero. Te ordeno que la abras. El prisionero vepajano acaba de fugarse, y Sov y yo tenemos que salir a buscarlo con una partida de guerreros.

El centinela todavía seguía indeciso. En eso oímos un gran vocerío que provenía de la dirección por la que habíamos llegado, y supuse que el hombre que habíamos visto pasar por el corredor había descubierto el cadáver de Moosko y había dado la voz de alarma. Oímos pasos de hombres que corrían. No se podía perder más tiempo.

—Allá viene Sov con la partida de guerreros—le grité al centinela—. Abre las rejas, tonto, o te irá mal.

Desenfundé mi espada con la intención de atravesar al centinela de parte a parte si no me obedecía. Pero, cuando el clamor del vocerío aumentaba por la proximidad de los hombres que se acercaban, el centinela se decidió a cumplir mis órdenes. La lluvia me impedía ver a los que corrían hacia la muralla, pero cuando las rejas se abrieron, los distinguí en la obscuridad.

Tomé a Duare de un brazo y avanzamos hacia la reja. El centinela todavía desconfiaba, pero no se decidió a detenernos.

—Dile a Sov que se apresure—le dije.

Y antes de que pudiera armarse de valor para cumplir con su deber. Duare y yo nos alejamos protegidos por la obscuridad y la lluvia.

Yo tenía la intención de llegar a la costa y bordearla hasta que amaneciera, con la esperanza de ver el Sofal y hacer señales para que enviasen un bote a buscarnos.

Durante toda aquella terrible noche avanzamos en la oscuridad y bajo la lluvia. No oímos ningún ruido que indicara que nos estaban persiguiendo, pero tampoco llegamos hasta el mar.

La lluvia cesó al amanecer, y cuando la luz del día iluminó el paisaje. miramos ansiosamente en busca del mar, pero donde creíamos que se hallaba sólo vimos unas pequeñas lomas y un terreno ondulado en el que crecían algunos árboles y, más allá, una selva distante.

—¿Dónde está el mar?—me preguntó Duare.

—No lo sé—le respondí.

En Venus solamente al amanecer y al ponerse el sol es posible orientarse: durante esas horas se puede determinar en qué dirección se halla el sol debido a un ligero aumento de la luminosidad al este o al oeste del horizonte. El sol estaba elevándose hacia nuestra izquierda y yo suponía que debería encontrarse a nuestra derecha. Habíamos tomado la dirección contraria a la debida para llegar al mar.

El corazón me dio un vuelco en el pecho, pues me di cuenta de que nos hallábamos perdidos.

V - LOS CANIBALES

Duare, que había estado observando atentamente mi rostro, debió haber comprendido la verdad al ver mi expresión de desaliento.

—¿No sabes hacia dónde está el mar?—me preguntó.

—No —le respondí moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Entonces estamos perdidos?

—Eso temo. Lo siento, Duare; estaba seguro de que encontraríamos el Sofal y de que pronto ya no correrías ningún peligro. Mi estupidez y mi ignorancia son la causa de todo esto.

—No digas eso, nadie hubiese podido saber en qué dirección avanzaba en medio de la oscuridad de anoche. Tal vez todavía podamos llegar al mar.

—Aunque lo lográsemos, creo que sería ya demasiado tarde para garantizar tu seguridad.

—¿Qué quieres decir? ¿Que el Sofal ya habría partido? —me preguntó.

—Claro que existe ese peligro, pero lo que mas temo es que nos capturen los thoranos. Nos buscarán por la costa de la región donde nos encontraron ayer. No son tan tontos para no suponer que trataremos de llegar al Sofal.

—Si llegásemos al mar, nos podríamos ocultar hasta que se cansasen de buscarnos y emprendiesen el regreso a Kapdor; luego, si el Sofal todavía se encontrase frente a la costa, nos podrían salvar.

—¿Y qué pasaría si ya se hubiese hecho a la mar?—le pregunté—. ¿Sabes algo acerca de Noobol? ¿Hay alguna probabilidad de encontrar en alguna parte gente amigable que nos ayude a regresar a Vepaja?

—Sé muy poco acerca de Noobol—me contestó moviendo la cabeza de un lado a otro—, y lo poco que he oído no es bueno. Es un territorio poco poblado que se supone se adentra bastante en Strabol, la región calurosa en que ningún forastero puede vivir. Está llena de bestias feroces y tribus salvajes. Existen unos pocos poblados en la costa, pero casi todos han sido sojuzgados por los thoranos; y los que aún conservan su libertad son igualmente peligrosos, pues sus habitantes consideran enemigo a cualquier forastero.

—La perspectiva no es prometedora—reconocí—, pero no nos daremos por vencidos; tenemos que encontrar alguna manera de llegar al mar y salvarnos.

—Si alguien puede hacerlo, ese eres tú—me dijo.

Era agradable oír que Duare me dijera una alabanza. Desde que la conocí, solamente una vez me había dicho otra frase amable, y luego se había retractado.

—Yo podría hacer milagros si me amaras, Duare.

La joven princesa se irguió arrogantemente, y me dijo:

—No hables de eso.

—¿Por qué me odias, Duare, si sólo te he dado amor? —le pregunté.

—No te odio —me replicó—; pero no debes hablarle de amor a la hija de un jong. Tal vez tengamos que seguir juntos durante mucho tiempo y debes tener presente que no debo escuchar palabras de amor de ningún hombre. Tan sólo que hablemos ya es un pecado pero, dadas las circunstancias, no puede remediarse. Ningún hombre, con excepción de los miembros de mi familia y unos cuantos leales servidores de mi padre, me habían hablado antes de que yo fuese raptada de casa del jong. Y hasta que no cumpla veinte años, cualquier hombre que infrinja esa antigua ley de las familias reales de Amtor, cometerá un pecado y un delito.

—Te olvidas—le recordé—de que un hombre te dirigió la palabra en la casa de tu padre.

—Un descarado que debió morir por su temeridad—me respondió.

—Sin embargo, no me denunciaste.

—Y por eso soy tan culpable como tú —me replicó, sonrojándose—. Es un secreto vergonzoso que me llevaré a la tumba.

—Es un recuerdo glorioso que siempre alimentará mi esperanza—le dije.

—Una esperanza falsa que deberías destruir—me contestó.

Permanecimos callados durante unos momentos, y luego Duare me preguntó:

—¿Por qué me recuerdas lo que pasó ese día? Cuando pienso en eso, te odio; y no quiero odiarte.

—Eso ya es algo—le dije.

—Tu desfachatez y tu esperanza se nutren de un alimento muy pobre.

—Tus palabras me recuerdan que sería bueno que tratara de buscar algo que comer, pues nuestros cuerpos necesitan alimento también.

—Tal vez haya caza en el bosque—me sugirió, señalándome el bosque hacia el que habíamos estado avanzando.

—Si, vamos—le dije—; luego saldremos de él y continuaremos buscando la costa.

Los bosques venusinos presentan un espectáculo maravilloso a la vista. Sus arboles son de follaje de colores lila, violeta y heliotropo bastante pálidos, pero tienen unos troncos de una gran magnificencia. Son de brillantes colores, y muchos de ellos son tan lustrosos que parece que fueron pintados con laca.

En el bosque hacia el cual nos dirigiáramos crecían arboles correspondientes a las variedades pequeñas y su altura variaba entre doscientos y trescientos pies, siendo su diámetro de veinte a treinta pies. Allí no había ningún árbol del tamaño de los colosos de la isla de Vepaja, que se elevaban hasta dos mil pies y traspasaban la primera capa de nubes eternas que cubría el planeta.

El bosque se hallaba iluminado por el misterioso fulgor terráqueo de Venus, así que no estaba sombrío ni oscuro como lo estaría cualquier bosque de igual tamaño de la Tierra en un día nublado. Sin embargo, aunque no puedo explicar la causa, había algo siniestro en él.

—No me gusta este lugar —me dijo Duare estremeciéndose ligeramente—. No se ve ningún animal ni se oye el canto de ningún pájaro.

—Tal vez los espantamos y huyeron—le indiqué.

—No, más bien creo que los haya espantado algo que se encontraba en él desde antes que llegásemos.

—A pesar de eso, tenemos que buscar qué comer—le respondí encogiéndome de hombros.

Callamos y seguimos adentrándonos en aquel bosque que, como una mujer hermosa y perversa, era al mismo tiempo terrible y maravilloso.

Repetidas veces creí haber visto como si algo se moviera por entre los troncos distantes, pero cuando llegábamos a ellos no hallábamos nada extraño. Y así continuamos avanzando, y el presentimiento de que un peligro inminente nos amenazaba se fue apoderando de mí.

—Vi que se movió algo detrás de ese tronco.

A nuestra izquierda, algo que sólo vi con el rabillo del ojo, me llamó la atención; y cuando me volví para mirar otra cosa desapareció tras un enorme tronco. Duare miró rápidamente a su alrededor y, un instante después, gritó:

—¡Estamos cercados!

—¿Qué es lo que viste?—le pregunté.

—No estoy segura, pero me pareció ver una mano velluda. Se mueven muy rápidamente y no se dejan ver. ¡Oh, salgamos de este bosque! Es un lugar aciago, y tengo miedo.

—Muy bien—le dije—; de todas maneras no parece que aquí haya mucha caza, y, después de todo, eso es lo que buscamos.

Al dar media vuelta para emprender el regreso, oímos un griterío medio humano y medio bestial. como si fuera una mezcla de aullidos, rugidos x voces de hombres. Y luego, de pronto, una veintena de salvajes cubiertos de largos vellos salieron de detrás de los troncos y avanzaron hacia nosotros.

Los reconocí en seguida, eran nobargans, los mismos salvajes que habían atacado a los secuestradores de Duare y de quienes la había yo salvado. Estaban armados con rústicos arcos y flechas, y con hondas para lanzar piedras; pero al acercarse a nosotros me di cuenta de que querían apresarnos vivos, pues no nos arrojaron ningún proyectil.

Pero yo no estaba dispuesto a dejarme apresar tan fácilmente ni a permitir que Duare cayera en manos de esos salvajes hombres-bestia. Les apunté con mi pistola de mortales rayos R, y disparé. Algunos cayeron y los demás corrieron a esconderse tras los troncos.

—No dejes que me agarren—me dijo Duare con voz débil y temblorosa por la emoción—. Prefiero que me mates de un disparo cuando veas que ya no hay esperanzas de escapar.

Me estremecí tan sólo de pensar en eso, pero sabía que debía hacerlo antes que permitir que la joven cayera en manos de aquellas salvajes criaturas.

Un nobargan apareció detrás de un tronco y lo derribé con los rayos de mi pistola. Luego sus compañeros comenzaron a lanzarme piedras por la espalda, di media vuelta y disparé. y en ese mismo instante una piedra me golpeó y caí inconsciente.

Al recobrar los sentidos lo primero que percibí fue un hedor insoportable y luego algo que me raspaba la piel, así como también un rítmico bamboleo de mi cuerpo. Esas sensaciones las percibí muy vagamente durante los primeros instantes en que comencé a darme cuenta de lo que me ocurría. Pero cuando recobré plenamente la conciencia, me di cuenta de que era yo conducido en hombros por un poderoso nobargan.

La intensidad del hedor de su cuerpo era casi sofocante y el rozamiento producido por sus gruesos vellos era solamente un poco más molesto que el bamboleo que su marcha le comunicaba a mi cuerpo.

Al tratar de resbalar de sus hombros, el nobargan se dio cuenta de que yo ya no me hallaba inconsciente y me dejó caer a tierra. A mi alrededor vi las horribles caras y los cuerpos velludos de los nobargans que despedían aquel insoportable hedor

Yo creo que esos seres son los más inmundos y repulsivos que he conocido. Probablemente son el resultado de uno de los primeros cambios producidos en la escala de la evolución de las bestias, pero no son mejores que éstas. A cambio del privilegio de caminar erguidos sobre dos pies, y de tener libres las manos y de gozar del don del habla, han perdido todo lo bueno y noble de las bestias.

Es cierto que creo que el hombre descendió de las bestias y que tardó innumerables siglos para poder compararse en desventaja con sus progenitores; sin embargo, en ciertos aspectos, creo que el hombre todavía no ha logrado elevarse por encima de ellas, a pesar de la civilización de que tanto se envanece.

Al mirar hacia mi alrededor, vi que un corpulento nobargan arrastraba a Duare por los cabellos, y en ese mismo momento me di cuenta de que me habían despojado de mis armas. Los nobargan son tan poco inteligentes que de nada les sirven las armas desconocidas para ellos y, por lo tanto las mías debían de haberlas tirado.

Pero me encontraba desarmado y no podía ver que Duare sufriera aquella ignominia sin que yo hiciera un esfuerzo por ayudarla. Entonces, antes de que me lo pudieran impedir las bestias que se hallaban junto a mi, salté sobre el salvaje que se atrevía a maltratar a la hija de un jong, a esa criatura incomparable que había despertado en mi las torturas exquisitas del amor.

Sujeté al nobargan de un brazo y lo jalé con violencia haciéndole dar media vuelta hasta quedar frente a mi, y sin pérdida de tiempo le descargué un golpe tremendo en la barbilla que lo hizo rodar por tierra. En seguida sus compañeros rieron estrepitosamente al ver su derrota, pero eso no les impidió caer sobre mi y vencerme, y les puedo asegurar que los métodos que emplearon no fueron muy gentiles.

Cuando el salvaje al que yo había golpeado se puso de pie, tambaleante, me miró fieramente y, lanzando su feroz rugido, se arrojó sobre mi. No lo hubiese yo pasado muy bien de no haber sido por la intervención de otros de los nobargans. Era un salvaje sumamente fornido, y cuando se interpuso entre mi antagonista y yo, este último se detuvo.

—¡Alto!—le gritó mi aliado.

Al escucharlo, me asombro más que si hubiese oído hablar a un gorila. Aquello me daba a conocer por primera vez un hecho etnológico sorprendente: todos los hombres de todas las razas de Venus (al menos los de aquellas que yo había conocido) hablaban el mismo lenguaje. Tal vez ustedes puedan explicarse eso, yo no. Cuando después les pregunté a los sabios amtorianos acerca de tal asunto, se mostraron sorprendidos por la pregunta, pues no podían concebir que fuese de otra manera. Por lo tanto, hasta ahora no tengo ninguna explicación para ese hecho.

Los idiomas, naturalmente, varían de acuerdo con la cultura de los pueblos en que se hablan. En los grupos humanos que tienen menos necesidades y menos experiencias acumuladas, se emplean idiomas con menor número de palabras que los de los pueblos de mayor desarrollo. El lenguaje de los nobargans es, quizá, el más limitado de todos. Unas cien palabras les bastan, pero las palabras básicas que le sirven de raíces al idioma son las mismas en todos los grupos étnicos.

El nobargan que me había protegido, según comprendí después, era el jong o rey de aquella tribu; y después me enteré de que no me había brindado su protección por ningún motivo humanitario sino tan sólo por el deseo de salvarme para destinarme a otra suerte.

Mi intento no fue totalmente vano, pues durante todo el resto de la marcha a Duare ya no la siguieron arrastrando por los cabellos. La joven me agradeció que la hubiese defendido y eso me resarcio de la maltratada que había yo recibido a manos de los salvajes, pero me aconsejó que no tratara de pelear con ellos nuevamente.

Como ya había oído que cuando menos uno de los nobargans pronunciara una palabra del lenguaje amtoriano, el cual yo ya conocía, decidí tratar de averiguar con qué propósito nos habían capturado.

—¿Por qué nos apresaron?—le pregunté al salvaje que había pronunciado la palabra amtoriana.

Me miró sorprendido y sus compañeros, que se hallaban cerca y me oyeron, comenzaron a reír y a repetir mi pregunta. Su risa no tenía nada de natural ni tranquilizadora. En su rostro se dibujaba una horrible mueca que les dejaba los dientes al

descubierto y emitían un extraño sonido gutural sin que en sus ojos se reflejase ninguna emoción. Tuve que hacer un gran esfuerzo imaginativo para identificar aquello como risa.

—¿Albargán no sabe?—me preguntó el jong usando la palabra albargan, que quiere decir «hombre sin vellos».

—No lo sé—le repliqué—. No estábamos haciéndoles ningún daño. Buscábamos la costa. Allí se encuentra nuestra gente.

—Albargán pronto sabrá—me dijo, y volvió a reírse.

Pensé sobornarlo para que nos dejara partir, pero como nos habían despojado de todo lo que pudiera tener algún valor, me pareció que cuanto yo hiciera con tal propósito sería inútil.

—Dime qué es lo que más deseas—le indiqué—y tal vez yo pueda conseguírtelo si nos llevas hasta la costa.

—Tenemos lo que necesitamos —me replicó, y todos rieron al oír aquella respuesta.

Luego marché un poco más aprisa para acercarme a Duare, y la joven me miró con desesperanza.

—Creo que estamos perdidos—me dijo.

—Yo tengo la culpa. Esto no habría ocurrido si yo hubiese podido llevarte hasta la costa.

—No te culpes; nadie hubiese podido hacer más de lo que has hecho por protegerme y salvarme. Por favor, no creas que no lo reconozco, y te lo agradezco.

No esperaba tanto de Duare, y sus palabras fueron como un rayo de sol que iluminó las tinieblas de mi desaliento. Lo anterior es sólo un símil de la Tierra, pues en Venus no puede verse brillar el sol. Este astro, relativamente próximo, ilumina brillantemente la capa interior de nubes que rodea el planeta, pero su luz resulta difusa y no proyecta sombras definidas ni produce fuertes contrastes. El resplandor que desde lo alto alumbraba todo, se confunde con las perpetuas emanaciones de luz de la masa del planeta y el paisaje resultante parece una hermosa pintura al pastel

Casi todo el día caminamos y recorrimos una gran distancia a través del bosque. Los nobargans hablaban poco y casi solamente empleando monosílabos. No volvieron a reírse, lo que les agradecí en mi interior. No es posible imaginarse un sonido más desagradable.

Duare y yo tuvimos oportunidad de estudiarlos atentamente durante aquella prolongada marcha; creo que, tal como yo, la joven princesa también se preguntó en silencio si aquellas raras criaturas serían hombres semejantes a bestias o bestias semejantes a hombres. Tenían el cuerpo completamente cubierto de pelo, sus pies eran grandes y planos y tanto en los dedos de las manos como en los de los pies, les crecían unas largas uñas puntiagudas que parecían garras. Todos ellos eran corpulentos y fornidos, con hombros y cuellos tremendos. Su rostro era semejante al de un mandril y tenían los ojos demasiado próximos, por lo que sus cabezas guardaban más apariencia con una cabeza de perro que con una de hombre.

Había varias mujeres en el grupo, pero no se notaba ninguna diferencia apreciable entre éstas y los hombres. Se comportaban igual que ellos y parecían convivir en un plano de igualdad; llevaban arcos y flechas, así como hondas y una buena provisión de piedras en bolsas de piel que se colgaban en los hombros.

Llegamos por fin a un claro que se hallaba junto a un riachuelo; allí se elevaba una colección de chozas miserables. Estaban construidas con ramas de todas formas y tamaños, reunidas sin guardar ninguna simetría y cubiertas, a la manera de techo, con hojas y hierbas. Tenían una sola entrada muy reducida por la que había que arrastrarse para pasar. Parecían madrigueras de ratas de monte construidas a una escala mucho mayor.

En la aldea había otros miembros de la tribu que, al vernos, se adelantaron hacia nosotros emitiendo alaridos. Era difícil que el jong y los integrantes de su partida pudiesen impedir que nos hicieran pedazos.

El jong y los que nos habían capturado nos obligaron a entrar a una de aquellas hediondas madrigueras y se quedaron unos guardias a la entrada, creo que más con la intención de protegernos de sus compañeros de tribu que para evitar que nos fugásemos.

La choza en que nos encerraron estaba nauseabunda, pero la tenue luz interior me permitió ver una corta varilla con la que pude apartar las inmundicias que cubrían el piso hasta dejar una buena parte de él relativamente limpia.

Nos tendimos en el suelo de manera que nuestras cabezas quedaran cerca de la entrada para beneficiarnos con el aire fresco que pudiese entrar. Cuando miramos hacia afuera, vimos que unos salvajes cavaban dos zanjas paralelas en la tierra; cada una debía de medir aproximadamente siete pies de largo y dos de ancho.

—¿Para qué estarán haciendo eso? —me preguntó Duare.

—No lo sé—le contesté, aunque sospechaba que aquellas zanjas tenían demasiada apariencia de tumbas.

—Tal vez podamos escapar esta noche, después de que se duerman—me dijo Duare.

—A la primera oportunidad que se presente, lo intentaremos—le respondí.

Pero yo no abrigaba la menor esperanza de poder huir. Presentía que nosotros ya no estaríamos vivos cuando los nobargans se acostaran a dormir.

—Mira lo que hacen ahora—me dijo Duare—; están llenando las zanjas con ramas y hojas secas. ¿No será que nos...

La joven princesa no pudo terminar de expresar su pensamiento, se le quebró la voz y calló estremeciéndose levemente. Entonces le estreché una mano, y le dije:

—No debemos imaginarnos horrores.

Pero temía que ella ya había supuesto lo que yo sospechaba, que las tumbas se habían convertido en hoyos para prender fuego para cocinar.

Observamos en silencio a los salvajes que trabajaban junto a las dos zanjas. Estaban levantando unos muros de piedra y de tierra, como de un pie de alto, a lo largo de cada uno de los lados mayores de cada una de las excavaciones; luego, sobre lo alto de los dos pares de muros tendieron postes a distancias regulares. Poco a poco vimos que ante nuestros ojos dos parrillas quedaron terminadas.

—Eso es horrible —murmuró Duare.

La noche llegó antes de que los preparativos estuvieran listos. Después, el salvaje jong se acercó a nuestra prisión y nos ordenó que saliéramos. Al salir, nos sujetaron varios hombres y mujeres que estaban provistos de largas lianas.

Nos arrojaron a tierra y nos ataron con las lianas. Eran muy torpes e ineptos, pues su escasa inteligencia ni siquiera les permitía hacer nudos; pero lograron su propósito enrollando repetidas veces las lianas alrededor de nuestro cuerpo hasta que pareció que sería imposible que nos desenredásemos aun cuando nos dieran la oportunidad de hacerlo.

A mi me ataron con más firmeza que a Duare, pero aun así aquel era un trabajo bastante burdo. Sin embargo, cuando nos levantaron para llevarnos hasta las parrillas paralelas, pensé que bastaba para sus propósitos.

Después de que nos colocaron sobre las parrillas, toda la tribu comenzó a acercarse lentamente hacia nosotros formando un círculo, mientras de la manera más rudimentaria un hombre se encargaba de encender el fuego en las zanjas.

Los salvajes que nos rodeaban emitían unos extraños sonidos que no eran cantos ni palabras, pero creo que trataban de cantar. Así como también hacían un esfuerzo por expresarse rítmicamente al moverse de manera torpe alrededor de las parrillas.

El bosque, débilmente iluminado por el misterioso resplandor que brotaba de la tierra, servía de obscuro marco para aquella escena extraña y salvaje. A lo lejos se oyó el rugido amenazador de una bestia.

Cuando los velludos hombres cerraron más el círculo a nuestro alrededor, el nobargan encargado de encender el fuego logró producir unas chispas y se elevó una delgada columna de humo. El salvaje le aproximó unas cuantas hojas y hierbas secas al débil fuego, y sopló; entonces surgió una viva llama y los danzantes prorrumpieron en alaridos. Como un eco de aquel griterío se escucharon los rugidos de la bestia que poco antes habíamos oído. Se hallaba más cerca y sus rugidos eran acompañados de los de otras bestias de la misma especie.

Los nobargans dejaron de bailar y miraron, temerosos, hacia las sombras del bosque, manifestando su desagrado por medio de gruñidos. Luego, el salvaje encargado de encender el fuego comenzó a prender unas antorchas que se hallaban junto a él, y conforme se las iba entregando a los danzantes éstos volvían a emprender su baile.

El círculo se redujo y de vez en cuando alguno de los danzantes saltaba hacia las parrillas y trataba de encender las ramas que se encontraban debajo de nosotros. La luz de las antorchas iluminaba la extraña escena y producía sombras grotescas que se movían de un lado a otro como demonios.

La verdad de nuestra situación era ya demasiado evidente, aunque yo sabía que tanto Duare como yo nos la suponíamos desde mucho antes de que nos colocaran sobre las parrillas: nos iban a asar para que nuestra carne sirviera de manjar en una fiesta de caníbales.

Duare, aterrorizada, volvió el rostro hacia mí, y murmuró:

—¡Dios mío, Carson Napier! Antes de morir quiero que sepas que aprecio el sacrificio que hiciste por mí. Tú deberías estar ahora en compañía de leales amigos a bordo del Sofal.

—Prefiero estar aquí contigo, y no en cualquier otra parte sin ti, Duare—le contesté.

Vi que se le humedecían los ojos al volver el rostro, pero no me respondió. Y luego, un corpulento salvaje saltó con una antorcha encendida en las manos y prendió las ramas de la zanja que se encontraba debajo de Duare.

VI - FUEGO

Se oyeron provenir del bosque que nos rodeaban los rugidos de unas bestias hambrientas, pero no me afectaron, pues estaba horrorizado por la espantosa suerte que correría Duare.

Ambos luchábamos por desatar nuestras ligaduras. No podríamos defendernos hasta que nos liberáramos de las fuertes lianas que nos habían enrollado alrededor del cuerpo. Las pequeñas llamas que se elevaban debajo de sus pies comenzaban a propagarse hacia las ramas grandes. Duare había logrado arrastrarse hacia la parte anterior de la parrilla, así que el fuego todavía no se hallaba directamente debajo de ella.

Yo no les había prestado mucha atención a los nobargans, pero de pronto me di cuenta de que habían cesado sus cantos y sus danzas. Entonces vi que se hallaban parados moviendo las antorchas de un lado a otro y tratando de penetrar con la mirada la oscuridad del bosque. Todavía no habían prendido la leña que estaba debajo de mí. También me di cuenta de que los rugidos de las bestias se oían cada vez más cerca. Vi ligeras sombras que se escabullían por entre las ramas de los árboles y ojos que brillaban en la media luz reinante.

Después, una bestia enorme saltó al claro, y la reconocí. Vi los gruesos pelos como púas que la cubrían. Se hallaba de pie, con el cuello erecto. Vi las blancas franjas

longitudinales que resaltaban sobre su piel rojiza, y su vientre azulado y sus enormes mandíbulas. Era un tarbán.

Los nobargans también lo estaban mirando. Poco después comenzaron a lanzar gritos y a arrojarle piedras con sus hondas tratando de espantarlo. Pero no se retiró, sino que empezó a acercarse lentamente emitiendo unos ruidos terribles. Y detrás de ese primer tarbán aparecieron más de entre las sombras..., dos, tres, una docena, veinte. Todos rugían y sus ruidos estremecían la tierra.

Los salvajes comenzaron a retirarse poco a poco, pero cuando las bestias invadieron su aldea, empezaron a darse más prisa hasta que de pronto dieron media vuelta y emprendieron veloz carrera perseguidos por los tarbáns, que lanzaban feroces ruidos.

Quedé sorprendido al ver la velocidad con que corrían los nobargans, a quienes había considerado como demasiado torpes y muy poco ágiles; pero al desaparecer por el bosque no era evidente que los tarbáns pudiesen alcanzarlos con facilidad, aunque cuando las bestias pasaron junto a mí, me pareció que corrían tan rápidamente como un león que se lanza al ataque.

Ni a Duare ni a mí nos prestaron atención las bestias, y dudo de que nos hubiesen visto, pues todo su interés estaba concentrado en dar alcance a los salvajes que huían. Cuando volví el rostro hacia Duare, vi que la joven había logrado girar sobre sí misma y conseguía caer de la parrilla en el preciso instante en que las llamas estaban por llegarle a los pies y quemarla. Se había salvado por el momento y, silenciosamente, di gracias al cielo por aquella dádiva. Pero, ¿qué sucedería después? ¿Debíamos quedarnos allí hasta que los nobargans regresasen?

Duare me miró. Luchaba por librarse de las lianas que la ataban.

—Creo que puedo desatarme—me dijo—. No me ataron tan fuertemente como a ti. ¡Ojalá que lo logre antes de que esos salvajes regresen!

La miré en silencio, y después de transcurrido un rato que a mí me pareció una eternidad, Duare consiguió dejar libre de ataduras uno de sus brazos. Después lo demás fue relativamente fácil, y cuando logró desatarse completamente, se dedicó a deshacer mis ligaduras.

A la extraña luz de la noche amtoriana, como dos fantasmas desaparecimos entre las sombras del misterioso bosque: y puedo asegurarles que tomamos la dirección contraria a la que tomaron los canibales y las bestias que los perseguían.

El momentáneo júbilo que me había producido el haber escapado de manos de los nobargans pasó pronto cuando consideré la situación en que nos encontrábamos. Estábamos solos. sin armas y perdidos en una región desconocida que habíamos comprobado que estaba llena de peligros, y a la que nuestra imaginación poblaba con miles de riesgos mucho más espantosos que aquellos con que habíamos tropezado en nuestro camino.

Duare. crecida en el aislamiento de la casa de un jong, desconocía tanto como yo, habitante de un lejano planeta, la fauna. La flora y las condiciones de existencia de la región de Noobol; y a pesar de nuestra cultura, de nuestra inteligencia y de mi considerable fuerza física, éramos tan sólo en aquel bosque como unos niños perdidos.

Habíamos estado caminando en silencio, con el oído atento y alerta ante cualquier nuevo peligro que pudiera surgir. cuando Duare habló en voz baja como alguien que se pregunta algo a sí mismo.

—Y si alguna vez regreso a la casa de mi padre, ¿quién creerá lo que contaré? ¿Quién creerá que Duare, la hija del jong corrió tan terribles peligros y no perdió la vida? —luego se volvió hacia mí, me miró a los ojos y me preguntó—: Carson Napier, ¿crees que regresaré algún día a mi casa?

—No lo sé. Duare —le respondí sinceramente—. Para ser franco. te diré que me parece que será muy difícil puesto que ni tú ni yo sabemos dónde estamos ni hacia dónde se encuentra Vepaja. y tampoco sabemos a qué nuevos peligros tendremos que

enfrentarnos. ¿Y qué pasará si no logramos llegar nunca a Vepaja, Duare? ¿Qué pasará si tú y yo continuamos juntos por muchos años? ¿Seguiremos siempre como extraños, como enemigos? ¿No hay esperanza para mí de que logre conseguir tu amor?

—Ya te he dicho que no me debes hablar de amor. A una joven menor de veinte años le está prohibido hablar o pensar en el amor, y para mí, la hija de un jong, la prohibición es todavía más severa. Si vuelves a insistir en ese tema, tendré que dejar de hablarte.

Después de lo anterior caminamos en silencio durante un largo rato. Estábamos cansados, hambrientos y sedientos, pero por entonces había que subordinar la satisfacción de cualquier necesidad que nos asediara al imperioso deseo de escapar de los nobargans; pero por fin me di cuenta de que la resistencia de Duare había llegado a su límite, y decidí que debíamos hacer un alto en nuestra marcha.

Escogimos un árbol que tenía ramas bajas y subimos a él hasta que casualmente llegué a una plataforma semejante a un nido, que debía de haber sido construida por alguna criatura arbórea o que se formó con ramas y demás caídas durante alguna tormenta. La plataforma se hallaba sobre dos ramas casi horizontales que se extendían desde el tronco del árbol aproximadamente a un mismo nivel, y era lo bastante grande para que pudiéramos descansar Duare y yo.

Al tendernos sobre aquel tosco lecho, oímos el gruñido de una gran bestia que parecía avisarnos que habíamos encontrado abrigo a tiempo. No sabía con qué otros peligros podrían amenazarnos las criaturas arbóreas, pero el extremo cansancio de mi cuerpo y de mi mente me disuadieron de permanecer despierto para vigilar. Creo que ni siquiera caminando hubiese podido mantenerme por mucho tiempo con los ojos abiertos.

Cuando comenzaba a dormirme, oí la voz de Duare, que sonó a mis oídos soñolienta y distante.

—Dime, Carson Napier, ¿qué es eso que llaman amor?

Al despertar ya era otro día. Miré al follaje que se hallaba inmóvil sobre mí, y durante un momento se me dificultó recordar dónde me encontraba y los sucesos que me habían conducido hasta aquel lugar. Volví la cabeza y vi que Duare se hallaba tendida a mi lado; entonces mis recuerdos se aclararon. Sonreí al acordarme de la pregunta que había oído entre sueños, y que no le había contestado. Debí de haberme quedado dormido tan pronto me fue formulada.

Durante dos días caminamos en la dirección en que suponíamos que se hallaba el mar. Nos alimentábamos de huevos y frutas que encontramos en abundancia. Había mucha vida en el bosque: aves extrañas que ningún terrícola conocía, animales semejantes a los monos que saltaban de rama en rama y parecían conversar, reptiles y animales herbívoros y carnívoros. Muchos de los últimos eran grandes y feroces, pero los más peligrosos que encontramos fueron los tarbáns. Sin embargo, debido a que éstos tienen la costumbre de rugir y gruñir constantemente, pudimos evitar su encuentro con facilidad.

Los bastos fueron otros animales que nos causaron ciertas molestias. Conocí a esa clase de bestias la vez en que Kamlot y yo salimos en busca de tarel y, por lo tanto, ya sabía que mi joven compañera y yo debíamos subirnos a los árboles tan pronto divisábamos un basto.

Esas bestias poseen una cabeza semejante a la de los bisontes, con iguales cuernos cortos y pelo grueso en la cerviz. Sus ojos son pequeños y de bordes rojos. Su piel azul y semejante a la de los elefantes está cubierta de escaso pelo, con excepción de la cabeza y la punta de la cola en que el pelo les crece abundantemente y es de mayor longitud. El cuerpo de esas bestias es bastante elevado en la parte anterior, pero su altura disminuye en la parte posterior. Su lomo es muy ancho y sus patas delanteras son extremadamente cortas y gruesas, y están provistas de tres pezuñas. Las patas delanteras soportan los tres cuartos del peso de la bestia. Su hocico es parecido al de los jabalíes, pero es mayor y está armado con gruesos colmillos curvados.

Los bastos son feroces bestias omnívoras que siempre andan buscando a quien atacar. Debido a ellos y a los tarbans, Duare y yo adquirimos gran práctica en treparnos a los árboles durante los primeros días en que anduvimos por el bosque.

Mis dos mayores dificultades para enfrentarme a la vida primitiva resultaron ser mi carencia de armas y mi inhabilidad para producir fuego. Lo último era probablemente lo peor, ya que al no tener cuchillo el fuego era indispensable para hacer cualquier arma.

Cada vez que nos deteníamos a descansar yo trataba de producir fuego y Duare no cesaba de hacerme preguntas sobre ese tema. Hablábamos poco acerca de otras cosas y continuamente estábamos experimentando con diferentes combinaciones de madera y de piedras que hallábamos en el camino.

Durante toda mi vida había leído acerca de las varias maneras en que los hombres primitivos producían fuego, y las ensayé todas. Me salieron ampollas de tanto hacer girar pequeñas ramas secas entre las manos; me sangraron los dedos de tanto hacer chocar pedazos de piedras para que produjeran chispas, y por fin, disgustado, ya estaba casi dispuesto a darme por vencido.

—No creo que nunca nadie haya producido fuego—rezongué.

—Tú viste que el nobargan lo produjera—me recordó Duare.

—En eso debe de haber alguna trampa que no he descubierto—insistí.

—¿Te vas a dar por vencido?—me preguntó.

—Claro que no. Eso es como el golf, la mayoría nunca aprende a jugar, pero son pocos los que renuncian a practicarlo. Tal vez siga tratando de producir fuego hasta que yo muera o hasta que Prometeo descienda a Venus tal como lo hizo en la Tierra.

—¿Qué es golf y quién es Prometeo? —me preguntó Duare.

—El golf es un trastorno mental y Prometeo es una fábula.

—No entiendo entonces cómo podrían ayudarte.

Yo estaba sentado en cuclillas junto a un montoncillo de yesca haciendo chocar con fuerza unos pedazos de roca que había recogido aquella mañana.

—Yo tampoco—le respondí haciendo chocar furiosamente dos nuevas piedras.

¡Varias chispas saltaron de las piedras y prendieron la yesca!

—Me retracto de lo que dije de Prometeo—exclamé—. No es una fábula.

Con la ayuda de aquel fuego podía fabricar un arco y hacer una afilada lanza y flechas. La fibra de una resistente liana me sirvió para ponerle cuerda a mi arco y adorné mis flechas con plumas de aves.

Duare se interesó mucho en aquel trabajo. Recogió plumas y se las ató a las flechas con unas delgadas y resistentes hierbas que crecían en abundancia en el bosque. Facilitó nuestro trabajo el uso de piedras que habíamos encontrado moldeadas en tal forma que resultaban magníficos raspadores.

No puedo expresar el cambio que se operó en mi al ser poseedor de armas. Había llegado a sentirme como si fuera un animal perseguido cuya única defensa consistía en huir, y eso deja en situación muy desagradable a un hombre que desea impresionar con su heroísmo al objeto de su amor.

No quiero decir que esa fuese mi intención constante; sin embargo, al irme dando cuenta de mi inutilidad llegó el momento en que anhelé hacer un mejor papel ante Duare.

Pero la situación había cambiado. Ya no era la presa sino que me había convertido en el cazador. Mis lastimosas e inadecuadas armas acabaron con cualquier duda que pudiera abrigar. Ya podía hacerle frente a cualquier emergencia.

—¡Duare, encontraré Vepaja!—exclamé—. ¡Te llevaré a tu casa!

—La última vez que hablamos de eso—me respondió la joven mirándome sorprendida— me dijiste que no tenías ni la más remota idea de dónde se encontraba Vepaja, y que si lo supieras no abrigarías ninguna esperanza de poder llegar hasta allí.

—Eso fue hace varios días. Las cosas han cambiado. Ahora, Duare, vamos a cazar; esta noche comeremos carne. Caminarás detrás de mí para no espantar a la caza.

Avancé dueño de mi antigua seguridad y, tal vez, un poco despreocupado. Duare me seguía a unos cuantos pasos de distancia. En aquella parte del bosque había bastante maleza, más que la que habíamos encontrado antes, y eso no me permitía ver demasiado lejos en ninguna dirección. Marchábamos por lo que parecía ser una vereda formada por el paso de los animales, y yo avanzaba osadamente, pero en silencio.

De pronto, vi que se movía el follaje de la maleza que se hallaba delante de nosotros y luego me pareció ver un animal. Casi en seguida el atronador bramido de un basto quebró el silencio del bosque, y se oyó el ruido de ramas partidas entre la maleza.

—¡Corre hacia los árboles, Duare!—grité.

Al mismo tiempo di media vuelta y me adelanté hacia ella para ayudarla a trepar a un árbol, pero en eso, Duare tropezó y cayó.

El basto volvió a bramar, y al volver la cabeza rápidamente, una fugaz mirada me bastó para ver que la terrible bestia se hallaba en la vereda, casi a mis espaldas. No estaba embistiendo todavía, pero avanzaba, y me di cuenta de que nos atacaría antes de que pudiésemos alcanzar la seguridad en lo alto de cualquier árbol, debido al retraso ocasionado por la caída de Duare.

No me quedaba más que una alternativa a seguir. Tenía que distraer a la bestia hasta que Duare hubiese llegado a lugar seguro. Me acordé de cómo Kamlot había matado a uno de esos animales llamándole la atención con una rama con hojas que sujetaba en la mano izquierda y clavándole luego su afilada espada en el lomo hasta atravesarle el corazón. Pero yo no tenía ninguna rama con hojas y sólo estaba armado con una rústica espada de madera.

El basto estaba ya casi sobre mi; sus ojos de bordes rojos le llameaban y sus blancos colmillos relumbraban. Mi imaginación excitada hizo que yo lo viera tan alto como un elefante. Bajó la cabeza, lanzó otro bramido aterrador, y luego embistió.

Cuando el basto se lanzó hacia mi sólo pensé en lograr que no le prestara atención a Duare hasta que ésta se hallase fuera de su alcance. Todo ocurrió tan rápidamente que creo que no tuve tiempo de pensar en la suerte que casi con seguridad me estaba reservada.

La bestia estaba tan cerca de mi cuando emprendió su embestida que no le fue posible desarrollar una gran velocidad. Se adelantó con la cabeza baja, y era tan poderoso e imponente que ni siquiera pensé por un instante en hacer uso de mis toscas armas para detenerlo. Toda mi atención se concentró en la idea de evitar que aquellos cuernos me atravesaran. Cuando el basto llegó junto a mi, se los sujeté fuertemente con las manos y, gracias a mi fuerza extraordinaria, logré aminorar el empuje del ataque así como también desviar aquellos cuernos de mis órganos vitales.

Tan pronto como la bestia sintió mi peso levantó la cabeza violentamente con la intención de cornearme y luego lanzarme al aire. Sólo consiguió hacer lo último pero el resultado sobrepasó todo lo que yo esperaba y creo que también las intenciones del basto.

Como si hubiese sido impelido por la fuerza de una explosión, volé pasando por entre las ramas y el follaje de los árboles, y todas mis armas se me cayeron. Por fortuna no me golpeé la cabeza con ninguna rama grande, así que no quedé inconsciente. Conservé la serenidad de ánimo y logré sujetarme de la rama contra la que había tropezado mi cuerpo, y después hice un esfuerzo y me trepé a una rama mayor.

Mi primer pensamiento se lo dediqué a Duare. ¿Estaba a salvo? ¿Habría podido treparse a algún árbol antes de que el basto me atacase, o la fiera habría acabado con ella?

Pero mis temores se desvanecieron pronto al oír la voz de la joven.

—¡Oh, Carson! Carson! ¿Estás herido?—gritó Duare.

La angustia que se reflejaba en el tono de su voz era suficiente recompensa por cualquier herida que yo hubiera podido sufrir.

—Creo que no —le respondí—; solamente estoy un poco magullado. ¿Tú estás bien? ¿Dónde estás?

—Aquí, en el árbol contiguo. ¡Oh, creí que esa bestia te había matado!

Yo estaba examinándome las articulaciones y tratando de descubrir algún daño, pero me di cuenta de que solamente tenía magulladuras y rasguños.

Mientras yo me examinaba, Duare avanzó por las ramas entrelazadas de los árboles y no tardó en llegar junto a mi.

—¡Oh, sangras! —exclamó—. Estás herido.

—Sólo son unos rasguños—le dije—; lo que está herido es mi orgullo.

—No tienes por qué avergonzarte; deberías estar orgulloso de lo que hiciste. Lo vi. Cuando me puse en pie y corrí, volví la cabeza y vi que estabas de pie ante esa terrible bestia para que no pudiese atacarme.

—Tal vez—le dije—me encontraba demasiado aterrorizado para poder correr. El miedo me tenía paralizado.

Duare sonrió y movió la cabeza de un lado a otro.

—No es cierto; yo te conozco muy bien.

—No me importa correr ningún riesgo con tal de que yo gane tu aprobación.

La joven guardó silencio durante un momento y se quedó mirando al basto que pifaba y emitía feroces bramidos y que, a ratos, permanecía en calma y levantaba la vista para mirarnos.

—Podríamos alejarnos de él si avanzamos por los árboles—me sugirió Duare—. Sus ramas están muy juntas y se entrelazan.

—No puedo abandonar mis armas—le dije.

—Tal vez el basto se vaya pronto, cansado de esperar que bajemos.

Pero el feroz animal no se fue pronto. Durante media hora pifó, bramó y corneó la tierra hasta que por fin se echó bajo el árbol.

—¡Qué bestia tan optimista!—exclamé—. Cree que si espera más tiempo bajaremos voluntariamente.

—Tal vez piensa que moriremos de vejez y caeremos —comentó Duare riendo.

—Pues se llevará un buen chasco- no sabe que nos inyectaron el suero de la longevidad.

—Por ahora el chasco nos lo hemos llevado nosotros, y ya comienzo a sentir hambre.

—Mira, Duare—murmuré al ver algo ligeramente visible por entre la tupida maleza que se hallaba más allá del basto.

—¿Qué es?—me preguntó.

—No lo sé, pero es algo bastante grande.

—Está avanzando lentamente por entre los matorrales, Carson. ¿Crees que sea alguna otra terrible bestia que ya nos olfateó?

—Bueno, estamos en lo alto de un árbol—le contesté.

—Sí, y muchas de estas bestias se trepan a los árboles. ¡Ojalá tuvieras tus armas!

—Si ese basto dejara de vigilarnos un momento, bajaría y recogería mis armas.

—No, no debes hacer eso. Te mataría cualquiera de las dos bestias.

—¡Allá viene, Duare! ¡Mira!

—Es un tarbán—murmuró la joven.

VII - EL COMBATE

La espantosa cabeza del feroz carnívoro se asomó por entre las malezas a corta distancia detrás del basto. Éste no lo había visto ni su olfato había percibido el olor de la bestia felina.

—No nos mira a nosotros —dije—; está mirando al basto.

—Tal vez...—comenzó a decir Duare, pero un gruñido acalló sus palabras.

Aquel salvaje gruñido había sido lanzado por el tarbán en el preciso momento en que se arrojaba sobre el basto. La primera bestia saltó para ponerse en pie, pero el tarbán cayó sobre su lomo y le clavó las garras y los colmillos en la carne.

El bramido del basto se confundió con los rugidos y gruñidos del tarbán y el espantoso ruido que produjeron pareció estremecer todo el bosque.

El enorme basto giró enloquecido de dolor y trató de clavarle uno de sus cuernos a la bestia que tenía encima, pero el tarbán le arañó la cara con sus garras y le abrió una herida que le puso al descubierto los huesos desde la cerviz hasta las fauces, y le vació un ojo.

El basto, con la cabeza convertida en una gran masa sanguinolenta, se lanzó a tierra sobre sus lomos con el propósito de aplastar a su adversario, pero el tarbán saltó hacia un lado, y cuando su enorme enemigo volvió a ponerse en pie, volvió a saltar sobre él.

Esta vez el basto bajó la cabeza y dio media vuelta con gran agilidad recibiendo con sus cuernos al tarbán, al que lanzó hacia las ramas del árbol en el que nos encontrábamos Duare y yo.

El enorme carnívoro voló hasta llegar a unos escasos pies de la rama en la que nos hallábamos, dejando escapar un desgarrador gruñido de furia satánica y odio primitivo; luego cayó a tierra gruñendo sin cesar.

Como si fuese un enorme gato, animal con el que tenía cierta semejanza, el tarbán caería sobre sus patas; pero el basto lo esperaba con los cuernos dispuestos para recibirlo y lanzarlo por el aire nuevamente. El tarbán cayó sobre los cuernos del basto, pero éste no logró lanzarlo otra vez hacia el árbol a pesar del esfuerzo que desplegó con su poderoso cuello, pues su víctima se aferró fuertemente con las garras a la cabeza de su adversario. Y mientras el basto trataba de librarse de él, el tarbán le desgarró el lomo abriéndole profundas heridas. Con sus garras estaba haciendo pedazos al terrible basto.

La ensangrentada bestia, que se hallaba ya completamente ciega, pues había perdido el otro ojo, giró describiendo una grotesca e inútil pirueta mortal, pero su victimario se aferró a ella, desgarrándole las carnes ciego de furia y lanzando espantosos rugidos que se mezclaban con los bramidos agonizantes del maltrecho basto.

De pronto, el basto se detuvo y le flaquearon las patas. Le manaba tanta sangre del cuello que yo estaba seguro de que le habían partido la yugular, y comprendí que su fin estaba próximo a pesar de la increíble tenacidad con que se aferraba a la vida.

Pero yo no podía imaginar la inconcebible vitalidad de esas poderosas criaturas. El basto movió la cabeza súbitamente y se irguió, luego inclinó el cuello y embistió a ciegas con toda la fuerza y el vigor de su vitalidad incomparable.

Su carrera fue corta, pues pronto chocó contra el árbol en el que nos encontrábamos agazapados produciéndose un impacto tremendo. La rama en la que nos hallábamos se meció y tronó siniestramente, y Duare y yo no pudimos mantenernos más en ella.

Tratamos de sujetarnos de las ramas que hallamos a nuestro paso, pero todo fue inútil, pues finalmente caímos sobre el tarbán y el basto. Durante un momento me aterroricé al pensar en el peligro que corría Duare; sin embargo, no había razón para sentir temor. Ninguna de las dos temibles bestias nos atacó; ninguna se puso en pie. Solamente experimentaron unas cuantas convulsiones y se quedaron quietas. Ambas habían muerto.

El tarbán había sido atrapado entre el tronco del árbol y la pesada cerviz del basto, y se había convertido en una masa informe, el basto había muerto al consumir su terrible venganza contra el tarbán, su feroz enemigo.

Duare y yo habíamos rodado por tierra junto a los cadáveres de los dos poderosos animales, y como nos encontrábamos ilesos, de un brinco nos pusimos en pie. Duare estaba pálida y un poco agitada, pero me sonrió valientemente.

—Nuestra cacería tuvo más éxito del que habíamos imaginado —observó—. Aquí hay carne suficiente para varios hombres.

—Kamlot me dijo que no hay nada tan sabroso como un bistec de basto asado con fuego de leña.

—Si. es delicioso; sólo de pensarlo se me hace agua la boca.

—Y a mí también. Duare; pero sin cuchillo no podemos cortar el bistec. Mira qué piel tan gruesa tiene el basto.

—¿Hay quien tenga tan mala suerte como nosotros? —me preguntó Duare afligida—. Pero no importa; busca tus armas y tal vez podamos partir algún pedazo pequeño.

—¡Ya sé! —exclamé al mismo tiempo que abría la bolsa que llevaba colgada del hombro con una fuerte cuerda—. Tengo una piedra afilada que me sirve para raspar mi arco y mis flechas. Creo que podremos cortar con ella unas cuantas piezas de carne.

Aquello resultó un trabajo laborioso, y mientras yo estaba ocupado en descuartizar a la bestia, Duare recogió hierbas secas y leña y, para asombro de ambos, encendió un fuego. Mi compañera se alegró y se emocionó mucho con el éxito obtenido, y también se mostró muy orgullosa de haberlo logrado. Durante toda su vida mimada nadie le había pedido nunca en su casa que hiciese algo práctico, así que la obtención de aquel pequeño logro la llenó de satisfacción.

La comida fue memorable, marcaba toda una época, pues representaba el surgimiento del hombre primitivo de entre los niveles más bajos de la existencia. Había logrado producir fuego; había hecho sus armas; había cazado (en este caso sólo de manera figurada); y luego, por vez primera, estaba comiendo alimentos cocinados. Y a mi me gustaría llevar más adelante la comparación y considerar a la compañera de sus logros como su pareja conyugal. Suspiré al pensar en lo felices que Duare y yo podríamos ser si ella correspondiese a mi amor.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Duare—. ¿Por qué suspiras?

—Porque quisiera ser de verdad un hombre primitivo y no lo que soy, una pobre y deleznable imitación de uno de ellos.

—¿Y por qué quisieras ser un hombre primitivo?—inquirió.

—Pues porque esos hombres no estaban atados por convenciones tontas—le repliqué—. Si querían a una mujer y ella no les correspondía, la agarraban de los cabellos y se la llevaban arrastrada a su cueva.

—Me alegro de no haber nacido en esa época—dijo Duare.

Durante varios días vagamos por el bosque. Yo sabía que estábamos perdidos irremediablemente, pero me encontraba ansioso de salir de aquel sombrío bosque. Nos estaba destrozando los nervios. Yo me las arreglé para cazar pequeños animales con mi lanza y con mis flechas; había frutas y nueces en abundancia, así como también era fácil encontrar agua. Nos alimentábamos como reyes y fuimos muy afortunados en todos los encuentros que tuvimos con las grandes bestias. La suerte nos favoreció, pues no vimos ninguna gran bestia arbórea, aunque en los bosques de Amtor viven animales terribles en los árboles.

Duare rara vez se quejaba a pesar de las dificultades y peligros que teníamos que afrontar constantemente. No demostraba ninguna molestia ante el hecho, cada vez más evidente, de que nunca podríamos encontrar el país donde reinaba su padre. En ocasiones se mantenía seria y silenciosa durante largos periodos de tiempo, y me imagino que en esos momentos se encontraba afligida, pero nunca me comunicó sus penas. Yo hubiese deseado que lo hiciera, pues a menudo compartimos nuestras penas con los seres que amamos.

Pero un día de pronto se sentó y comenzó a llorar. Me quedé tan sorprendido que permanecí parado mirándola fijamente durante varios minutos antes de que pudiera pensar algo para decirle, y luego lo que le dije no fue nada muy brillante.

—¡Eh, Duare!—exclamé—. ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

Ella movió la cabeza de un lado a otro y se esforzó por acallar sus sollozos.

—Lo siento —logró decir al fin—, no quería llorar; pero... ¡Oh, este bosque! Se me ha vuelto una obsesión, Carson. Hasta en sueños lo veo. Es un bosque interminable; se extiende por todas partes, sombrío, aborrecible, lleno de peligros—de pronto movió la cabeza violentamente como para apartar de su imaginación visiones desagradables—. ¡Basta! Ya estoy bien. No volverá a ocurrirme eso—dijo, y sonrió enjugándose las lágrimas.

Yo sentí deseos de tomarla entre mis brazos y consolarla. ¡Oh, cuánto anhelaba hacer aquello! Pero sólo asenté mi mano en su hombro, y le dije:

—Comprendo cómo te sientes. Así me he sentido durante varios días, y he tenido que hacer un esfuerzo para dominarme. Pero esto no puede durar siempre, Duare. Pronto debe terminar, y de todas maneras debes pensar que el bosque nos ha brindado alimento, abrigo y protección.

—Si, tal como un carcelero provee de alimento, abrigo y protección a un condenado a muerte —me respondió tristemente—. ¡Vaya! No hablemos más de eso.

Nos pusimos en marcha y tomamos un sendero formado por el paso de los animales, un sendero cuyo curso era tan irregular como el de todos los de su clase. Las malezas eran tupidas, y creo que eso, más que el bosque, era lo que deprimía a Duare. A mí siempre me deprimió. El sendero era ancho, y Duare y yo caminábamos uno junto al otro cuando de pronto el bosque pareció desaparecer frente a nosotros. Nos hallábamos ante un gran claro y, más allá, en la lejanía, se elevaban unas montañas distantes.

VIII - EL ACANTILADO

Avanzamos sorprendidos, hasta llegar al borde de un altísimo acantilado. A lo lejos, como a unos cinco mil pies, un gran valle se extendía ante nuestra vista. Y más lejos, después de terminado el valle, vimos unas montañas distantes cuyos extremos, tanto a la derecha como a la izquierda, se perdían de vista cubiertos por las brumas de la distancia.

Durante los días que estuvimos vagando por el bosque debimos de haber estado ascendiendo constantemente, pero el ascenso debió de ser tan paulatino que no lo notamos. Y el efecto de haber llegado de pronto a aquel enorme precipicio resultaba sorprendente. Me parecía como si estuviera mirando un profundo pozo que estuviese muy por debajo del nivel del mar. Pero pronto se desvaneció esa impresión pues a lo lejos vi un gran río que serpenteaba a lo largo del valle, y no cabía duda de que debía desembocar en algún mar.

—¡Un nuevo mundo! —exclamó Duare—. ¡Qué hermoso es en comparación de este espantoso bosque!

—Esperemos que su benevolencia para con nosotros sea aún mayor que la que nos brindó el bosque.

—¿Cómo podría ser de otro modo? ¡Es tan bello!—me replicó Duare—. Debe de estar habitado por gente generosa y amable. y tan hermosa como su valle. No puede haber maldad donde hay tanta belleza. Tal vez ahí nos ayuden a regresar a Vepaja. Si, estoy segura de que nos ayudarán.

—Eso espero, Duare—le dije.

—¡Mira! —exclamó la joven—. Hay riachuelos que desembocan en el río grande, y hay llanos donde crecen algunos árboles, y hay bosques también, pero no son bosques que se extienden interminablemente como este del que acabamos de salir. ¿No ves ninguna ciudad o señales de existencia humana, Carson?

—Si hay ciudades, no puedo verlas—le respondí—. Estamos a gran altura sobre el valle y está muy lejos del río caudaloso a cuyas orillas pudieran estar. Desde aquí sólo sería posible ver alguna ciudad grande con edificios altos, pero la bruma del valle puede ocultárnosla. Descenderemos para averiguarlo.

—Estoy impaciente por saberlo—me respondió Duare.

El sendero que habíamos seguido hasta llegar al borde del acantilado describía una curva pronunciada hacia la izquierda y continuaba bordeando el precipicio, pero después de cierto trecho se bifurcaba y salió de él una vereda que descendía por el acantilado.

Esa vereda era muy estrecha y bajaba en zigzag por la pendiente casi vertical del acantilado, de manera tal que cualquier persona temerosa que descendiera por ella no podría menos que sufrir escalofríos.

—Creo que pocos seres suben y bajan por aquí—le dije a Duare al ver que, desde el borde del acantilado, miraba la peligrosa vereda—. Tal vez sea mejor que busquemos un camino más fácil para bajar.

—No—me contestó—; yo quería abandonar el bosque y esta es la oportunidad. Alguien ha utilizado esta vereda, y si alguien ha descendido al valle por aquí, nosotros también lo haremos.

—Dame la mano; la pendiente es muy pronunciada.

La tomé de la mano y le di mi lanza para que la usara como cayado. Y así comenzamos el peligroso descenso. Hasta ahora odio recordarlo. No solamente estaba preñado de riesgos sino que también era algo sumamente cansado. Muchas veces creí que estábamos perdidos, parecía que ya no podíamos descender más y sabíamos que era imposible volver sobre nuestros pasos y regresar a la cima, pues en ciertas partes del trayecto habíamos descendido resbalándonos por rocas que no podríamos escalar si regresábamos.

Duare era muy valiente. Me asombraba. No solamente era notable su valor sino también su resistencia, que parecía increíble en una joven tan delicada. Y continuó descendiendo alegre y despreocupada. A menudo, cuando resbalaba y estaba a punto de caer, reía como si una caída no significase la muerte.

—Te dije que alguien debía de haber usado este sendero para bajar y subir—me recordó durante uno de nuestros descansos—. Ahora lo que me pregunto es qué clase de hombre o qué animal pudo hacerlo.

—Tal vez una cabra de monte —le sugerí—. No creo que nadie más pudiera.

Duare no conocía las cabras del monte y yo no había visto aún ningún animal venusino que se le pareciese; por lo tanto, no podía hacer ninguna comparación para explicarle cómo era. Ella pensó que un mistal podría descender y ascender fácilmente por aquel sendero. Yo nunca había oído hablar de semejante animal, pero por la descripción que ella me hizo deduje que debía de tener aspecto de ratón y tamaño de gato.

Cuando continuamos el descenso después de uno de nuestros descansos, oí un ruido detrás de nosotros y miré hacia abajo de la roca en la que nos encontrábamos para ver de qué se trataba.

—Pronto quedará satisfecha nuestra curiosidad —le dije en voz baja a Duare—. Allá viene el audaz animal.

—¿Es un mistal?—me preguntó.

—No, y tampoco es una cabra de monte; pero es un animal de una especie muy adecuada para subir por este sendero casi vertical.

Era un enorme lagarto horrible que medía aproximadamente unos veinte pies de largo y que subía lentamente hacia donde Duare y yo nos encontrábamos.

La joven se apoyó en mi hombro y miró hacia abajo. Un ahogado grito de terror se escapó de su garganta.

—Creo que es un vere—me dijo—; estamos perdidos si es que estoy en lo cierto. Aunque nunca he visto ninguno, los conozco por las figuras de los libros que los describen.

—¿Son peligrosos?—le pregunté.

—Son mortales —me respondió—. Nadie sobrevive a su ataque.

—Trata de subir un trecho por el sendero—le dije—. Yo intentaré detenerlo hasta que te halles en lugar seguro.

Luego me volví hacia el reptil que avanzaba arrastrándose lentamente. El animal estaba cubierto de escamas rojas, negras y amarillas, que formaban complicados dibujos. Su color y su ornamentación eran muy bellos, pero esa era toda su hermosura. Su cabeza no se diferenciaba mucho de la de un cocodrilo, y a lo largo de cada lado de su mandíbula superior tenía una fila de brillantes cuernos blancos. En el centro de su cabeza se movía su único ojo, enorme, y formado por millares de facetas.

No nos había visto todavía pero pronto llegaría junto a nosotros. Agarré una piedra y la arrojé al sendero con la intención de que tal vez el animal diese media vuelta y regresase por donde había venido. Pero el proyectil le golpeó las fauces y el vere levantó la cabeza y nos vio.

Abrió una gran boca y emitió un silbido espantoso al mismo tiempo que sacaba una lengua sorprendente que, con la rapidez de una centella, se enrolló alrededor de mi cuerpo y me jaló hacia sus fauces.

Lo que me salvó de que me tragara instantáneamente fue que yo era un bocado demasiado grande para él. Me quedé al través de su boca y allí luché con todas mis fuerzas para que no me engullera.

Yo trataba de escapar de unas fauces sin dientes, resbalosas y que absorbían. Sin duda alguna el animal tragaba entera a su presa y sólo utilizaba los cuernos como medio de defensa. De su horrible garrate emanaba un olor fétido que por poco me hace perder el sentido. Creo que debía de ser vaho venenoso que exhalaba para anestesiar a sus víctimas. Sentí que me debilitaba y que la cabeza me daba vueltas, y entonces vi junto a mí a Duare.

La joven sujetaba mi lanza con ambas manos y estaba tratando desesperadamente de clavársela en la cara al horrible vere mientras, sollozante, repetía mi nombre sin cesar ¡Qué pequeña y frágil se le veía junto a aquella temible bestia! ¡Y qué magnífica también!

Duare arriesgaba la vida por salvarme, y sin embargo no me amaba. Pero era posible porque hay nobles cualidades en las que la abnegación es mayor que en el amor. La lealtad es una de éstas. Mas no podía dejar que sacrificara su vida en aras de su lealtad.

—¡Corre, Duare! —le grité—. No puedes salvarme, estoy perdido. Corre pronto, o te matará también.

Sin prestarme atención atacó de nuevo a la bestia, y le clavó la lanza en el enorme ojo de múltiples facetas. El vere emitió un agudo chillido de dolor y con sus cuernos trató de atacar a Duare, pero ella se mantuvo firme y lo acometió otra vez metiéndole la lanza por entre las mandíbulas abiertas hasta clavársela profundamente en la sonrosada carne de sus repulsivas fauces.

La lanza debió de clavarse en la lengua del reptil, pues éste perdió su fuerza, y al dejarme libre, rodé a tierra. En seguida me puse en pie y, tomando de un brazo a Duare, la jalé para apartarla de la ciega arremetida del terrible vere. La bestia pasó junto a nosotros lanzando chillidos y silbidos, y luego se volvió en la dirección contraria a la de nosotros.

Entonces me di cuenta de que la herida que Duare le había causado en el ojo al reptil lo había dejado completamente ciego. Decidí que debíamos arriesgarnos, le pasé un brazo por la cintura a la joven y me deslicé con ella hacia la siguiente roca del sendero, pues la bestia nos hubiese herido o arrojado al abismo con los frenéticos latigazos de su cola, de habernos quedado donde nos encontró.

La suerte nos favoreció y llegamos sin percance alguno hasta la roca que se hallaba poco más abajo, y desde allí oímos los chillidos y los golpes que con su cola le daba el vere al rocoso acantilado.

Temerosos de que el vere pudiese caer sobre nosotros, nos apresuramos a continuar nuestro camino arriesgándonos mucho más que antes. Pero no nos detuvimos hasta llegar muy cerca del pie del acantilado. Entonces nos sentamos a descansar. Estábamos casi sin aliento debido a nuestros esfuerzos por descender lo más apresuradamente posible.

—Estuviste magnífica—le dije a Duare—. Arriesgaste la vida por salvarme.

—Tal vez temía quedarme sola—me respondió sonrojándose—. Debió ser un acto motivado por mi egoísmo.

—No lo creo—protesté.

La verdad era que no quería creerlo y que había otra suposición que resulta mucho más agradable para mí.

—De todas maneras logramos saber quién había abierto ese empinado sendero—me dijo Duare.

—Y también dejar de imaginarnos que nuestro hermoso valle puede ser tan seguro como parece—agregué.

—Pero esa bestia estaba abandonando el valle y se dirigía al bosque—objetó la joven—. Probablemente allí vivía.

—En el valle, no muy lejos de aquí—le dije indicándole un punto con la mano—, serpentea un bosquecillo que parece seguir el curso de un riachuelo. Allá podremos encontrar material para que yo haga otra lanza, y también podremos tomar agua. Tengo mucha sed.

—Yo también—me dijo Duare—; me estoy muriendo de sed y de hambre. Tal vez tengamos suerte y mates otro basto.

—Si, pero ahora te haré también a ti una lanza, un arco y flechas—le contesté riendo—. Por lo que vi hace poco, creo que tú debes de ser mejor cazadora de bastos que yo.

Sin prisa caminamos por un prado de tonos de color violeta hacia el bosquecillo que se encontraba como a una milla de distancia. Por todas partes había flores en abundancia. Había flores púrpura, azules y amarillo pálido, y las hojas de las plantas así como los botones eran sumamente raras. Había flores y hojas de colores que no tienen nombre, colores que ningún terrícola había visto antes.

Tales cosas me hicieron reflexionar en lo aislado que se encuentran nuestros sentidos. Cada uno vive en su propio mundo y aunque pasa toda una vida junto a los demás sentidos, no sabe nada de sus mundos.

Mis ojos ven un color, pero mis dedos, mis oídos, mi nariz, mi paladar nunca conocerán ese color. Yo ni siquiera puedo describirlo de tal manera que alguno de los sentidos de ustedes pueda percibirlo igual que yo, si es que se trata de un color nuevo que ustedes nunca han visto. Y todavía con menos precisión podría yo describir un aroma o un sabor, o la impresión que produce al tacto alguna sustancia extraña.

Solamente a base de comparaciones podría hacer que se imaginaran el paisaje que se extendía ante nuestros ojos, y no hay nada en la Tierra con lo que yo pudiera compararlo; sólo puedo hablarles de la brillantez de la bruma, del bosque y de las lejanas montañas que parecían pintadas al pastel, sin grandes contrastes entre la luz y la sombra, paisaje extraño y bello, raro, misterioso, provocativo, insinuante y siempre invitando a una mayor investigación, a nueva aventura.

Por toda la llanura que se extendía entre el acantilado y el bosque crecían árboles de trecho en trecho, y echados bajo sus frondas o pastando por los prados, había animales totalmente desconocidos para mí. A simple vista podía decirse que en aquel conjunto estaban representadas las más diversas especies.

Algunos eran grandes y de andar pesado; otros eran pequeños y de aspecto delicado. Pero todos estaban demasiado lejos de mí para que yo pudiese apreciarlos detalladamente, y eso me alegraba, pues pensé que entre aquellas bestias debía de haber al menos algunas que fuesen peligrosas. Pero al igual que todos los animales,

excepto los carnívoros hambrientos y el hombre, no demostraban intenciones de atacarnos mientras no los perturbásemos o nos acercásemos a ellos.

—Por lo que veo, creo que no sufriremos hambre aquí —me dijo Duare.

—Ojalá que entre esos animales haya algunos que sean buenos para comer —le respondí riendo.

—Estoy segura de que ese animal muy grande que se encuentra bajo ese árbol es delicioso; el que nos está mirando—me dijo haciendo gala de su buen sentido del humor, y señalándome a una enorme bestia peluda, tan grande como un elefante.

—Tal vez esa bestia esté pensando lo mismo de nosotros—le contesté—. ¡Allá viene!

El enorme animal caminaba en dirección a nosotros, y todavía nos encontrábamos como a cien yardas de distancia del bosque.

—¿Corremos? —me preguntó Duare.

—Temo que eso sería fatal, pues, como sabes, es casi instintivo que una bestia persiga a cualquier ser que corre de ella. Creo que lo mejor será continuar caminando sin demostrar prisa hasta llegar al bosque. Si ese animal no se apresura, llegaremos antes que él a los árboles; si corremos, nos alcanzará, pues el hombre, entre todos los seres existentes, parece que es casi el más lento.

Varias veces, conforme avanzábamos, volvimos la cabeza para mirar a la enorme bestia que nos seguía. Avanzaba pesadamente sin manifestar la menor señal de irritación, pero devoraba la distancia con sus largos pasos. Me di cuenta de que nos alcanzaría antes de que llegásemos al bosque, y me sentí sumamente impotente para poder enfrentarme a él armado tan sólo con mi pequeño arco y mis débiles flechas.

—Apresurate un poco, Duare—le indiqué.

La joven obedeció mi indicación, pero después de dar unos cuantos pasos volvió la cabeza.

—¿Por qué no vienes tú también?—me preguntó.

—No pierdas tiempo—le contesté de inmediato—; haz lo que te digo.

Pero Duare se detuvo decidida a esperarme.

—Haré cualquier cosa—me replicó—, y no dejaré que te sacrifiques por mí. Si vas a morir, moriré contigo. Además, Carson Napier, hazme el favor de recordar que soy la hija de un jong y que no estoy acostumbrada a que nadie me dé órdenes.

—Si en este momento no tuviese algo más urgente en que ocuparme, te daría una zurra—rezongué.

Me miró horrorizada, luego, furiosa, dio un golpe en la tierra con su diminuto pie y prorrumpió en llanto.

—Abusas de mi porque no hay nadie que me defienda —balbuceó—. Te odio, te..., te...

—Pero si es que estoy tratando de protegerte, Duare; y tú lo único que haces es dificultar mi empeño.

—No quiero tu protección. Prefiero morirme, pues es mejor que esté muerta y no tener que oír que me hables de esa manera. Soy hija de un jong.

—Creo que eso ya lo has mencionado antes varias veces —le respondí fríamente.

La joven princesa se irguió y se alejó sin volver la cabeza para mirarme. Hasta sus pequeños hombros y sus espaldas parecían irradiar dignidad ofendida y rabia ahogada.

Me volví para mirar tras de mí. La poderosa bestia se hallaba escasamente a unas cincuenta yardas de distancia; frente a nosotros el bosque se encontraba casi a la misma distancia. Duare no podía verme, me detuve y me enfrenté al enorme animal. Cuando éste hubiese acabado conmigo, Duare estaría ya cerca de las ramas del árbol más próximo, que le brindarían seguridad.

Empuñé mi arco, pero no saqué las flechas de mi rústico carcaj que llevaba colgado del hombro izquierdo. Comprendía que el único resultado que obtendría lanzándole mis flechas a aquel monstruo temible sería enfurecerlo.

Después de que me detuve la bestia se aproximó más lentamente, como si se mostrase cauteloso. Me miraba atentamente con sus pequeños ojos que se hallaban bastante separados el uno del otro; sus orejas, semejantes a las de las mulas, se enderezaron hacia adelante, y las ventanas de su nariz se dilataron.

Entonces comenzó a levantarse algo en su cabeza. Era una protuberancia ósea que se alzaba entre su nariz y su frente, y que ante mi mirada atónita se perfiló por fin como un puntiagudo cuerno, una terrible arma con la que me amenazaba fieramente.

No me moví. Las experiencias que había tenido en el trato con animales de la Tierra me habían enseriado que muy pocos atacan sin que se les provoque, y me arriesgué a mantenerme inmóvil confiando en que la misma costumbre prevaleciera en Venus. Pero existen otras provocaciones además de las que producen miedo o furia, y una de ellas, muy poderosa, es el hambre. Sin embargo, aquella bestia parecía ser herbívora, y yo no perdía la esperanza de que fuese vegetariana. Pero no me podía olvidar de los bastos, que se parecían bastante a los bisontes y sin embargo eran carnívoros.

La extraña bestia fue acercándose cada vez más, lentamente, muy lentamente, como si dudara de lo que debía hacer. Al llegar junto a mí, me pareció tan alta como una montaña. Sentía lo cálido de su aliento en mi cuerpo semidesnudo, y aún más, podía sentir el olor de su aliento, el suave y agradable aliento de un animal herbívoro. La esperanza renació en mí.

La bestia me acercó su hocico y emitió un ruido sordo nacido en su cavernoso pecho; me tocó con su terrible cuerno, luego sentí lo fresco y húmedo de su hocico y lentamente volvió a ocultar su cuerno en la cabeza.

De pronto el animal lanzó un resoplido, dio media vuelta y se alejó corriendo, saltando y haciendo cabriolas como si fuese un novillo jugueteón con la cola parada. Su aspecto resultaba tan cómico como el que ofrecería una locomotora saltando una cuerda. No pude contener la risa y reí, quizá un poco histéricamente, pues las piernas me flaqueaban y mis rodillas chocaban. Si no hubiese estado tan cerca de la muerte, habría creído cuando menos que me hallaba muerto.

Cuando giré sobre mis talones y miré hacia el bosque, vi que Duare se hallaba parada, mirándome, y al acercarme a ella, me di cuenta de que tenía los ojos desorbitados y temblaba.

—Eres muy valiente, Carson—me dijo con voz ligeramente ahogada, aunque su angustia parecía haber desaparecido—. Sé que te quedaste ahí para que yo pudiese escapar.

—No creo que hubiese podido obrar de otra manera—le contesté—. Y ahora que ya ha pasado todo, veamos si encontramos algo para comer, algo que sea un poco menor que esa montaña de carne. Creo que seguiremos adelante hasta llegar al arroyo que corre por el bosque. Tal vez con algún lugar al que acostumbren acudir las bestias a beber agua.

—En la llanura hay muchos animales pequeños—me sugirió Duare—. ¿Por qué no cazas allí?

—Si. Hay muchos animales pero hay muy pocos árboles —le respondí lanzando una carcajada—; y para cazar tal vez necesitemos algunos árboles. Todavía no conozco lo suficiente a estas bestias amtorianas para dejar de tomar las precauciones necesarias.

Nos internamos en el bosque caminando bajo el delicado follaje y por entre los hermosos troncos de los árboles de brillantes cortezas blancas, rojas, amarillas y azules.

Poco después apareció ante nuestros ojos un riachuelo que serpenteaba quietamente, y casi al mismo tiempo vimos a sus orillas un animalito que calmaba su sed bebiendo de las claras aguas. Su tamaño era el de una cabra, pero no se parecía a esa especie de animales. Movía sin cesar sus orejas puntiagudas como si se mantuviese alerta a la menor señal de peligro, y no dejaba de menear su esponjada cola. Alrededor de su cuello le nacía un collar de pequeños cuernos que poco más o menos sumarian una docena. Yo no llegaba a acertar para qué podía servirle aquello hasta que me acordé de las fauces

terribles de las que acababa yo de escapar. Ese collar de cuernos bastaba para hacer cambiar de intenciones a cualquier animal carnívoro que tuviese la costumbre de tragarse entera a su presa.

Sin hacer el menor ruido empujé suavemente a Duare hasta que llegamos detrás de un árbol. Me subí a él y le puse una flecha a mi arco. En el momento en que me disponía a disparar, el animalito levantó la cabeza y miró de un lado a otro. Era probable que me hubiese oído. Yo había estado acercándome poco a poco tras de él, pero al cambiar de posición me presentó su costado izquierdo y fácilmente pude dispararle una flecha al corazón.

Acampamos junto al río y cenamos un buen asado de la carne de aquel animal, acompañado de frutas deliciosas y agua fresca del arroyuelo. El lugar era idílico. Los pájaros cantaban y cuadrúpedos arbóreos se columpiaban en las ramas de los árboles farfullando melodiosos sonidos.

—Es muy hermoso todo esto—me dijo Duare—. Carson, me gustaría no ser hija de un jong.

IX - EL CASTILLO TENEBROSO

Duare y yo no deseábamos partir pronto de aquel hermoso lugar, así que nos quedamos dos días durante los cuales hice unas armas para ella y una nueva lanza para mí.

Construí una pequeña plataforma en un árbol cuyas ramas colgaban sobre el río, y en ella, durante las noches, nos encontrábamos relativamente a salvo de los animales de presa mientras la suave música del murmullo de las aguas nos adormecía; aunque de pronto podían despertarnos los rugidos salvajes de las bestias que andaban merodeando o los chillidos de sus víctimas, a los que el lejano bramar y mugir de los animales que pastaban en la llanura le proporcionaban un armonioso acompañamiento de fondo.

Aquella era nuestra última noche en ese agradable campamento, y nos hallábamos en nuestra pequeña plataforma mirando saltar los peces en las aguas del río.

—Aquí podría ser siempre feliz... contigo, Duare —le dije a la joven.

—No se debe pensar solamente en la felicidad —me contestó—; también existe el deber.

—Pero y si las circunstancias nos impiden cumplir con nuestro deber, ¿acaso no tenemos derecho a tratar de ser felices con la suerte que el destino nos ha deparado?

—¿Qué quieres decir?—me preguntó.

—Que no hay ninguna probabilidad de que podamos regresar a Vepaja. No sabemos ni siquiera en qué dirección se encuentra y cómo podríamos llegar a ella; y si lo supiésemos no creo que fuese posible sobrevivir a los peligros con los que seguramente tropezaríamos en el desconocido camino que lleva hasta la casa de Mintep, tu padre.

—Sé que tienes razón—me respondió con cierto cansancio—, pero mi deber no me permite renunciar al intento por más improbable que parezca.

—¿No te parece eso un poco absurdo, Duare?

—Es que no comprendes, Carson Napier. Si yo tuviera un hermano o una hermana, todo sería distinto; pero no los tengo, y mi padre y yo somos los únicos que quedamos de nuestra familia. No quiero regresar por mi padre o por mí, sino por mi pueblo. La familia real de los jongs de Vepaja no debe extinguirse y sólo yo puedo perpetuarla.

—Y si regresásemos, ¿qué pasaría?

—Cuando cumpla veinte años me casaré con un noble escogido por mi padre, y al morir mi padre yo seré vadjong, o reina, hasta que mi hijo mayor cumpla veinte años; entonces él será jong.

—Pero con el suero de la longevidad que los sabios de Vepaja inventaron tu padre nunca morirá, así que, ¿para qué regresar?

—Espero que nunca muera. Pero hay accidentes y batallas y asesinatos ¡Oh! ¿Para qué discutir todo esto? ¡La familia real no debe extinguirse!

—Y si regresamos a Vepaja, ¿yo qué? —le pregunté.

—Explícate. ¿Qué quieres decir?

—Que si puedo abrigar alguna esperanza.

—No te entiendo.

—¿Te casarías conmigo si tu padre estuviera de acuerdo en ello?—le dije sin titubear.

Duare se sonrojó al oír mis palabras.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no debes hablar de eso conmigo?

—No lo puedo evitar Duare; te amo. No me importan nada los jongs y las dinastías. Le diré a tu padre que te amo y tú le dirás que correspondes a mi amor.

—Yo no te amo. No tienes derecho a decir eso, es un pecado y una maldad. No tienes derecho a echarme constantemente en cara algo que dije una vez tan sólo porque fui débil y perdí la cabeza.

Duare comenzaba a comportarse como una mujer. Durante todo el tiempo que habíamos estado juntos yo había estado luchando por dominar los impulsos que me impelían a hablarle de amor. Sólo recordaba otra ocasión en la que había perdido el dominio de mi mismo y sin embargo ella me acusaba de que constantemente le recordaba la única vez que había reconocido que me amaba.

—Bueno, pues entonces—le dije, malhumorado—haré lo que ya te dije si es que vuelvo a ver a tu padre.

—¿Y qué crees que hará él?

—Si es un buen padre, dirá: «Les doy mi bendición, hijos míos.»

—Por sobre todo él es un jong y ordenará que te maten. Aun cuando no le dijeras semejante locura, yo tendría que hacer uso de todo mi poder de persuasión para salvarte de la muerte.

—¿Por qué habría de matarme?

—A ningún hombre que ha hablado sin el permiso real con una jangjong, o princesa, se le ha permitido seguir viviendo. El que hayas estado solo conmigo durante días, o quizá años, antes de que regresemos a Vepaja solamente servirá para agravar la situación. Yo argüiré en tu favor los servicios que me has prestado y diré que arriesgaste la vida por mi innumerables veces, y creo que eso será argumento suficiente para salvarte de la muerte. Pero, por supuesto, te desterrarán de Vepaja.

—¡Qué perspectiva tan placentera! Puedo perder la vida y es seguro que yo no te vuelva a ver. Siendo así, ¿crees que proseguiré tratando de que lleguemos a Vepaja con mucho entusiasmo y diligencia?

—Tal vez con entusiasmo no, pero si con diligencia. Lo harás por mi en nombre de eso que llamas amor.

—Quizá tengas razón—le dije, y sabía que sin duda la tenía.

Al día siguiente, de acuerdo con el plan que habíamos trazado, partimos bordeando el riachuelo con el objeto de llegar hasta las márgenes del gran río cuyo curso nos conduciría hasta el mar. No sabíamos lo que haríamos después de llegar a la costa y decidimos trazar nuevos planes cuando nos hallásemos frente al mar. No nos imaginábamos lo que nos aguardaba en el camino, pero de haberlo supuesto hubiésemos corrido de nuevo en busca de la relativa seguridad que nos brindara el sombrío bosque del que pocos días antes habíamos logrado salir.

Entrada la tarde nos encontrábamos avanzando a campo traviesa por una extensión de tierra limitada por una gran curva del río. La marcha resultaba bastante difícil, pues había muchas piedras y rocas, y la superficie del terreno se hallaba cortada por varios barrancos.

Al escalar y llegar al borde de un barranco muy profundo, volví la cabeza casualmente y vi que en la orilla opuesta nos estaba mirando un extraño animal. Era poco más o menos del tamaño de un perro policía alemán, pero a eso se reducía toda la semejanza. Tenía un abultado pico curvado que se parecía al de los loros, y su cuerpo estaba cubierto de plumas. Pero no era un ave, pues caminaba sobre cuatro patas y no tenía alas. Delante de cada oreja le crecía un cuerno, y entre ambas tenía otro más. Cuando se volvió hacia atrás para mirar algo que no pudimos ver qué era, vi que no tenía cola. A lo lejos sus extremidades inferiores se asemejaban a las de un ave.

—¿Ves lo que estoy mirando, o es que sufro alucinaciones? —le pregunté a Duare señalándole en dirección a aquella extraña bestia.

—Claro que lo veo—me respondió—, pero no sé qué es. Estoy segura de que en la isla de Vepaja no hay de esos animales.

—¡Allá veo otro..., y otro, y muchos más! —exclamé—. ¡Dios mío, hay docenas!

Se hallaban agrupados mirándonos cuando de pronto el que nos había visto primero levantó su grotesca cabeza y emitió un aullido ronco y plañidero; luego comenzó a bajar por el barranco y se dirigió hacia nosotros en veloz carrera seguido por sus compañeros que no tardaron en lanzar espantosos aullidos.

—¿Qué vamos a hacer?—me preguntó Duare. ¿Crees que sean bestias peligrosas?

—No lo sé—le respondí—; pero ojalá que hubiese cerca un árbol.

—Los bosques tienen ciertas ventajas —admitió Duare—. ¿Qué vamos a hacer?

—De nada servirá correr, así que nos quedaremos aquí y veremos qué es lo que pasa. Nos prepararemos a recibirlos mientras suben por el acantilado.

Tanto Duare como yo les pusimos flechas a nuestros arcos y esperamos que los extraños animales quedaran a nuestro alcance. Cruzaron rápidamente el fondo del barranco y pronto comenzaron a subir por el acantilado. No parecían estar de prisa, es decir, no parecía que estuvieran corriendo con toda la velocidad que podían desarrollar. Tal vez eso era debido a que Duare y yo no habíamos intentado huir de ellos.

Quizá eso los sorprendió, pues poco después dejaron de correr y continuaron avanzando al paso, y cesaron de aullar. Al acercarse a nosotros erizaron las plumas que les cubrían los lomos.

Le apunté cuidadosamente al que iba a la cabeza de la manada, y le disparé una flecha. El proyectil se le clavó en el pecho a la bestia y ésta se detuvo y lanzó un aullido de dolor. Los demás animales se acercaron al herido y lo rodearon. Entonces prorrumpieron en un extraño cacareo.

El animal herido se tambaleó y rodó por tierra, y en seguida sus compañeros se abalanzaron sobre él y comenzaron a despedazarlo. La infortunada bestia se defendió ferozmente, pero todo fue inútil.

Al ver que se dedicaban a devorar a su compañero caído, le hice una seña a Duare para que me siguiese, y dimos media vuelta y corrimos hacia los árboles que se veían como a una milla de distancia, en la parte en que el río avanzaba después de haber descrito la curva que tratábamos de evitar. Pero después de recorrer un breve trecho oímos de nuevo los infernales aullidos que nos indicaron que la jauría andaba ya tras nosotros.

Las bestias nos divisaron cuando nos encontrábamos en la parte baja de una depresión del terreno, y una vez más volvimos a detenernos. Pero entonces los extraños animales en lugar de atacarnos directamente permanecieron a cierta distancia fuera del alcance de nuestras flechas, como si supieran cuál era el límite de seguridad que no debían trasponer. Luego, poco a poco comenzaron a dispersarse a nuestro alrededor hasta que quedamos rodeados.

—Si todos nos atacan ahora, acabarán con nosotros seguramente—me dijo Duare.

—Tal vez si logramos matar a dos de ellos los demás se detendrán a devorarlos, y así nos darán tiempo para que lleguemos al bosque —le repliqué con optimismo fingido.

Cuando esperábamos ver cuál sería el siguiente movimiento de nuestros antagonistas, oímos un fuerte grito que partió de lo alto del terreno. Levanté la mirada rápidamente y vi, a la orilla de la hondonada, a un hombre que se hallaba montado sobre un animal de cuatro patas.

Las bestias que nos rodeaban, al oír aquella voz humana, miraron hacia el lugar de donde había provenido e inmediatamente comenzaron de nuevo su extraño cacareo. El hombre que montaba la bestia descendió lentamente por la hondonada en dirección a nosotros. Al aproximarse al cerco formado por las bestias, éstas se apartaron y lo dejaron pasar.

—Tuvieron suerte de que yo llegara a tiempo—nos dijo el desconocido después de detener su cabalgadura frente a Duare y a mí—. Mis kazares son muy feroces.

Luego nos miró atentamente, en especial a Duare, y nos preguntó:

—¿Quiénes son ustedes y de dónde vienen?

—Somos extranjeros y nos encontramos perdidos —le contesté—. Yo soy de California.

No quería decirle que éramos de Vepaja hasta que supiésemos más de él. Si era un thorano, era enemigo, y mientras menos supiera acerca de nosotros, sería mejor y, en particular, no debería enterarse de que éramos del reino de Mintep, el jong al que los thoranos consideraban su peor enemigo.

—¿California? —repetió—. Nunca he oído hablar de ese país. ¿En dónde queda?

—En Norteamérica—le respondí.

El desconocido permaneció callado y movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Y tú quién eres y en qué país estamos?—le pregunte.

—Están en Noobol. Pero eso por supuesto ya lo sabían, esta parte de la zona se llama Morov. Yo soy Skor, el jong de Morov. Ustedes todavía no me han dicho cómo se llaman.

—Mi compañera se llama Duare—le contesté—, y yo soy Carson.

No le dije mi apellido; casi nunca se acostumbra mencionarlo en las presentaciones.

—¿Y adónde se dirigen?

—Estábamos tratando de llegar a la costa

—¿De dónde vinieron?

—Hace poco estuvimos en Kapdor—le dije, y vi que su mirada adquirió un brillo amenazador.

—¡Entonces son thoranos! —gritó.

—No, no lo somos—le respondí—. Los thoranos nos apresaron.

Confíe en que la suposición que me había formado fuese correcta y que nuestro interlocutor no viese con buenos ojos a los thoranos. El débil hilo del que pendían mis esperanzas era tan poco consistente como el leve gesto que le había ensombrecido el rostro cuando le dije que habíamos estado en Kapdor. Pero, para mi tranquilidad, su expresión cambió, y me dijo:

—Me alegra que no sean thoranos, pues de lo contrario, no les ayudaría. No les guardo ninguna simpatía.

—¿Entonces sí nos ayudará?—le pregunté.

—Sí, con gusto—me respondió sin dejar de mirar a Duare y con un tono de voz y una expresión del semblante que no me agradaron del todo.

Los kazares cacareaban y chillaban, y poco a poco iban cerrando el círculo alrededor de nosotros. Cuando una de las bestias se aproximó demasiado, Skor le lanzó un fuerte latigazo con un largo látigo que llevaba y el extraño animal se retiró chillando y cacareando con más fuerza.

—Vamos—nos dijo Skor—; los llevaré a mi casa y allí podremos discutir planes para el futuro. La mujer será mejor que cabalgue detrás de mí, en el zorat.

—Prefiero caminar—dijo Duare—; ya me acostumbré.

Skor frunció levemente el entrecejo. Trató de hablar pero se contuvo y, encogiéndose de hombros, dijo:

—Bien, como quieras.

Luego hizo dar media vuelta a su cabalgadura y emprendió el camino de regreso.

Al animal que Skor montaba le daban el nombre de zorat y era completamente diferente a las bestias que yo había visto hasta entonces. Era del tamaño de un caballo pequeño. Sus largas y delgadas patas daban la impresión de que podía correr muy velozmente; tenía pies redondos y sin cascos, cuyas plantas estaban sumamente encallecidas. Su cerruma casi vertical hacía pensar que podía ser una bestia de peso pesado, pero no era así. Después supe que sus fémures y sus húmeros casi horizontales amortiguaban las sacudidas y hacían del zorat un buen animal para montar.

En su crucera y un poco hacia adelante de los riñones tenía unos cojincillos o gibas en miniatura que formaban una silla de montar perfecta, con fuste y arzón trasero naturales. El zorat era de cabeza corta y ancha, de ojos como platillos y largas orejas que le colgaban. Sus dientes eran semejantes a los de los herbívoros y parecía que su único medio de defensa era su agilidad, aunque después tuve oportunidad de descubrir que podía usar las mandíbulas y los dientes de manera muy efectiva cuando le hacían perder la paciencia.

Duare y yo caminamos junto a Skor, que nos guiaba hacia su casa, mientras los grotescos kazares seguían dócilmente a su amo. Nos dirigíamos hacia la gran curva del río que Duare y yo habíamos tratado de evitar en nuestro camino yendo a campo traviesa, y hacia el bosque que bordeaba sus orillas. Los kazares me ponían nervioso, pues a veces caminaban demasiado cerca de nuestros talones y yo temía que pudiesen herir a Duare antes de que pudiese impedirlo. Entonces le pregunté a Skor para qué le servían aquellas bestias.

—Me sirven para cazar—me respondió—, pero primeramente como medio de protección. Tengo enemigos y también hay muchas bestias salvajes merodeando en Morov. Los kazares no le temen a nada y atacan fieramente. Su mayor debilidad es su inclinación al canibalismo, pues abandonan cualquier combate para devorar a cualquiera de sus compañeros caídos.

Poco después de entrar al bosque llegamos a una grande y sombría construcción de piedra que parecía una fortaleza. Se hallaba sobre una pequeña elevación del terreno y las aguas del río lamían los muros levantados junto a la orilla. Un muro de piedra que terminaba en el que se elevaba junto al río encerraba varios acres de terreno libre de vegetación frente al edificio. Una pesada puerta cerraba la única abertura visible de aquel muro.

—¡Abran! Es el jong —gritó Skor cuando nos aproximamos, y la puerta se abrió lentamente hacia afuera.

Al entrar, varios hombres que se hallaban sentados sobre los troncos de los árboles que habían derribado cuando limpiaron el terreno, se pusieron en pie e inclinaron la cabeza. Era un lastimoso grupo de hombres. Lo que más me llamó la atención fue el tono del color de su piel; tenía una palidez repulsiva y enfermiza, como si careciesen de sangre. Vi los ojos de uno de ellos que levantó la cabeza casualmente cuando pasábamos, y me estremecí. Eran sus ojos vidriosos, blanquecinos, sin ningún destello, sin ningún calor. Hubiese pensado que aquel hombre estaba ciego de no haber sido porque bajo la vista en el instante en que mi mirada se encontró con la suya. Otro de aquellos hombres tenía una horrible herida que le corría de la sien a la barbilla, y que se hallaba abierta pero no sangraba.

Skor dio una breve orden y dos hombres condujeron a la manada de kazares a un cercado que se hallaba junto a la gran puerta de entrada. Mientras tanto, nosotros nos dirigimos hacia el edificio, al que tal vez debiera llamar castillo.

En el cercado por el que pasamos solamente crecían algunos árboles que habían dejado en pie. Estaba lleno de basura y desperdicios, y se hallaba en un estado indescriptible de suciedad y desorden. Por todas partes había regados trapos, sandalias viejas, utensilios de barro quebrados y los desperdicios de las cocinas del castillo. El único sitio que se habían esforzado por limpiar era una pequeña extensión de baldosas. de unos cuantos pies cuadrados, que se encontraba frente a la entrada principal del edificio.

En ese espacio detuvo Skor su cabalgadura y desmontó al mismo tiempo que tres hombres parecidos a los que vimos a la gran puerta de entrada, salían de la casa sin demostrar el menor ánimo. Uno de ellos tomó las riendas del zorat de Skor y se alejó con él mientras los demás permanecían de pie, a cada lado de la puerta por la que pasamos

El pasillo era muy estrecho y su puerta gruesa y pesada. Parecía que aquella era la única abertura que había en esa parte del primer piso del castillo. A lo largo del segundo y del tercer piso vi unas ventanillas con barrotes. En un ángulo del edificio pude ver una torre que se elevaba a una altura de dos pisos más por sobre la parte principal del castillo. Esa torre también tenía unas ventanas pequeñas y algunas también estaban provistas de barrotes.

Lo oscuro y sombrío del interior del castillo aunado al desagradable aspecto de sus ocupantes produjeron en mi ánimo una depresión imposible de vencer.

—Deben de tener hambre —nos dijo Skor—. Pasemos al patio interior que es más agradable que esto, y donde nos servirán comida.

Lo seguimos por un corto corredor y luego por un pasillo hasta llegar a un patio que se encontraba en el centro de la construcción. Ese lugar me pareció muy semejante a los patios de las prisiones. El suelo era de baldosas y no había ninguna planta ni ningún árbol. Por sus cuatro costados se elevaban los grises muros de piedra en los que se recortaban unas pequeñas ventanas. En el trazo de la estructura no se había desplegado el menor esfuerzo para lograr alguna ornamentación arquitectónica ni para que algo embelleciese aquel sitio. En él también había basura y desperdicios que seguramente había sido más fácil tirar allí que llevarlos hasta el patio exterior.

Me asaltaron presagios siniestros. Deseé no haber entrado nunca a aquel lugar y me esforcé por calmar mis temores. Para tranquilizarme pensé que Skor no había demostrado ser más que un anfitrión amable y solícito que trataba de ser amistoso con nosotros. Pero comenzaba a dudar de que fuese un jong, pues en su manera de vivir no había la menor indicación de realeza.

En el centro del patio había una mesa de tablones con dos bancas sucias y estropeadas junto a ella. Sobre la mesa estaban los restos de una comida. Skor, gentilmente, nos señaló las bancas; luego dio tres palmadas y se sentó a la cabecera de la mesa.

—Raras veces tengo invitados —nos dijo—, así que es gran placer para mi recibirlos. Espero que gozaran de su estancia aquí. Yo estoy seguro de que para mi será un placer.

Al decir las últimas palabras se quedó mirando a Duare de la misma manera que tanto me había desagradado

—Estoy segura de que estaríamos muy a gusto si pudiésemos permanecer por un tiempo aquí—se apresuro a responder Duare—, pero no es posible. Tengo que regresar a casa de mi padre.

—¿En dónde queda su casa?—le preguntó Skor.

—En Vepaja—le contestó Duare.

—Nunca había oído hablar de ese país —le dijo Skor—. ¿En qué región se halla?

—¿Nunca había oído hablar de Vepaja? —le preguntó Duare, incrédula—. Toda la región actual de Thora se llamaba Vepaja hasta que los thoranos se levantaron en armas y se apoderaron de ella y obligaron a los sobrevivientes de la clase gobernante a refugiarse en la antigua

—Ah, sí, he oído hablar de eso—admitió Skor—; pero ocurrió hace mucho tiempo y fue en la distante Trabol.

—¿Acaso no estamos en Trabol?—le preguntó Duare.

—No —le respondió Skor—; estamos en Strabol.

—Pero Strabol es la región tórrida—arguyó Duare—. Nadie puede vivir en Strabol.

—Ustedes están en Strabol. Hace bastante calor durante una parte del año, pero no tanto para no poder soportarlo.

Aquello me interesaba. Si era verdad lo que decía Skor habíamos cruzado el ecuador y nos encontrábamos en el hemisferio septentrional de Venus. Los vepajanos me habían dicho que Strabol era inhabitable, que era una selva hirviente y húmeda habitada tan sólo por terribles reptiles y bestias feroces. Todo el hemisferio septentrional era una terra incognita para los hombres del hemisferio meridional, y por eso yo estaba ansioso por explorado.

Como yo era responsable de la seguridad de Duare no me sería posible realizar ninguna exploración, pero podía pedirle información a Skor y, por lo tanto, le pregunté acerca del país que se hallaba al norte.

—No es bueno —me contestó— es la tierra de los tontos. Desaprueban la verdadera ciencia y el progreso. Me desterraron; querían matarme. Yo vine aquí y fundé el reino de Morov. Eso ocurrió hace muchos años, tal vez un siglo. Desde entonces no he vuelto al lugar donde nací pero a veces viene gente de allí.

Al terminar de hablar, Skor lanzó una desagradable carcajada. En eso, indudablemente como respuesta a un llamado de Skor, una mujer se presentó ante él. Era de edad mediana, estaba muy sucia y el color de su piel tenía el mismo tono repulsivo que había yo visto en la piel de los hombres que guardaban la gran puerta de la entrada. Su boca se mantenía abierta y por ella asomaba su lengua una lengua seca e hinchada. Tenía los ojos vidriosos y miraba fijamente. Avanzó arrastrando los pies torpemente por el suelo y tras ella aparecieron dos hombres. Las tres personas eran muy semejantes entre si y había en ellas algo sumamente repugnante.

—¡Llévense esto! —les dijo Skor ásperamente, y con un movimiento de la mano les indicó los platos sucios—. Y traigan comida.

La mujer y los dos hombres recogieron los platos y se fueron arrastrando los pies. Ninguno habló. Pero la mirada de horror de Duare no pasó inadvertida para Skor.

—¿No te gustan mis criados?—le preguntó Skor, malhumorado.

—Yo no he dicho nada—le contestó Duare.

—Lo vi en la expresión de tu rostro—le dijo Skor, y de pronto prorrumpió en carcajadas.

No había júbilo en su risa, y en sus ojos no brillaba la alegría sino que un terrible destello los iluminó por un solo instante.

—Son unos servidores excelentes—continuó con un tono de voz normal—, no hablan demasiado y hacen lo que yo les digo que hagan.

En seguida los tres criados regresaron llevando platonos con comida. La carne estaba medio cruda y medio quemada, y tenía muy mal sabor; había frutas y legumbres, pero parecía que no las habían lavado, y también había vino. Esto último era lo único apropiado para el consumo humano.

La cena no fue un éxito. Duare no pudo comer. Yo probé el vino y me dediqué a observar a Skor, que comía vorazmente. Comenzaba ya a obscurecer cuando nuestro anfitrión se levantó de la mesa.

—Los llevaré a sus cuartos. Deben de estar cansados —nos dijo, y su tono y su actitud eran de un perfecto anfitrión—. Mañana continuarán su viaje.

Aliviados con aquella promesa lo seguimos al interior de la casa. Era una morada oscura y tenebrosa, fría y triste. Lo seguimos por una escalera que conducía al segundo piso y continuamos por un largo y sombrío corredor. Luego, Skor se detuvo ante una puerta y la abrió.

—Que duermas bien—le dijo a Duare, haciendo una reverencia e indicándole que entrara.

Duare cruzó silenciosamente el umbral y Skor cerró la puerta tras ella; luego me condujo hasta el final del corredor, y después de subir dos tramos de escalera, pasamos a un cuarto circular que supuse que se hallaba en la torre que yo había visto cuando entramos al castillo.

—Espero que despiertes con nuevos ánimos—me dijo amablemente, y se retiró cerrando la puerta al salir.

Oí que se alejaba el ruido de sus pisadas en la escalera hasta perderse en la distancia. Entonces pensé en Duare, que se hallaba sola en aquel sombrío y misterioso castillo. No tenía ningún motivo para imaginarme que corriese peligro, pero a pesar de todo me sentía intranquilo. De todos modos yo no tenía intención de dejarla sola.

Esperé lo suficiente para que Skor tuviese tiempo de llegar a sus habitaciones, dondequiera que se encontraran, y luego me dirigí hacia la puerta decidido a ir en busca de Duare. Descorrí el cerrojo y traté de abrir la puerta, pero estaba cerrada por fuera. Rápidamente me dirigí hacia cada una de las ventanas. Todas tenían gruesos barrotes. Entonces me pareció oír débilmente que una apagada risa burlona salía hasta de los más recónditos rincones del castillo.

X - LA JOVEN DE LA TORRE

La cámara de la torre en la que me hallaba preso estaba iluminada solamente por el misterioso resplandor que despiden la oscuridad nocturna de Venus, la que sin eso sería una oscuridad impenetrable. En la penumbra vi los muebles del cuarto; eran muy escasos. Aquel lugar tenía más apariencia de una celda que de una cámara para huéspedes.

Me acerqué a una cómoda y la examiné. Estaba llena de vestidos usados hechos jirones, pedazos de cordel y unas cuantas cuerdas, que sospecho que habían servido como ligaduras. Caminé de un lado a otro de la habitación, preocupado por Duare. Se hallaba desamparada. Yo no podía hacer nada. Sería inútil tratar de derribar la puerta o llamar para que me dejaran salir. La voluntad del hombre que me había encarcelado era suprema en aquel dominio. Sólo un acto guiado por aquella voluntad podría dejarme en libertad.

Me senté en una tosca banca que estaba junto a una mesa pequeña, y traté de trazar algún plan. Busqué con la mirada alguna aspillera que me permitiese escapar, pero no había ninguna. Me puse en pie y volví a examinar los barrotes de la ventana y la pesada puerta. Eran impenetrables.

Por fin me dirigí a un diván desvencijado que se hallaba junto a la pared y me acosté sobre la piel maloliente que lo cubría. Reinaba un silencio absoluto, el silencio de una tumba. Durante un momento nada lo turbó; luego oí un ruido en lo alto de la celda. Parecía ser producido por unos pies desnudos que caminaban de un lado a otro sobre el techo.

Había creído que me encontraba en el último piso de la torre, pero lo que oía me daba a entender que debía de haber otro cuarto sobre mi celda, si es que aquel ruido era producido por las pisadas de algún ser humano.

La monotonía de aquel ruido intermitente y apagado me produjo un efecto soporífero. Dos veces estuve a punto de quedarme dormido. Yo no quería dormir, pues presentía que debía permanecer despierto, pero al fin tuve que rendirme al cansancio.

No sé cuánto tiempo me quedé dormido. Desperté bruscamente, seguro de que alguien me había tocado. La silueta de un ser humano se inclinaba hacia mí y, al incorporarme,

unas fuertes manos, frías y viscosas, como si fueran las manos de la muerte, se cerraron alrededor de mi cuello.

Luché desesperadamente y al fin logré rodear con mis manos el cuello de mi antagonista, que también lo tenía frío y viscoso. Soy un hombre fuerte, pero aquella especie de ser que se hallaba sobre mí, lo era más. Le di de golpes con los puños cerrados. Una espantosa risa apagada se escuchó en el corredor, y, horrorizado, sentí que hasta los cabellos se me erizaban.

Me imaginé que pronto moriría, y una infinidad de pensamientos pasaron por mi mente. Pero la preocupación por Duare era lo más importante, así como el terrible pesar de que tenía que abandonarla en manos del malvado Skor que ya sin duda alguna de mi parte, había sido el dirigente de aquel ataque. Supuse que trataba de acabar conmigo para librarse del único obstáculo posible que podía interponerse entre él y Duare.

De pronto, cuando luchaba, algo me golpeó la cabeza y perdí el conocimiento.

Ya era de día cuando abrí los ojos. Me encontraba todavía en el diván, tendido boca arriba. Al mirar el techo y tratar de recordar lo que había pasado, vi una rendija, como si fuese la pequeña abertura producida por una trampa ligeramente abierta, y por esa rendija un par de ojos me estaban mirando.

¿Algún nuevo horror? Permanecí inmóvil, y fascinado vi que la trampa se abría lentamente. Luego apareció un rostro. Era el rostro de una joven muy hermosa, pero ésta se hallaba demacrada y en sus ojos se reflejaba un terrible miedo.

—¿Estás vivo? —me preguntó la joven con voz que parecía un susurro.

Me incorporé y me apoyé sobre un hombro.

—¿Quién eres? —indagué— ¿Vienes para torturarme?

—No. Yo también me hallo prisionera aquí. Ya se fue tu agresor tal vez podamos escapar.

—¿Cómo? —le pregunté sin dejar de sospechar que estuviese en connivencia con Skor.

—¿Puedes subir aquí donde estoy? Mis ventanas no tienen barrotes porque son tan altas que nadie podría saltar de ellas sin matarse o quedar muy mal herido. ¡Si tuviésemos una cuerda!

Antes de responderle pensé detenidamente en lo que me había dicho. ¿Y si fuese un engaño? ¿Podría encontrarme en peores circunstancias en alguna otra cámara de aquel maldito castillo?

—Aquí hay cuerdas —le dije—; las tomaré y subiré. Quizá no sean suficientes, pero las llevaré.

—¿Cómo subirás? —me preguntó.

—Eso será fácil. Espera que busque las cuerdas.

Me dirigí a la cómoda y saqué de los cajones todas las cuerdas y cordeles que había visto la noche anterior, y luego la empujé por la celda hasta que quedó exactamente debajo de la trampa.

Desde lo alto de la cómoda se podía alcanzar fácilmente el borde de la trampa, así que después de entregarle a la joven las cuerdas, subí a su celda, y luego ella cerró la trampa y permanecimos mirándonos con atención durante un momento.

La joven, a pesar de su temor y de su apariencia desaseada, era mucho más bella de lo que me había parecido en el primer momento en que la vi, y cuando su franca mirada se encontró con la mía, desaparecieron todos mis celos acerca de su sinceridad. Estaba seguro de que aquel hermoso semblante no ocultaba doblez ni engaño.

—No debes desconfiar de mí—me dijo como si hubiese leído mis pensamientos—, aunque no puedo culparte de que sientas desconfianza de todos los que se hallan en este terrible castillo.

—¿Entonces cómo puedes confiar en mí?—le pregunté—. No sabes nada acerca de mi persona.

—Sé lo suficiente—me respondió—. Ayer vi desde esa ventana que tú y tu compañera llegaron con Skor, y comprendí que éste ya tenía dos nuevas víctimas. Luego, anoche, oí que encerraron a alguien en la celda que se encuentra debajo de la mía, pero no sabía si se trataba de ti o de tu compañera. Quería prevenirlo pero me contuve por temor a Skor, y durante largo rato estuve caminando de un lado a otro de la celda mientras decidía lo que debía hacer.

—Entonces fueron tus pisadas las que oí.

—Sí. Después oí que llegaba gente otra vez, oí ruido de lucha y la espantosa risa de Skor. ¡Oh, cuánto odio y cuánto temo esa risa! Luego todo quedó en calma. Creí que habían matado al prisionero, en caso de que hubieses sido tú, o que, si se trataba de tu compañera, la habían secuestrado. ¡Ah, pobrecilla! Y es tan bella. Ojalá que haya logrado huir sin contratiempo, pero no creo que haya sido posible.

—¿Huir? ¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté

—Huyó esta mañana, muy temprano. No sé cómo pudo salir de su cuarto, pero desde la ventana vi que cruzaba el patio. Escaló la pared que se levanta junto al río, y supongo que se arrojó al agua. No volví a verla.

—¿Duare escapó? ¿Estás segura de que era ella?

—Era la bella joven que llegó ayer contigo. Skor debió de haber descubierto la fuga aproximadamente una hora después, porque salió iracundo del castillo. Llamó a todos esos infelices seres que vigilan la gran puerta de entrada y mandó buscar a todos los kazares para emprender la búsqueda. Tal vez nunca se vuelva a presentar otra oportunidad como esta para escapar.

—¡Entonces preparemos la fuga!—exclamé—. ¿Tienes algún plan?

—Sí—me contestó—. Con la cuerda podremos descender hasta la azotea del castillo, y de allí bajaremos hasta el patio. No hay nadie vigilando la puerta, y Skor se llevó a todos los kazares. Si nos descubren tendremos que confiar en la rapidez de nuestras piernas, pero tenemos la ventaja de que solo hay por ahora tres o cuatro sirvientes en el castillo, y cuando su amo no se encuentra aquí, no acostumbran mantenerse muy alerta.

—Skor no me quitó las armas—le dije a la joven—, así que si alguno de sus servidores intenta detenernos, lo mataré.

La joven movió la cabeza de un lado a otro.

—No puedes matar a ninguno de ellos—murmuró, temblorosa.

—¿Qué quieres decir?—le pregunté—. ¿Por qué no los puedo matar?

—Porque ya están muertos.

La miré asombrado, como si necesitara tiempo para hacerme consciente del significado de sus palabras, que aclaraban la razón de la extraña apariencia de aquellos seres humanos que tanto me había repugnado el día anterior.

—Pero, ¿cómo es posible que estén muertos?—exclamé—. Yo los vi caminar y vi que obedecían las órdenes que les daba Skor.

—No lo sé—me contestó—; ese es el terrible secreto de Skor. Si no escapamos, pronto estarás como ellos, y también, poco después, la joven que vino contigo. .. y yo. Nos mantendrá vivos un poco más de tiempo que a ti, para practicar sus experimentos. Todos los días me saca un poco de sangre. Está tratando de descubrir el secreto de la vida. Dice que puede hacer células iguales a las del cuerpo humano y que se ha valido de ellas para infundir vida sintética a los muertos que ha sacado de sus tumbas. Pero sólo logra producir una parodia de la vida, pues en las venas de esos seres no corre la sangre y sus mentes sólo albergan los pensamientos que Skor les transmite por medio de algún procedimiento telepático desconocido. Pero lo que más anhela es reproducir células embrionarias para dar nacimiento a una nueva raza de seres cuyos rasgos característicos hayan sido previamente determinados por él. Por eso me extrae sangre, y por eso se interesa en la joven a quien llamas Duare. Cuando nos hallemos próximos a morir debido al excesivo empobrecimiento de nuestra sangre, Skor nos matará y seremos iguales a sus

demás servidores. Pero no nos dejará en el castillo, sino que nos llevará a la ciudad en la que gobierna con el título de jong. Aquí sólo guarda unos cuantos ejemplares imperfectos, pero dice que en Kormor tiene muchos excelentes.

—¿Entonces sí es jong?—le pregunté con cierta incredulidad.

—Él se nombró jong y creó sus propios súbditos—me contestó la joven.

—¿Y te tiene prisionera sólo para extraerte sangre?

—Sí. No es como los demás hombres, él no es humano.

—¿Cuánto tiempo has estado aquí?

—Mucho tiempo, pero todavía me encuentro viva porque Skor permanece en Kormor durante largas temporadas.

—Tenemos que escapar antes de que regrese. Quiero buscar a Duare.

Me acerqué a una de las ventanas que estaban desprovistos de barrotes, y miré la azotea del castillo que se encontraba como a veinte pies hacia abajo. Luego tomé los pedazos de cuerda y los examiné cuidadosamente. Había varios pedazos que unidos medirían unos cuarenta pies lo que era más que suficiente. Y, además, la cuerda parecía que soportaría bastante peso. Até los pedazos y luego volví a acercarme a la ventana. La joven estaba junto a mí.

—¿Podría vernos alguien?—le pregunté.

—Skor sólo dejó sirvientes y éstos son muy descuidados —me replicó la joven—. Están en un cuarto del primer piso de la otra ala del castillo, y cuando se quedan solos permanecen sentados durante horas. Dentro de un rato dos de ellos nos traerán de comer, y debemos escapar antes de que lleguen. pues a veces se olvidan de regresar a su alojamiento y se quedan sentados en el pasillo junto a mi puerta. Te darás cuenta de que hay una rejilla en la puerta y, por lo tanto, nos verían con seguridad si tratamos de escapar mientras ellos se encuentran ahí.

—Partiremos ahora—le dije.

En seguida hice un lazo en un extremo de la cuerda y se lo puse a la joven alrededor del cuerpo, de tal manera que pudiera sentarse en él cuando yo lo arriase hasta dejarla en la azotea.

La joven, sin titubear un solo instante, se subió a la ventana y se resbaló hacia el exterior hasta quedar sentada firmemente en el lazo; entonces apoyé los pies contra la pared y comencé a arriarla rápidamente hasta que sentí que se aflojaba la cuerda.

Luego empujé el camastro de la joven hasta dejarlo junto a la ventana, y por debajo de él pasé el extremo libre de la cuerda y saqué ésta por la ventana para que cayese a la azotea. De esa manera ya tenía yo dos partes de la cuerda que llegaban a la azotea, mientras que la parte media pasaba alrededor del camastro que era demasiado grande para que durante mi descenso pudiese salirse por la ventana arrastrado por el peso de mi cuerpo.

Sujeté los dos cabos de la cuerda, pasé por la ventana y me arrié rápidamente hasta llegar junto a la joven que estaba esperándome en la azotea; luego tiré con fuerza de uno de los extremos de la cuerda y jalé ésta para que después de que el cabo libre rodease el camastro, cayese a la azotea. Así recobré la cuerda para usarla en el nuevo descenso que teníamos que realizar para llegar finalmente a tierra.

A toda prisa nos dirigimos al borde de la azotea que daba al patio exterior del castillo al que habíamos planeado bajar. No se veía a nadie allí, pero cuando yo estaba a punto de arriar a la joven, oí detrás de nosotros un fuerte grito que nos sobrecogió de espanto.

Volvimos el rostro y vimos a tres de los seres de Skor mirándonos desde una de las ventanas superiores del castillo, que se hallaban en el costado opuesto del patio interior. Casi en el mismo instante en que volvimos el rostro los tres seres abandonaron la ventana, y después oímos que gritaban por el castillo.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó con desesperación la joven—. ¡Estamos perdidos! Saldrán a la azotea por la puerta de la torre, y nos atraparán. No eran sirvientes.

eran tres guardias. Yo creí que Skor se había llevado a todos los guardias, pero me equivoqué.

No le respondí a mi compañera, pero la tomé de la mano y avanzamos hacia el extremo más lejano de la azotea. Una subita esperanza, nacida de lo que la joven me había contado acerca de la huida de Duare, había surgido en mí.

Corrimos lo más rápidamente posible, y cuando llegamos al borde de esa parte de la azotea, miramos hacia abajo y vimos las aguas del río que lamían el pie del muro del castillo. Pasé la cuerda alrededor del talle de la joven. Esta permaneció callada sin hacer ningún comentario, se trepó rápidamente al pretil de la azotea, y unos instantes después empecé a arriarla hacia el río.

A mis espaldas, a cierta distancia, oí unos espantosos gritos. Volví el rostro y vi que tres cadáveres vivientes corrían hacia mí. Entonces arrié la cuerda tan rápidamente que me quemó las manos, pero no había que perder tiempo. Temí que los cadáveres vivientes me atacasen antes de que pudiese hacer llegar a la joven hasta las relativamente seguras aguas del río.

Las rápidas pisadas se oían cada vez más cerca, así como los incoherentes gritos de los cadáveres. En eso oí un chapoteo en el agua y al mismo tiempo sentí que se aflojaba la cuerda que iba pasando por mis manos. Miré a mis espaldas y vi que uno de los guardias estaba ya muy cerca de mí y extendía la mano para sujetarme. Era uno de los que había visto el día anterior guardando la gran puerta de entrada. Lo reconocí por la enorme cuchillada que tenía en la mejilla y de la que no manaba sangre. La fija mirada de sus ojos vidriosos era completamente inexpresiva, pero en su boca se delineaba una espantosa mueca.

Aquel cadáver viviente estaba a punto de atraparme, y sólo me quedaba un único recurso para escapar. Salté al pretil de la azotea y me arrojé de cabeza al río. Soy un buen nadador pero creo que nunca antes había yo realizado un lanzamiento tan magnífico como el que realicé aquel día desde el pretil de la azotea del tenebroso castillo de Skor, el jong de Morov.

Al salir a la superficie del río sacudí la cabeza para quitarme el agua que me nublaba la vista, y en seguida miré a mi alrededor en busca de la joven. Pero no la vi en ninguna parte. Estaba seguro de que no podía haber alcanzado la orilla del río en el corto tiempo que había transcurrido desde el momento en que la hice llegar al agua, pues los muros del castillo se extendían una gran distancia en ambas direcciones contrarias, sin ofrecer el menor punto de apoyo, y la orilla opuesta se hallaba demasiado distante.

Mientras la corriente me arrastraba río abajo, yo miraba por todas partes hasta que, un poco más adelante de mí, vi que la joven sacaba la cabeza a la superficie del agua. Nadé velozmente hacia ella pero, al acercarme, volvió a sumergirse; entonces me zambullí y la saqué a la superficie. Estaba todavía consciente pero a punto de desfallecer.

Dirigi la mirada hacia el castillo y vi que los guardias ya no estaban en la azotea, y supuse que pronto aparecerían a la orilla del río dispuestos a capturarnos tan pronto saliésemos del agua. Pero yo no tenía la menor intención de dirigirme a la orilla en la que seguramente se encontrarían.

Sujeté con firmeza a la joven y nadé hacia la orilla opuesta. En aquel lugar, el río era mucho más ancho y profundo que en la parte en que habíamos caído al agua. Estábamos ya en un río muy grande, y no podía imaginarme qué terribles monstruos habitaban en aquellas profundidades; sólo podía alentar la esperanza de que ninguno de ellos nos descubriese.

La joven no luchó, se mantenía muy quieta, y empecé a temer que se hallase muerta, por lo que me esforcé aún más por llegar pronto a la orilla. La corriente nos arrastraba río abajo, lo que me alegró, pues nos alejaba del castillo y de los guardias de Skor.

Al fin llegamos a la orilla y llevé a la joven hasta un pequeño espacio cubierto de césped color violeta, para darle respiración artificial. Pero al depositarla sobre el césped abrió los ojos y me miró. En sus labios me pareció percibir el esbozo de una sonrisa.

—Dentro de un momento estaré bien —me dijo débilmente—. ¡Qué susto pasé!

—¿No sabes nadar?—le pregunté.

Movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—No—me respondió.

—¿Y dejaste que te arriara hasta el río sin decírmelo? —exclamé asombrado del valor que había demostrado con su silencio.

—No podía hacer otra cosa —me dijo tranquilamente—. Si te lo hubiese dicho no me habrías arriado y los dos habríamos sido capturados. Todavía no sé cómo lograste llegar al río sin que te atrapasen.

—Me lancé de cabeza al agua—le dije.

—¿Te arrojaste desde lo alto del castillo? ¡Increíble!

—Tú eres de un lugar donde hay poca agua—le contesté sin poder contener la risa.

—¿Por qué crees eso?

—Porque de lo contrario habrías visto suficientes zambullidas para saber que la mía no fue nada extraordinario.

—Mi patria está enclavada en un territorio montañoso donde se nada poco porque los ríos forman torrentes.

—¿Y donde queda tu patria? —le pregunté.

—¡Oh!, está muy lejos de aquí—me respondió—. Ni siquiera sé por dónde se encuentra.

—¿Entonces cómo es que te hallas en los dominios de Skor?

—Durante una guerra los enemigos me capturaron junto con otras personas. y nos llevaron a una gran llanura que se extendía más allá de las montañas. Una noche escapé junto con otro cautivo. Mi compañero era un soldado que había estado por mucho tiempo al servicio de mi padre. Era muy leal. y trató de llevarme nuevamente a la patria, pero nos perdimos. No sé cuánto tiempo anduvimos sin rumbo hasta que llegamos a un ancho río en el que había gente que navegaba en unos barcos. Esa gente vivía en aquellas embarcaciones, y se dedicaban al pillaje y a la guerra. Nos atacaron. mi compañero murió defendiéndome y yo fui hecha prisionera. Pero pronto terminó mi cautiverio. La primera noche varios oficiales comenzaron a pelear porque no se ponían de acuerdo acerca de quién se quedaría conmigo, y mientras peleaban, yo llegué hasta un botecito que flotaba a la gran embarcación y logré escapar. La corriente del río arrastró el bote durante muchos días y estuve a punto de morir de hambre, a pesar de que a las orillas del río veía que crecían matas cargadas de frutas. Pero no había remos en el bote y éste era demasiado pesado, así que no podía hacerlo llegar a la playa. Por fin la barca encalló en un banco de arena que se hallaba en una parte en que el curso del río describía una gran curva, y dio la casualidad de que Skor se encontraba cazando allí, y me vio. Eso es todo. He pasado mucho tiempo aquí.

XI - LOS PIGMEOS

Cuando la joven termino su relato, vi que en la orilla opuesta del río tres cadáveres vivientes se hallaban mirándonos. Titubearon unos instantes, pero después se arrojaron al agua.

Tomé a la joven de la mano y la ayudé a ponerse en pie. Sólo huyendo podíamos defendernos. Aunque había tenido que deshacerme de mi lanza, conservaba mi arco y mis flechas, y éstas las llevaba atadas fuertemente a mi carcaj. El arco me lo había

colgado de un hombro poco antes de abandonar la torre. Pero, ¿qué daño podían causar unas flechas a unos cadáveres?

Volví a mirar a nuestros perseguidores y vi que chapaleaban en la parte profunda del río, y me di cuenta al momento de que ninguno de ellos sabía nadar. La corriente los arrastraba río abajo. Algunas veces flotaban boca arriba, y otras veces con la cara sumergida en el agua.

—No hay por qué temerles—le dije a la joven—; pronto se ahogarán.

—No pueden ahogarse—me replicó mi compañera, estremeciéndose.

—No había pensado en eso—reconocí—, pero es poco probable que puedan llegar a esta orilla, al menos antes de que hayan avanzado bastante río abajo. Tendremos suficiente tiempo para escapar.

—Entonces vámonos; odio este lugar y quiero alejarme de él.

—No puedo abandonar esta región hasta que haya encontrado a Duare—le dije—. Tengo que buscarla.

—Sí es cierto, debemos tratar de encontrarla. Pero, ¿dónde?

—Intentaré llegar al gran río para seguir su curso y llegar hasta el mar—le expliqué—. Y creo que, igual que nosotros, pensará que es más seguro avanzar por la orilla de este arroyo para llegar al río, puesto que el bosque la protegería de que la viesan fácilmente.

—Tenemos que cuidarnos de los cadáveres vivientes —me advirtió la joven—, pues nos encontraremos con ellos si la corriente los saca a esta orilla.

—Sí, y quiero ver por cuál ribera salen, para cruzar a la opuesta y buscar a Duare.

Durante cierto tiempo avanzamos río abajo, con precaución y en silencio pero atentos a cualquier ruido que pudiera indicarnos algún peligro. Yo pensaba en Duare y me preocupaba por su seguridad; sin embargo, a veces mis pensamientos recaían en la joven que marchaba junto a mí, y no podía menos que recordar su valor durante nuestra fuga y la generosa aceptación de retrasar nuestra huida para buscar a Duare. Era evidente que su carácter resultaba tan bello como su cuerpo y su rostro. ¡Y yo ni siquiera sabía cómo se llamaba!

Esto último me pareció tan sorprendente como el hecho de que sólo hacía una hora que la conocía. Los lazos que ligan a las personas en la adversidad y el peligro son tan fuertes que sentía que siempre había yo conocido a mi compañera, que aquella hora era una eternidad.

—¿Ya te diste cuenta de que no nos hemos dicho cómo nos llamamos?—le pregunté, y le dije mi nombre.

—Carson Napier—repitió ella—. Es un nombre extraño.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Nalte voo jan kum Baltoo—me contestó, y lo cual significa «Nalte, la hija de Baltoo»—. Soy conocida como Voo Jan, pero mis amigos me llaman Nalte.

—¿Y cómo puedo llamarte?—le pregunté.

La joven me miró sorprendida, y exclamó:

—¡Pues Nalte, naturalmente!

—Es un honor para mi que me incluyas entre tus amigos.

—¿Pero acaso no eres mi mejor amigo, mi único amigo, ahora en Amtor?

Tuve que reconocer que su razonamiento era correcto, pues podíamos considerar que por entonces éramos los dos únicos seres vivientes en aquel nebuloso planeta de Amtor, y, por cierto, no éramos enemigos.

Avanzábamos cautelosamente y ya habíamos divisado el río cuando Nalte de pronto me tocó un brazo y me señaló la ribera opuesta, al mismo tiempo que me jalaba para que nos ocultásemos detrás de unos arbustos.

Uno de los cadáveres vivientes había llegado a la margen opuesta del río, exactamente frente a nosotros, y a cierta distancia, un poco más adelante de aquél, habían salido los otros dos. Se pusieron en pie trabajosamente, y luego el primero que habíamos visto

llamó a los otros y éstos se le acercaron. Los tres cadáveres hablaban, gesticulaban y nos señalaban. Era algo horrible, y yo sentí que se me erizaba todo el cuerpo.

¿Qué harían? ¿Continuarían la búsqueda o regresarían al castillo? Si se decidían por lo primero, tendrían que cruzar el río; y ya debían de saber que aquello era difícil que lo lograsen. ¡Pero eso era atribuirle la facultad de razonar a su cerebro muerto! Me parecía increíble. Entonces le pregunté a Nalte qué pensaba al respecto.

—No lo sé—me respondió—. Conversan y parece que razonan. Antes creía que la influencia hipnótica de Skor motivaba todos sus actos, es decir, que sólo tenían los pensamientos que su amo les dictaba; pero cuando Skor está ausente actúan de manera autónoma, tal como has visto que hacen hoy, lo cual destruye la teoría. Skor dice que razonan, que les ha estimulado el sistema nervioso para que vibre como si estuviese vivo aunque no corra sangre por sus venas. Pero las experiencias de su vida pasada ejercen menor influencia en la formación de sus juicios, que el nuevo patrón de conducta y el nuevo código moral que él les ha infundido en su cerebro muerto. Skor reconoce que los ejemplares que tiene en su castillo son muy tontos, pero insiste en que eso es porque era gente muy tonta en vida.

Los cadáveres vivientes hablaron durante un rato, y luego, lentamente emprendieron la marcha río arriba, en dirección al castillo. Y Nalte y yo dejamos escapar un suspiro de alivio al verlos desaparecer a lo lejos.

—Ahora debemos encontrar un buen lugar para cruzar el río—le dije—. Quiero ver si en el otro lado encuentro indicios de la presencia de Duare. Debe de haber dejado huellas en la tierra blanda.

—Hay un vado más adelante, río arriba—me dijo Nalte—. Lo cruzamos cuando, después de que me capturó Skor, nos dirigíamos a su castillo. No sé dónde se encuentra, pero no puede estar muy lejos.

Después de avanzar por la ribera como dos millas más allá del sitio en que habíamos visto que salieran a la margen opuesta los cadáveres vivientes, y sin haber encontrado todavía el vado, oí débilmente un cacareo conocido que parecía provenir de cierto punto más adelante de la otra margen del río.

—¿Oíste eso?—le pregunté a Nalte.

La joven prestó atención y poco a poco el cacareo fue haciéndose más fuerte.

—Si—me contestó—, son los kazares. Debemos escondernos.

Nalte y yo nos escondimos detrás de unos arbustos, y aguardamos. La sonoridad del cacareo aumentaba, y nos dimos cuenta de que los kazares se aproximaban.

—¿Crees que sea la jauría de Skor? —le pregunté a Nalte.

—Debe de ser —me replicó—, pues según Skor, no existen más en esta región.

—¿Ni siquiera kazares salvajes?

—No; dice que en estado salvaje sólo hay en esta margen del río. ¡Esos son los kazares de Skor!

Aguardamos silenciosos y cada vez oíamos el ruido más cerca. De pronto divisamos en la ribera opuesta al nuevo conductor de la jauría seguido por otras bestias de la misma grotesca especie, y luego vimos a Skor que avanzaba montado en su zorat y acompañado de los cadáveres vivientes que formaban su comitiva.

—¡Duare no está ahí!—murmuró Nalte—. Skor no la capturó.

Estuvimos observando a Skor y a su séquito hasta que se perdieron de vista entre los árboles del bosque que se extendía al otro lado del río, y suspiré aliviado pensando que esa sería la última vez que vería al jong de Morov.

Aunque me tranquilice al saber que no habían capturado a Duare, todavía me encontraba preocupado por la suerte que hubiese corrido. Muchos peligros podían amenazarla, sola y sin ninguna protección en aquellas tierras salvajes. Y solamente tenía una vaga idea acerca de dónde buscarla.

Después de que se alejó Skor, Nalte y yo habíamos continuado nuestro camino río abajo, y poco después mi compañera me señaló una franja de pequeñas ondulaciones que se extendían de una margen a otra en la parte en que el río ganaba anchura.

—Ese es el vado—me dijo—, pero sería inútil cruzarlo para buscar el rastro de Duare. Si hubiese escapado por ese lado del río, los kazares la habrían encontrado hace rato. El que no la hubiesen hallado es suficiente prueba de que no marchaba por ahí.

Yo no estaba convencido de aquello. Desconocía si Duare sabía nadar, pero suponía que no, puesto que había nacido y vivido en la ciudad arbórea de Kooad.

—Tal vez dieron con ella y la mataron—le dije a Nalte, y me horroricé tan sólo de pensar en semejante tragedia.

—No —me replicó Nalte—. Skor lo hubiese evitado, pues la quería.

—Pero pudo matarla alguna bestia del bosque, y ellos podrían haber encontrado su cadáver.

—Entonces Skor se habría llevado el cadáver y lo hubiese animado con la vida artificial que le ha dado a su séquito de muerte—arguyó Nalte.

Pero yo todavía no me dejaba convencer.

—¿Cómo persiguen los kazares a su presa? —le pregunté—. ¿Olfatean su rastro?

—No—me respondió—; su sentido del olfato es muy deficiente, pero tienen una vista sumamente penetrante. Se valen exclusivamente de sus ojos para rastrear.

—Entonces es posible que no hubiesen pasado cerca del rastro de Duare. y que ella hubiese podido escapar.

—Es posible pero no probable —me replicó Nalte—. Lo que me parece más probable es que alguna bestia del bosque la hubiese devorado antes de que Skor hubiese podido encontrarla.

Aquella explicación ya se me había ocurrido, pero no quería ni siquiera pensar en ella.

—De todas maneras deberíamos cruzar a la otra orilla —le dije—, pues si vamos a seguir río abajo por el gran río, tarde o temprano tendremos que cruzar este afluente, y tal vez ya no encontremos otro vado en la parte del río que se va haciendo más profunda al irse aproximando a su desembocadura.

El vado era ancho y las ondas del agua señalaban bien su dirección, así que no tuvimos ninguna dificultad en marchar sobre él hasta llegar a la ribera opuesta. Sin embargo, nos vimos obligados a tener la vista fija en el agua la mayor parte del tiempo, debido a que el vado describía dos curvas que formaban una S aplastada, y de no haber tenido cuidado no habría sido difícil que hubiésemos caído en aguas profundas y que la corriente nos hubiese arrastrado.

A ese cuidadoso empeño puede atribuírsele el desastre que ocurrió cuando estábamos por llegar a la ribera izquierda del río. Por mera casualidad levante la vista. Para mayor seguridad, Nalte y yo caminábamos tomados de la mano; yo me encontraba ligeramente adelante de ella, y de pronto vi algo y me detuve tan repentinamente que la joven chocó conmigo. Luego levantó la vista y dejó escapar de sus labios un corto e involuntario grito de alarma.

—¿Qué es eso?—me preguntó.

—No lo sé—le respondí—. ¿No los conocías?

—No. Nunca había visto seres como esos.

A la orilla del agua, aguardándonos, había media docena de seres de apariencia humana, y otros iguales a éstos se descolgaban de los árboles del bosque y avanzaban torpemente hacia el vado. Tenían aproximadamente unos tres pies de altura y su cuerpo estaba completamente cubierto de largos pelos. Al principio creí que eran monos, aunque tenían una semejanza sorprendente con los seres humanos. Cuando vieron que nos habíamos dado cuenta de su presencia, uno de ellos habló, y mi suposición de que fuesen simios perdió todo su valor.

—Soy Ul—dijo el que tomó la palabra—. Váyanse de la tierra de Ul. ¡Yo soy Ul! ¡Yo mato!

—No queremos hacerles daño —le contesté—. Solamente queremos cruzar sus tierras.

—¡Váyanse! —gruñó Ul, y enseñó sus afiladas garras.

A la orilla del río ya se habían reunido cincuenta hombrecillos que gruñían y nos amenazaban. No llevaban puesta ninguna ropa ni ningún adorno, y tampoco estaban armados, pero sus afiladas garras y los abultados músculos de sus espaldas y sus brazos hacían suponer que no tendrían dificultad en llevar a cabo las amenazas de Ul.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó Nalte—. Nos harán pedazos tan pronto salgamos del agua.

—Tal vez pueda convencerlos de que nos dejen pasar —le dije.

Pero tuve que admitir mi derrota después de transcurridos cinco minutos de inútiles esfuerzos. Ul, como única respuesta a mis alegatos, repetía:

—¡Váyanse! ¡Yo matar! ¡Yo matar!

Me disgustaba tener que dar media vuelta pues sabía que de todas maneras teníamos que cruzar el río, y que tal vez no hallásemos otro paso como aquel. Pero al fin a pesar de mi disgusto, tomé de la mano a Nalte y regresamos a la margen derecha.

Todo el resto del día, mientras avanzábamos río abajo traté de encontrar el rastro de Duare, pero mis esfuerzos resultaron vanos. Estaba desalentado, pues me imaginaba que no volvería a verla nunca. Nalte intentó varias veces animarme, pero puesto que ella daba por muerta a Duare, sus empeños no tuvieron mucho éxito.

Avanzada la tarde logré matar un pequeño animal. Como no habíamos comido nada durante el día, nos encontrábamos hambrientos y pronto encendimos una hoguera y asamos la blanda carne del animalito.

Después de comer formé una plataforma entre las ramas de un alto árbol y recogí grandes hojas para que nos sirviesen como colchón y también para cubrirnos. Y cuando cayó la noche, Nalte y yo nos acomodamos en nuestro elevado refugio.

Durante un rato permanecimos en silencio, absortos en nuestros propios pensamientos. No sé en qué pensaría Nalte, pero yo maldecía el día en que había concebido la idea de construir el enorme torpedo que me había llevado a Venus, y a continuación lo bendecía porque me había proporcionado la oportunidad de conocer y de poder amar a Duare.

Fue Nalte la que rompió el silencio, y como si hubiese leído mis pensamientos, me preguntó:

—¿Amas mucho a Duare?

—Sí—le contesté.

Nalte suspiró, y dijo:

—Debe de ser muy doloroso para un hombre perder a su mujer.

—Ella no era mi mujer.

—¿No?—exclamó Nalte, y el tono de su voz expresó su sorpresa—. ¿Pero se amaban?

—Duare no me amaba —le respondí—; al menos eso fue lo que me dijo. Es que ella era hija de un jong y no podía amar a nadie hasta que cumpliera veinte años.

—El amor no nace ni muere de acuerdo con ninguna ley o costumbre.

—Pero aun cuando Duare me hubiese amado, lo cual no fue así, no podía habérmelo dicho. Ni siquiera podía hablar de amor porque era hija de un jong y era demasiado joven. Yo no lo comprendo, naturalmente, pero eso es porque soy de otro mundo y desconozco sus costumbres.

—Yo tengo diecinueve años y soy hija de un jong—me dijo Nalte—, y si amara a algún hombre, se lo diría.

—Tal vez las costumbres de tu patria son diferentes a las de la suya—le indiqué.

—Deben de ser muy diferentes —respondió Nalte—, pues en mi patria ningún hombre le habla de amor a una joven hasta después de que ella le ha dicho que lo ama, y la hija del jong escoge a su cónyuge cuando le place.

—Esa costumbre puede que tenga sus ventajas—admití—, pero si amo a una joven prefiero que me corresponda a mi el derecho de decírselo.

—Oh, los hombres tienen muchas maneras de hacérselo saber sin necesidad de palabras. Yo podría decir si un hombre me ama, pero si fuese yo la que lo amase mucho no esperaría asegurarme primero de que soy correspondida.

—¿Y si él no te amase?—le pregunté.

Nalte echó la cabeza hacia atrás, y exclamó:

—Haría que me amase.

Comprendí que Nalte debía ser una persona a quien sería muy difícil no amar. Era delgada y de abundante cabellera negra en desorden; su piel era de un color aceitunado. Sus ojos reflejaban salud e inteligencia, y sus facciones medianas le daban cierto aspecto de mozuelo. Pero por sobre todo emanaba de ella un aire de dignidad que revelaba la sangre real que corría por sus venas. Yo no podía poner en duda que era hija de un jong.

Parecía que el destino se había encargado de hacerme conocer sólo a hijas de jongs, y así se lo dije a Nalte.

—¿A cuántas has conocido?—me preguntó.

—A dos—le respondí—; a ti y a Duare.

—No son muchas si tienes en cuenta a todos los jongs que debe de haber en Amtor y a todas las hijas que deben de tener. Mi padre tiene siete hijas.

—¿Y las siete son tan bellas como tú?—le pregunté.

—¿Me consideras hermosa?

—Tú sabes que lo eres.

—Pero me gusta oírsele decir a la gente. Me gusta que lo digas—agregó con dulce voz.

Los rugidos de las bestias nocturnas que merodeaban por el bosque llegaron a nuestros oídos así como también los chillidos de sus presas, luego callaron y el silencio sólo fue interrumpido por el murmullo de las aguas del río que corrían hacia algún mar desconocido.

Y mientras estaba yo pensando en alguna respuesta discreta para responder a la ingeniosa observación de Nalte, me quedé dormido.

Sentí que alguien me sacudía de un hombro. Abrí los ojos y vi que Nalte me miraba.

—¿Vas a dormir durante todo el día?—me preguntó.

Ya era pleno día. Me senté y miré a mi alrededor.

—Sobrevivimos una noche más—le dije.

Recogí frutas y cocinamos la carne que había obtenido en mi cacería del día anterior. Nos desayunamos espléndidamente, y luego volvimos a emprender la marcha a orillas del río para buscar..., ¿qué?

—Si hoy no encontramos a Duare tendré que admitir que la he perdido para siempre—dije.

—¿Y entonces qué haremos?—me preguntó Nalte.

—¿Tú quieres regresar a tu patria?

—Claro.

—Entonces iremos río arriba en dirección a tu hogar.

—No podremos llegar—me dijo Nalte—, pero...

—¿Pero qué?

—Estaba pensando que podríamos ser muy felices mientras intentamos llegar a Andoo—me dijo.

—¿Andoo? —inquirí.

—Así se llama mi patria—me explicó—. Las montañas de Andoo son muy bellas.

En su voz había cierto tono de ansiedad; sus ojos contemplaban un paisaje que los míos no podían ver. De pronto comprendí lo valerosa que ella había sido, y me di cuenta de lo alegre que se había mantenido durante las penalidades y los amenazantes peligros de nuestra fuga, y todo eso a pesar de la probable desesperanza de su situación. Y le acaricié la mano.

—Haremos lo posible por que regreses a tus bellas montañas de Andoo—le aseguré.

—Nunca volveré a verlas, Carson —me dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Ni siquiera una gran compañía de guerreros podría sobrevivir a los peligros que amenazan en el largo camino a Andoo. Son mil kobs los que hay que recorrer a través de regiones salvajes y hostiles.

—Mil kobs es una distancia muy larga —acepté—. Parece que nuestro empeño será imposible, pero no me doy por vencido.

Los amtorianos dividen la circunferencia del círculo en mil partes, y cada parte es un hita, o grado, y el kob es la décima parte de un grado de longitud en el ecuador (o lo que los amtorianos llaman el Pequeño Círculo). Lo que resulta aproximadamente dos y media millas terrestres, así que, por lo tanto, mil kobs serían poco más o menos dos mil quinientas millas.

Realicé un sencillo cálculo mental aritmético y me convencí de que Nalte no podía haber sido arrastrada dos mil quinientas millas por la corriente del río sin probar bocado, y entonces le pregunté si estaba segura de que Andoo estuviese tan lejos.

—No —me respondió—, pero eso es lo que parece. Anduvimos sin rumbo bastante tiempo antes de llegar al río, y luego la corriente me arrastró durante tantas horas que perdí la noción del tiempo.

No obstante, si encontrábamos a Duare, me iba yo a ver en un problema. ¡Una de las jóvenes debía ir río abajo para tratar de llegar a su patria, y la otra debía avanzar río arriba! ¡Y ninguna de ellas tenía la menor idea de la situación exacta de su patria!

XII - EL ULTIMO MOMENTO

Durante la tarde del segundo día de nuestra búsqueda de Duare, Nalte y yo llegamos al gran río que Duare y yo habíamos visto desde lo alto del acantilado. Aquel era el mismo río cuya corriente había arrastrado a Nalte hasta que la joven había caído en manos de Skor.

Era un río muy grande que podía compararse en tamaño con el Mississippi. Corría entre dos bajos acantilados de piedra caliza brillante, silenciosamente llegaba de una región misteriosa y silenciosamente continuaba fluyendo hacia una nueva región desconocida. En toda su extensión, desde donde aparecía majestuoso, hasta donde se perdía de vista al rodear un pequeño promontorio, no había señales de vida, así como tampoco en sus riberas. Sólo la joven Nalte y yo. Al contemplarlo sentí el temor que inspiraba su grandeza, y mi propia insignificancia.

No encontraba palabras para expresar mis pensamientos, y me alegré de que, cuando lo contemplábamos, Nalte hubiese guardado un silencio casi reverente ante la solitaria majestad del paisaje.

Después, la joven dejó escapar un suspiro que me hizo volver a pensar en las necesidades del momento. Yo no podía quedarme absorto en mi contemplación olvidándome de lo que teníamos que hacer inmediatamente.

—Bueno, no tendremos que cruzar el río —dije, pero refiriéndome al afluente cuyo curso habíamos seguido desde que huimos del castillo de Skor.

—Me alegra que no tengamos que cruzar el río grande —comentó Nalte.

—Tal vez pasemos suficientes dificultades para cruzar este otro—le indiqué.

El afluente corría a nuestra izquierda y describía una pronunciada curva antes de desembocar en el río mayor. A nuestros pies, hacia abajo, había un gran remolino que había sacado a la ribera hojas, ramas de todos tamaños y hasta troncos de grandes árboles. Todas esas cosas parecía que habían sido depositadas allí durante alguna creciente.

—¿Cómo vamos a cruzarlo? —me preguntó Nalte—. No hay ningún vado. y es demasiado ancho y rápido para que, aun cuando yo supiese nadar, pudiese llegar a la otra orilla.

La joven levantó de pronto la mirada como si un nuevo pensamiento la hubiese asaltado, y me dijo:

—Soy una carga para ti; si estuvieses solo seguramente que podrías cruzar con facilidad este río. Ya no te ocupes más de mí; me quedaré en este lado y emprenderé camino río arriba para dirigirme a Andoo.

La miré y no pude menos que sonreír.

—Tú no crees que yo pueda hacer semejante cosa

—Sería lo más sensato —me dijo.

—Lo más sensato es hacer una balsa con esas ramas y troncos que están ahí abajo, y valernos de ella para cruzar el río—le contesté señalándole los desechos que se hallaban amontonados en la ribera.

—¡Oh, podríamos hacer eso! —exclamó—. Es posible, ¿no?

Nalte se animó inmediatamente, y poco después me ayudaba a separar las ramas y troncos que creía yo que se podían usar para hacer una balsa.

Fue un trabajo duro, pero por fin reunimos el material suficiente para que pudiésemos navegar sin peligro. La tarea siguiente fue unir las partes de nuestra futura balsa y atarlas fuertemente para que el río no la hiciese pedazos antes de que llegásemos a la margen opuesta.

Recogimos lianas para realizar esa tarea, y aunque trabajamos tan rápidamente como nos fue posible, cuando terminamos nuestro rústico medio de transporte ya había casi entrado la noche.

Cuando contemplaba el fruto de nuestro trabajo, vi que Nalte observaba con mirada recelosa las agitadas aguas del remolino.

—¿Cruzaremos ahora, o esperaremos hasta mañana? —me preguntó.

—Ya casi es de noche—le respondí—; creo que será mejor que esperemos hasta mañana.

La joven se animó visiblemente y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Entonces no estaría mal que pensásemos ahora en comer—me dijo.

A ese respecto ya había yo descubierto que las jóvenes de Venus no se diferencian mucho de las de la Tierra. Esa noche la comida estuvo compuesta de frutas y tubérculos, pero fue suficiente. Otra vez volví a construir una plataforma entre las ramas de un árbol y oramos por que ningún carnívoro arbóreo nos descubriese durante la noche.

Cada mañana, al despertar en Venus, me sorprendía de encontrarme todavía vivo, y esa primera mañana que pasamos en el gran río no fue ninguna excepción.

Tan pronto comimos nos dirigimos hacia nuestra balsa, y después de algunas dificultades logramos lanzarla al agua. La había equipado con varias ramas largas para que nos sirviesen de pértigas para impulsarla, y también con algunas ramas cortas para usar como remos cuando nos hallásemos flotando en la parte profunda del río; pero eran unos útiles sumamente inadecuados. Había calculado depender casi exclusivamente del remolino para que nos arrastrase hasta cierta distancia de la playa opuesta, y después poder usar las pértigas para impulsarnos hasta la ribera.

La balsa flotó mucho mejor de lo que yo había supuesto, pues había temido que se sumergiese hasta quedar a flor de agua y que fuese sumamente incómoda; pero la madera resultó muy liviana y el piso de la balsa quedó a varias pulgadas sobre el agua.

Tan pronto como echamos la rústica embarcación al río, el remolino nos apresó y comenzó a llevarnos río arriba y hacia el centro de la corriente. Nuestra única preocupación en aquellos momentos fue mantenernos alejados del vértice del remolino. Desesperadamente hicimos uso de las pértigas y logramos continuar en la periferia de la vorágine hasta que estuvimos en aguas tan profundas que ya las largas ramas no tocaban fondo. Entonces tomamos las ramas cortas y remamos frenéticamente. Era una faena agotadora, pero Nalte no se arredró ante ella ni un solo instante.

Por fin avanzamos hacia la ribera izquierda y una vez más tomamos las pértigas; pero, sorprendido y pesaroso, me di cuenta de que el agua era todavía muy profunda y de que también la corriente era más fuerte en aquel lado que en el otro, por lo que nuestros burdos remos resultaban casi inservibles.

El río, despiadadamente, nos atrapó y comenzó a arrastrarnos hacia el vértice del remolino. Remamos con desesperación, sin perder el ánimo, y logramos alejarnos del centro de la vorágine, pero la corriente nos estaba retirando de la margen izquierda.

Pronto nos vimos en medio del río. Parecía que estábamos a las orillas del remolino. Tanto Nalte como yo nos encontrábamos exhaustos, pero no podíamos dejar de remar ni por un solo instante. Hicimos un último y desesperado esfuerzo, y logramos libertar la balsa de las poderosas garras de la corriente que nos había arrastrado de nuevo hacia el peligroso remolino; luego, la corriente principal, que fluía en medio del río, nos atrapó con su terrible e implacable fuerza. La balsa, fuera de todo control, giró y se bamboleó, y fuimos arrastrados hacia el gran río.

—Hemos hecho cuanto hemos podido—le dije a Nalte y solté mi remo—, pero no ha sido suficiente. Ahora lo único que podemos hacer es confiar en que esta balsa no se despedace antes de que la corriente nos lleve hasta alguna playa a las orillas de este gran río.

—Y tendrá que ser pronto—me dijo Nalte.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Cuando Skor me encontró, me dijo que había sido afortunada en llegar a la playa antes de que el río me hubiese arrastrado hasta las cataratas.

Miré los bajos acantilados que bordeaban ambas riberas, y le dije a Nalte:

—Aquí no hay manera de desembarcar.

—Tal vez tengamos mejor suerte más adelante —me contestó.

La corriente siguió arrastrándonos, y conforme serpenteaba, nos acercaba a diferentes playas o nos llevaba a medio río. Varias veces vimos anchas hendiduras en los acantilados, donde hubiésemos podido desembarcar, pero siempre las veíamos demasiado tarde y las pasábamos antes de poder maniobrar para que la tosca balsa se a case a ellas.

Cada vez que nos aproximábamos a alguna de las márgenes del río tratábamos de descubrir ansiosamente alguna irregularidad en la extensión de la playa, que nos ofreciese la esperanza de un posible desembarco. Por fin, después de rodear un promontorio, vimos dos ciudades. Una se levantaba en la ribera izquierda del río, y la otra exactamente frente a la primera, en la ribera opuesta. La que se hallaba a la izquierda se veía gris y sin ningún atractivo, mientras que la segunda relucía hermosa y alegre con sus muros de piedra caliza blancos y sus torres, con tejados de múltiples colores. Nalte me señaló la ciudad sombría, y me dijo:

—Esa debe de ser Rormor; está situada aproximadamente en el punto en que Skor me dijo que se hallaba su ciudad.

—¿Y la otra?—le pregunté.

Nalte movió la cabeza de un lado a otro.

—Skor nunca mencionó ninguna otra ciudad.

—Tal vez sea una sola ciudad construida en ambas riberas del río—le sugerí.

—No; no lo creo. Skor me dijo que la gente que vivía al otro lado del río era gente enemiga, pero nunca habló de otra ciudad. Yo creí que se trataba solamente de alguna tribu salvaje. ¡Ah!, esa es una ciudad magnífica, mucho mayor y más atractiva que Kormor.

Naturalmente que no podíamos ver toda la extensión de aquellas dos ciudades, pero al arrastrarnos la corriente y acercarnos más a ellas, vimos que, sin lugar a dudas, la ciudad que se hallaba a la derecha se extendía varias millas a lo largo de la margen del río. Pudimos ver eso gracias a que, desde el sitio a que habíamos llegado, el río corría en línea casi recta hasta una distancia mayor de la que podía yo alcanzar con la vista. Pero la ciudad que se encontraba en la margen opuesta, la cual era Kormor, era mucho menor, pues solamente se extendía aproximadamente una milla a lo largo de la ribera. Hasta donde me era posible comprobar, me di cuenta de que ambas ciudades estaban amuralladas, pues unos altos muros se elevaban a cada lado del río. Kormor tenía un pequeño muelle que se hallaba frente a una gran puerta enclavada poco más o menos en la parte media de la muralla. El muelle de la otra ciudad parecía ser una larga avenida que se extendía hasta perderse de vista.

Antes de que la corriente nos acercase a Kormor, nos arrastró durante un rato frente a la ciudad situada en la margen derecha. En el largo muelle de esta ciudad había unos cuantos pescadores, y detrás de éstos, en lo alto de la muralla había unos hombres que posiblemente eran guardias. Estos últimos nos vieron y nos señalaron con la mano y parecía que discutían acerca de nosotros, pero en ningún momento la corriente que nos arrastraba nos aproximó lo suficiente a esa ribera como para que pudiésemos verlos claramente.

Al acercarnos al muelle de Kormor, vimos que echaban al agua un pequeño bote ocupado por tres hombres. Dos se dedicaron a remar y el tercero permaneció de pie en la proa. Era evidente que se adelantaban hacia nosotros para interceptar nuestro paso.

—Es gente de Skor—me dijo Nalte.

—¿Qué será lo que quieren?—le pregunté.

—Capturarnos, naturalmente, para llevarnos ante Skor. ¡Pero a mi no me capturarán! Al decir las últimas palabras, Nalte avanzó hacia el bordo de la balsa.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté—. ¿Qué vas a hacer?

—Me arrojaré al río.

—Pero no sabes nadar—le dije—; te ahogará.

—Eso es lo que quiero. No volveré a caer nunca en manos de Skor.

—Espera, Nalte—le supliqué—; todavía no nos han capturado, y tal vez no lo logren.

—No podremos escapar —me respondió, angustiada.

—No debemos darnos nunca por vencidos, Nalte. Prométeme que esperarás hasta el último momento para llevar a cabo tu fatal decisión.

—Esperaré —me prometió—; pero en el último momento será preferible que sigas mi ejemplo y mueras como yo, antes que caer en manos de Skor para que te convierta en un espantoso ser igual a los que vimos en su castillo, pues entonces ya no tendrás ni siquiera el escape final de la muerte.

El bote se acercaba cada vez más a nosotros, y yo me puse a hablar con sus ocupantes.

—¿Qué quieren?—les pregunté.

—Deben ir a la playa con nosotros—me respondió el hombre que se hallaba en la proa.

Nalte y yo nos encontrábamos lo suficientemente cerca del bote como para poder ver claramente al hombre que me hablaba. Yo había creído que los ocupantes del bote eran tres cadáveres vivientes de Skor, pero al mirar al que me había respondido vi que sus mejillas estaban sonrosadas y que su aspecto era muy saludable.

—No iremos con ustedes—le contesté—. Déjenos solos; no intentamos hacerles ningún daño. Dejen que sigamos nuestro camino en paz.

—Nos acompañaran a la playa—dijo el hombre cuando el bote se acercó más a nosotros.

—¡Aléjense, o los mataré! —le grité, y le puse una flecha a mi arco.

El hombre rió con una risa fría y carente de todo animo. Entonces le vi los ojos y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. ¡Eran los ojos de un cadáver!

Disparé. Mi flecha fue a clavarse en su pecho, pero él, sin arrancársela, volvió a reír lúgubrementemente.

—¿No comprendes que no puedes matar a los muertos? —me gritó Nalte. Luego avanzó hasta el borde de la balsa, y me dijo serenamente—: ¡El último momento ha llegado!

—¡No! ¡No, Nalte! —le grité—. ¡Espera! El último momento no ha llegado aún.

Me volví de nuevo hacia el bote que se acercaba. Su proa estaba ya a sólo un pie de distancia de la balsa. Y antes de que el sujeto que se encontraba de pie sospechase mis intenciones, salté sobre él. Me golpeó con sus manos muertas; sus dedos muertos me apretaron el cuello. Pero mi ataque había sido demasiado rápido e inesperado y había hecho que perdiese el equilibrio mi adversario, lo cual aproveché para sujetar a éste y arrojarlo al agua por la borda.

Los otros dos sujetos habían estado remando de espaldas a la proa y no se habían dado cuenta del peligro que los amenazaba, hasta que caí sobre su jefe y lo lancé al río. Entonces el que se hallaba más cerca de mí se levanto dispuesto a atacarme. Su piel también estaba sonrosada y tenía apariencia de vida, pero sus ojos eran los de un hombre muerto.

Lanzó un grito aterrador y se me abalanzó. Lo recibí con un rechazazo en la mandíbula que hubiese dejado aturdido durante un buen rato a cualquier hombre viviente, pero como por supuesto no podía dejarlo sin conocimiento, lo arrojé también por la borda.

Al mirar a los dos cadáveres vivientes que se hallaban en el agua comprendí que mi suposición no había sido incorrecta, pues de igual manera que sus compañeros del castillo, no podían nadar y flotaban mientras la corriente los arrastraba. Pero todavía quedaba uno en el bote, y estaba saltando los bancos para arrojarse sobre mí.

Yo me adelanté para recibirlo con un golpe dirigido a su mandíbula, y que, de haber acertado, lo hubiese mandado a reunirse con sus colegas que flotaban en el río. Nuestros movimientos hicieron que el bote se bamboleara; yo perdí el equilibrio y antes de poder recobrar la estabilidad, mi adversario ya me había sujetado.

Era un sujeto muy fuerte, pero peleaba sin calor y sin entusiasmo; solamente se valía del frío y mortal empleo de la fuerza. Trató de sujetarme por el cuello, y pensé que no tenía ningún objeto que yo intentase hacer lo mismo, pues no era posible estrangular a quien no tenía vida. Lo único que podía hacer era evitar que me agarrase y esperar que se descuidase un momento, pero esto último quizá no llegaría nunca a ocurrir.

Como soy bastante fuerte, lograba mantener a distancia a mi adversario, pero éste pronto volvía a lanzarse contra mí. No decía nada ni producía ningún sonido, y sus vidriosos ojos se mantenían completamente inexpresivos; pero sus labios secos, replegados sobre sus dientes, formaban una horrible mueca. La vista de aquello y el contacto de sus fríos y viscosos dedos, aunado al olor de muerte que despedía, casi lograron hacerme perder el valor.

Al lanzarse hacia mí la segunda vez, lo hizo con la cabeza baja y los brazos extendidos. Salté y pasé mi brazo derecho por debajo de su cabeza, de manera que la parte posterior de su cuello quedó encajada en mi axila mientras yo me sujetaba la muñeca derecha con la mano izquierda y apretaba con fuerza. Luego, a riesgo de hacer naufragar el bote, giré rápidamente y me erguí al mismo tiempo. Mi adversario, al verse forzado a dar vueltas en el aire, batió los brazos desesperadamente y entonces yo, tomando mayor impulso, lo solté y salió disparado por la borda. De igual modo que sus compañeros, flotó, y la corriente lo fue alejando.

La balsa, arrastrada por la corriente, se hallaba a unas cuantas yardas del bote, y, desde ella, Nalte me miraba tensa y con los ojos desorbitados por el temor. Hice uso de un remo, acerqué el bote a la balsa y le tendí una mano a Nalte para ayudarla a pasar a mi embarcación. Me di cuenta de que la joven se hallaba temblando.

—¿Te asustaste, Nalte?—le pregunté.

—Sí, temía por ti. Pensé que no podrías vencerlos. Todavía no creo lo que vi. Es increíble que un solo hombre haya podido hacer lo que tú hiciste.

—La suerte me ayudó—le repliqué—, así como también que yo los haya agarrado por sorpresa. No esperaban que yo los atacase.

—Qué cosas tan extrañas suceden—murmuró Nalte—. Hace un momento la desesperación estuvo a punto de hacer que yo me lanzase al río para ahogarme, y ahora todo ha cambiado. Ha pasado el peligro, y en vez de una tosca balsa, tenemos un buen bote.

—Lo que prueba que uno nunca debe darse por vencido.

—No volveré a sentirme perdida..., al menos mientras estés conmigo.

Mientras hablábamos, yo no había dejado de mirar hacia el muelle de Kormor para ver si enviaban otro bote a perseguirnos, pero ningún otro despegó del muelle.

Los pescadores y los guardias de la otra ciudad habían interrumpido sus tareas y nos observaban.

—¿Remamos hacia allá para pedirles que nos ayuden? —le pregunté a Nalte.

—En Andoo acostumbramos decir que mientras más lejos se esté de los desconocidos, mejores amigos serán estos.

—¿Crees que nos hagan daño?—le pregunté.

Nalte se encogió de hombros, y me respondió:

—No lo sé; pero lo más probable es que te maten y me retengan como cautiva.

—Entonces no correremos ese riesgo. Pero quisiera continuar por aquí un rato y buscar a Duare.

—No podemos desembarcar en la ribera izquierda hasta que hayamos perdido de vista Kormor—me dijo Nalte—, pues de lo contrario, no tardarán en salir a perseguirnos.

—Y si desembarcamos cerca de la otra ciudad también nos perseguirá la gente de allí, si es que tus temores son justificados.

—Naveguemos río abajo hasta perder de vista ambas ciudades—me sugirió la joven—, y luego esperemos hasta que anochezca para regresar cerca de Kormor y realizar la búsqueda, pues allá es donde hay que buscar a Duare.

De acuerdo con la sugerencia de Nalte, dejamos que la corriente nos arrastrase río abajo. Pronto dejamos atrás Kormor, pero la blanca ciudad situada en la margen opuesta se extendía todavía dos millas más a lo largo de la ribera. Puedo decir sin temor a equivocarme, que el largo total de aquella ciudad era de unas cinco millas, y en toda esa longitud se extendía el ancho muelle en cuyo costado posterior se elevaba la blanca muralla en la que, de trecho en trecho, había grandes puertas. Conté seis o siete puertas en todo lo largo de la parte de la ciudad que se extendía junto al río.

A mis oídos llegó un insistente sonido que, al principio, no era más que un susurro, pero su sonoridad fue aumentando poco a poco conforme avanzábamos por el río.

—¿Ya oíste eso? —le pregunté a Nalte.

—¿Ese distante estruendo?

—Sí, ya es un estruendo. ¿Qué será?

—Deben de ser las cataratas de que me habló Skor —me dijo la joven.

—¡Cielos! ¡Eso es! —exclamé—. Y lo mejor que podemos hacer es desembarcar antes de que sea demasiado tarde.

La corriente nos había arrastrado bastante cerca de la ribera derecha, y más adelante de nosotros vi un riachuelo que desembocaba en el río. En una de sus orillas había un bosque poco espeso, y en la otra, diseminados, crecían varios árboles.

Aquellos parajes parecían ideales para acampar. Nos aproximamos fácilmente a la playa, hacia la boca del riachuelo. Pero no había suficiente agua para que flotara la embarcación. Sin embargo, logré que avanzara cierta distancia por el riachuelo y la até a una rama de un árbol, que colgaba sobre el agua, y quedamos a cubierto de que nos vieran cualesquiera posibles perseguidores salidos de Kormor y que navegasen por el gran río con el propósito de buscarnos.

—Ahora lo que más me interesa es encontrar algo de comer—le dije a Nalte.

—Eso es algo que a mi siempre me interesa—me respondió, y rió alegremente—. ¿Dónde vas a cazar? En ese bosque que se halla al otro lado del arroyo debe de haber mucha caza.

Nalte, mientras hablaba, se encontraba de frente al bosque, mientras que yo me hallaba de espaldas a él. De pronto vi que cambiaba la expresión del rostro de la joven. En seguida me tomó de un brazo y, alarmada, me dijo:

—¡Mira, Carson! ¿Qué es eso?

XIII - VIVIR O MORIR

Al volverme para mirar, me pareció ver algo que se movía tras los bajos arbustos de la ribera opuesta.

—¿Qué viste, Nalte?—le pregunté.

—Oh, no puede ser cierto lo que creí ver —me dijo con voz entrecortada—. Debo de estar equivocada.

—¿Qué fue lo que creíste ver?

—Allá hay otro... Allá. ¡Mira!—gritó.

Y entonces vi de qué se trataba. Salió de detrás del tronco de un gran árbol, se quedó mirándonos y gruñó dejando al descubierto los colmillos. Era un hombre que caminaba en cuatro pies como si fuera una bestia. Sus patas traseras eran cortas y sus pies parecían pezuñas; sus manos tenían mayor semejanza con las de un ser humano, pero las asentaba extendidas sobre la tierra. Tenía una nariz muy ancha y achatada. Su boca era muy grande, y sus mandíbulas estaban armadas con dientes poderosos. Sus ojos eran pequeños, muy cercanos entre sí, y de mirada extremadamente feroz. Tenía la piel blanca, y solamente le crecía pelo sobre la cabeza y en las quijadas. De pronto apareció otro junto al primero.

—¿No sabes qué son?—le pregunté a Nalte.

—Hemos oído hablar de ellos en Andoo, pero nadie creía que existiesen. Se llaman zangans. Son sumamente feroces, si es que es cierto lo que se cuenta. Salen a merodear en manadas y devoran tanto a hombres como a bestias.

Zangan significa hombre-bestia, y no se hubiese podido escoger ninguna palabra mejor para describir al ser que se hallaba frente a nosotros, al otro lado de aquel arroyo de la distante región de Noobol. Y pronto vimos que aparecían otros zangans que habían estado ocultos detrás de los arbustos y de los troncos de los árboles.

—Creo que será mejor que cacemos en otra parte —dije tratando de ser jocoso.

—Volvamos al bote—sugirió Duare.

Nos hallábamos a cierta distancia del lugar en donde habíamos dejado nuestra embarcación, y cuando dimos media vuelta para dirigirnos de nuevo hacia ella, vi que en la orilla opuesta varios zangans se habían metido al agua y se aproximaban al bote. Se hallaban más cerca de él que nosotros. y nos hubiesen atacado mucho antes de que yo hubiese podido desatarlo y empujarlo hasta aguas más profundas.

—¡Es demasiado tarde!—gritó Nalte.

—Regresemos lentamente a esa pequeña elevación del terreno que se halla detrás de nosotros—le dije—. Tal vez ahí los pueda mantener a distancia.

Comenzamos a retirarnos lentamente mientras los zangans cruzaban el arroyo y se dirigían hacia donde nos hallábamos. Al salir a la orilla se sacudieron el agua como acostumbra hacerlo los perros, y volvieron a marchar en pos de nosotros. Parecían tigres, tigres humanos, pero yo suponía que mucho más veloces, y avanzaban rugiendo, con la cabeza hacia adelante.

Su ferocidad, mayor que la de las bestias, quedaba demostrada por los gruñidos y mordiscos que se dirigían los unos a los otros. Esperaba que nos atacasen de un momento a otro, y sabía que cuando eso sucediera, tanto las penalidades de Nalte como las mías acabarían para siempre. No teníamos ninguna probabilidad de salir victoriosos en un encuentro con aquella salvaje manada.

Los zangans eran veinte, aproximadamente, y la mayoría eran machos; pero había un par de hembras y uno o dos cachorros bastante crecidos. Una de las hembras llevaba a sus espaldas a un pequeño, que se sujetaba fuertemente con los brazos pasados alrededor del cuello de su madre.

A pesar de su ferocidad evidente, nos siguieron con cautela, como si nos temieran; pero con sus largos y lentos pasos fueron acortando poco a poco la distancia que los separaba de nosotros.

Cuando llegamos al pequeño promontorio hacia el que nos dirigíamos, los zangans se hallaban todavía a unas cincuenta yardas de nosotros. Al comenzar el ascenso del pequeño cerro, uno de los machos se adelantó y emitió un fuerte rugido. Parecía como si se le hubiese ocurrido que intentábamos escapar y que él debía evitar aquello.

Me detuve, me volví hacia él y le puse una flecha a mi arco. Disparé inmediatamente y la flecha fue a clavarse en el pecho. El zangan herido se detuvo, lanzó un espantoso rugido y se llevó las garras al extremo adornado de plumas de la flecha, que sobresalía de su cuerpo; luego continuó avanzando, pero se tambaleó y cayó por tierra. Se agitó durante un momento y luego se quedó inmóvil.

Sus compañeros se habían detenido y estaban mirándolo. De pronto, un joven macho corrió hacia el caído y le propinó furiosos mordiscos en la cabeza y en el cuello; luego levantó la cabeza y lanzó un horrible rugido. Supuse que era un desafío, pues vi que recorría con la mirada a todos los demás zangans que se encontraban a su alrededor. Tal vez se trataba de un nuevo jefe que usurparía el poder de que gozaba el que había caído.

Evidentemente nadie se atrevió a disputarle la autoridad, y entonces el nuevo jefe se encaminó hacia nosotros. No avanzó directamente sino que dio un ligero rodeo. Al hacer eso, se volvió hacia sus compañeros y gruñó. Estaba claro que les estaba dando órdenes, pues inmediatamente se esparcieron como si se dispusiesen a cercarnos.

Disparé otra flecha, pero entonces dirigida al nuevo jefe. Se le clavó en un costado, y el zangan lanzó un rugido de rabia y de dolor tan espantoso que espero no volver a oír nunca otro igual, al menos estando en las mismas circunstancias.

El hombre bestia retrocedió y con una mano se arrancó la flecha que tenía clavada en el cuerpo, infligiéndose de tal suerte una herida mayor que la que le había producido el proyectil al penetrar en su carne. Los rugidos que lanzó casi hicieron que se estremeciera la tierra.

Sus compañeros se detuvieron para mirarlo, y vi que un gran macho se dirigía lentamente hacia el jefe herido. Este último lo vio acercarse y, rugiendo, lo atacó ferozmente con sus afilados dientes. El ambicioso, al darse cuenta de que sus ilusiones habían sido prematuras, dio media vuelta y huyó sin que el jefe lo persiguiese. Entonces éste se volvió hacia nosotros.

En esos momentos ya nos hallábamos casi rodeados por la manada. Veinte hombres bestias, aproximadamente, se encontraban a nuestro alrededor, y a mi sólo me quedaban unas cuantas flechas.

Entonces Nalte me tocó un brazo, y me dijo:

—Adiós, Carson. Ahora creo que ha llegado el momento.

Yo moví la cabeza de un lado a otro.

—Esperaré hasta el último segundo para morir. Mientras tanto, no admitiré que ha llegado ese instante, y después será demasiado tarde para que pueda importarme.

—Admiro tu valor aunque no tu razonamiento—me dijo Nalte, y en sus labios pareció dibujarse una débil sonrisa—. Pero al menos nuestra muerte será rápida. ¿No viste cómo ese zangan le despedazó el cuello al que heriste con tu primera flecha? Eso será mejor que lo que Skor nos hubiese hecho.

—Al menos moriremos—le dije.

—¡Allá vienen! —gritó Nalte.

Se acercaban a nosotros en tres direcciones. Una a una les disparé mis flechas, y ninguna falló; pero sólo logré detener a los que les acertaba, y los demás continuaron avanzando firmemente.

Ya estaban casi sobre nosotros cuando disparé mi última flecha. Nalte estaba parada muy cerca de mí, y yo le rodeé el talle con un brazo.

—Abrázame—me dijo—. No tengo miedo a morir, pero no quiero sentirme sola ni siquiera un instante.

—Todavía estás viva, Nalte.

Eso fue lo único que pude pensar para decirle. Me pareció una tontería, pero Nalte no le prestó atención.

—Has sido muy bueno conmigo, Carson—me dijo.

—Y tú has sido una magnífica compañera.

—¡Adiós, Carson! Este es el último segundo.

—Creo que sí, Nalte.

Callé y le di un beso, y luego le dije:

—¡Adiós!

De pronto, por sobre nosotros y más abajo, por el cerro, oímos un repentino zumbido parecido al ruido que produce una máquina de rayos X, pero yo sabía que no se trataba de ninguna máquina semejante. Yo sabía qué era aquello, aun sin necesidad de comprobarlo viendo que los zangans caían hechos unos ovillos a nuestros pies. ¡Era el zumbido producido por el rifle de rayos R de Amtor!

Di media vuelta y miré hacia lo alto del cerro. Allí se encontraban unos seis hombres que le disparaban a la manada los destructivos rayos de sus armas. Aquello sólo duró unos pocos segundos, pero ninguna de las feroces bestias escapó de la muerte. Entonces uno de nuestros salvadores, o quizá nuestros apresadores, se nos acercó.

Al igual que sus compañeros, era un hombre de constitución física casi perfecta, con un rostro hermoso que reflejaba inteligencia. Mi primer pensamiento fue que si así eran todos los pobladores de la blanca ciudad, de donde suponía que habían llegado los presentes, habíamos dado con un Olimpo habitado solamente por dioses.

Estamos acostumbrados a ver que en cualquier grupo de hombres hay algunos cuyos cuerpos están mal proporcionados o cuyas facciones son toscas; pero en el grupo que estaba ante nosotros, a pesar de que ninguno de los hombres que lo integraban se parecía mucho al otro, todos eran singularmente apuestos y simétricamente proporcionados.

El que se acercó a nosotros llevaba el taparrabo y las insignias militares que se usan en Amtor. Y al ver la cinta que ceñía su frente supuse que se trataba de un oficial.

—Llegamos a tiempo —me dijo amablemente.

—Es cierto—le contesté—. Les debemos la vida.

—Nos encontrábamos en la muralla del río cuando pasaron en el bote, y vimos que luchó contra los hombres de Kormor. Me sorprendió su arrojo y, como sabía que luego correrían peligro debido a las cataratas, me apresuré a venir para prevenirles.

—Es muy extraño que un hombre de Amtor se interese por unos desconocidos— comenté—, pero le aseguro que aprecio su acción aun cuando no comprenda las razones que la motivaron.

El hombre rió un instante, y luego me explico:

—Me llamó la atención la manera en que se defendió de esos tres guardias de Skor. Me di cuenta de que en un hombre como aquel había nuevas potencialidades, y nosotros siempre estamos buscando cualidades mejores para infundirle a la sangre de Havatoo. Pero, aguarde, permítame que me presente Me llamo Ero Shan.

—Y mi compañera se llama Nalte, de Andoo —le dije— Yo soy Carson Napier. de California.

—He oído hablar de Andoo —me contestó—; allí cultivan una raza excepcional. Pero nunca he oído hablar de tu país. Y tampoco había visto ninguna vez a un hombre de ojos azules y cabellos amarillos. ¿Toda la gente de Cal...

—California—me apresuré a decirle.

—...de California es como tú?

—¡Oh, no! Hay gente de todos los colores entre nosotros, tanto de cabellos como de ojos y de piel.

—¿Pero cómo pueden entonces mejorar la raza? —me preguntó.

—No nos ocupamos de eso.

—Me sorprende bastante lo que dices —comentó en voz queda como si hablara consigo mismo—. Es inmoral, racialmente inmoral. Bueno, sea como fuere, su sistema parece haber producido un magnífico tipo. Y ahora, si me acompañan, iremos a Havatoo.

—Quisiera preguntarle —le dije— si iremos como huéspedes o como prisioneros.

Mi interlocutor sonrió, pero su sonrisa fue sumamente leve.

—¿Qué importancia tiene eso? Lo mismo da que me acompañen o no.

Miré a los guardias armados que se hallaban parados detrás de él, y sonreí irónicamente.

—Es cierto, no tiene ninguna importancia—le contesté.

—Seamos amigos—me dijo—. En Havatoo se les hará justicia. Si merecen quedarse como huéspedes, serán tratados como tales, pero si no...

Calló y se encogió de hombros.

Cuando llegamos a lo alto de la loma, vimos tras ella un auto largo y bajo, con asientos transversales y sin capota. Aquel era el primer automóvil que veía en Venus. La austeridad de sus líneas y la falta de adornos indicaban que era un transporte militar.

Ero Shan nos indicó que lo acompañásemos en el asiento posterior, y sus guardias ocuparon los asientos delanteros. Ero Shan dio una orden y el auto se puso en movimiento. El conductor se hallaba demasiado lejos de mi, y los hombres que estaban entre él y yo lo ocultaban a mi vista, así que no podía ver cómo manejaba el vehículo, que avanzaba suave y rápidamente por el accidentado terreno. Poco después, cuando llegamos a lo alto de una loma, vimos la ciudad de Havatoo, que se extendía, blanca y hermosa, ante nosotros. Desde aquella altura pude ver que tenía forma de semicírculo. Su lado rectilíneo daba al río, y toda la ciudad estaba amurallada.

El río describía una curva hacia la derecha, mas adelante de la ciudad, y el camino recto que seguimos nos llevó hasta una puerta que se hallaba a varias millas del río. La puerta era magnífica, y podía considerarse como una joya estructural que evidenciaba un alto grado de civilización y cultura. La muralla de la ciudad, construida con blanca piedra caliza, ostentaba escenas labradas que supuse que representaban hechos de la historia de la ciudad o de la raza de hombres que la habitaban. El trabajo, evidentemente, había sido concebido y ejecutado con gusto extraordinario, y dichas escenas labradas se extendían hasta mas allá del alcance de mi vista.

Si se toma en cuenta que la muralla, en el lado que daba a la tierra, media aproximadamente ocho millas, y que en el lado en que se elevaba junto al río media unas

cinco millas, y que toda estaba esmeradamente labrada, puede comprenderse la enorme labor y el tiempo que fue preciso emplear para llevar a cabo tal obra en ambas caras de una muralla de veinte pies de altura.

Al marcarnos el alto los guardias que se hallaban junto a la puerta, vi que más arriba de ella había una inscripción en caracteres del lenguaje universal amtoriano, que decía: Tag Jug voo la sarl, que significa Puerto de los Psicólogos .

Más allá de la puerta llegamos a una ancha avenida que se extendía directamente hasta llegar a la parte de la ciudad que colindaba con el río. Había mucho tránsito; autos de todas formas y tamaños corrían rápida y silenciosamente en ambos sentidos. Solamente había tránsito de vehículos en ese nivel, pues los peatones marchaban por plataformas que se encontraban al nivel del segundo piso de los edificios, las cuales estaban conectadas por viaductos en todas sus intersecciones.

No se oía casi ningún ruido, ni pitazos de bocinas ni chirridos de frenos, el tránsito parecía regularse por si mismo. Entonces le pregunté a Ero Shan a qué se debía todo aquello.

—Es muy sencillo—me dijo—, todos los vehículos están movidos por energía que proviene de una estación central de fuerza motriz que emana de tres frecuencias. En el tablero de mando de cada vehículo hay un cuadrante que le permite al operador escoger la frecuencia que desea. Una es para usar en las avenidas que se extienden de la muralla exterior hasta el centro de la ciudad; otra es para las avenidas transversales, y la otra, para todo el tránsito fuera de la ciudad. Las dos primeras son encendidas y apagadas alternativamente, y cuando se enciende una de ellas, todo el tránsito que se mueve en la dirección opuesta se detiene automáticamente en las intersecciones.

—¿Pero por qué no se detiene al mismo tiempo todo el tránsito en las intersecciones?—le pregunté.

—Eso lo regula la tercera frecuencia, que no deja de operar ni un solo instante—me explicó—. Cien pies antes de que cualquier vehículo llegue a una intersección, una corriente fotoeléctrica mueve la aguja del cuadrante del tablero de mando para sintonizar la frecuencia correspondiente a ese carril.

Nalte se hallaba emocionada con todo lo que veía. Era una joven montañesa de un pequeño reino, y Havatoo era la primera gran ciudad que veía.

—Es maravilloso—dijo—. ¡Y qué hermosa es toda la gente!

Yo ya había notado aquello antes. Tanto los hombres como las mujeres que pasaban en los autos eran de una perfección extraordinaria de forma y de facciones.

Avanzamos por Ambad Lat, la avenida de los Psicólogos, y llegamos directamente a un centro cívico semicircular que se hallaba en la parte de la ciudad próxima a la ribera, y de ese punto, como si fueran los rayos de una rueda que irradiaban del cubo a la pina, partían todas las avenidas en dirección a la muralla exterior.

En el centro cívico se elevaban edificios magníficos rodeados de hermosos parques, y Ero Shan nos guió hasta un espléndido palacio. En los parques había mucha gente que salía o entraba a los edificios. Ninguna de aquellas personas estaba de prisa, ni había bulla, ni confusión; pero tampoco podía decirse que hubiese vagancia o haraganería. Todo daba la impresión de eficacia sosegada. Las voces de los que conversaban eran agradables y bien moduladas. Al igual que toda la gente que había visto en los distintos rumbos de la ciudad, los hombres y mujeres que veía en aquel lugar eran hermosos y muy bien formados.

Ero Shan nos guió hasta una entrada que daba acceso a un ancho corredor. Varios de los hombres que se cruzaron con nosotros saludaron amablemente a nuestro compañero, y todos nos miraban con manifiesto interés amigable, pero sin descortesía.

—Gente hermosa en una ciudad hermosa—dijo Nalte.

Ero Shan volvió el rostro hacia ella. y sonrió.

—Me agrada que tanto nosotros como Havatoo te gustemos—le dijo—. Espero que nada te haga cambiar de opinión después.

—¿Crees que algo pueda hacerme cambiar de opinión?

—le preguntó Nalte.

Ero Shan se encogió de hombros, y le replicó:

—Eso depende de ti, o más bien, de tus antepasados.

—No comprendo—le dijo Nalte.

—No tardarás en comprenderlo.

Luego se detuvo ante una puerta, la abrió y nos rogó que pasásemos. Entramos en una pequeña antecámara en la que se hallaban ocupados varios empleados.

—Por favor, infórmale a Korgan Kantum Mohar que deseo verlo—le dijo Ero Shan a uno de los empleados.

El recepcionista oprimió uno de los varios botones que había en su escritorio y dijo:

—Korgan Sentar Ero Shan desea verle.

Una voz que pareció surgir de la parte superior del escritorio, contestó:

—Hágalo pasar.

—Acompáñenme—nos dijo Ero Shan, y nos guió hasta una puerta de la antecámara.

Nos abrió otro empleado y, al entrar a la habitación, vimos a un hombre sentado tras un escritorio. El hombre levantó la vista y nos miró con el mismo interés amigable manifestado por la gente con la que nos habíamos cruzado en el parque y en el corredor.

Mientras Ero Shan nos presentaba a Korgan Kantum, Mohar, éste se puso en pie y correspondió a la presentación con una reverencia. Luego nos invitó a tomar asiento.

—Ustedes son forasteros en Havatoo—observó—. Pocas veces se abren las puertas de la ciudad para dar paso a forasteros.

Después de decir esas palabras se volvió hacia Ero Shan, y le preguntó:

—Explícame cómo es que se hallan aquí.

Ero Shan le relató que había presenciado mi encuentro con los tres hombres de Kormor.

—Era de sentirse que un hombre como este fuese arrastrado hasta las cataratas—continuó—, y pensé que bien valía la pena traerlo a Havatoo para que lo examinaran. Por lo tanto, lo he traído inmediatamente a tu presencia con la esperanza de que estés de acuerdo conmigo.

—No veo ningún mal en ello —admitió Mohar—. El consejo de examinadores está en sesión en estos momentos. Lleva a los forasteros allí. Yo le avisaré al consejo que he autorizado el examen.

—¿En qué consiste el examen y qué propósito tiene? —pregunté.

—Tal vez nosotros no queramos ser examinados —dijo Nalte.

Korgan Kantum Mohar sonrió, y nos dijo:

—Eso no les corresponde decidirlo a ustedes.

—¿Quiere decir que somos sus prisioneros?

—Digamos mejor que son nuestros huéspedes por órdenes superiores.

—¿No tendría inconveniente en decirme cuál es el propósito de ese examen?—le pregunté.

—No, ninguno. Es para determinar si se les permitirá vivir aquí o no.

XIV - HAVATOO

Todos fueron muy corteses y amables con nosotros, muy profesionales y eficientes. Primero nos bañaron; luego nos hicieron análisis de sangre, nos examinaron el corazón,

nos tomaron la presión arterial y comprobaron nuestros reflejos. Después nos llevaron a un gran salón donde se hallaban cinco hombres sentados detrás de una larga mesa.

Ero Shan nos acompañó durante todo el examen. Al igual que los demás, se mostró cortés y amigable en todo momento. También alentó nuestras esperanzas de que pasaríamos satisfactoriamente el examen. Pero yo seguí sin comprender para qué era todo aquello. Y se lo pregunté a Ero Shan.

—Tu compañera hizo una observación acerca de la belleza de Havatoo y de sus habitantes—me contestó—, y este examen es la explicación de la existencia de tal belleza, así como de muchas otras cosas que hay aquí y que ustedes todavía no conocen.

Los cinco hombres que se hallaban sentados detrás de la mesa eran tan amables como cualquiera de los demás que habíamos visto antes. Nos interrogaron apresuradamente durante toda una hora, y luego nos pidieron que nos retirásemos. Por las preguntas que cada uno de ellos nos formuló deduje que habíamos sido interrogados por un químico, un psicólogo, un físico y un militar.

—Korgan Sentar Ero Shan—dijo el que parecía presidir el consejo—, tú te encargarás del cuidado de este hombre hasta que se anuncie el resultado del examen. Hara Es, mientras tanto, se hará cargo de la joven.

Y al decir esas últimas palabras señaló a una mujer que había entrado en la sala junto con nosotros, y que se hallaba parada cerca de Nalte. Mi joven compañera se me acercó, y me dijo en voz queda:

—Oh, Carson, van a separarnos.

Me volví hacia Ero Shan para protestar, pero éste con una seña me indicó que permaneciese callado.

—Tendrán que obedecer —me dijo—, pero no creo que tengan por qué inquietarse.

Luego Nalte salió acompañada de Hara Es, y Ero Shan me guió hasta la puerta principal. Un auto nos estaba esperando, y ambos subimos a él. El conductor del auto nos llevó a un distrito en el que había unas casas muy hermosas, y poco después detuvo el vehículo frente a una de ellas.

—Esta es mi casa—me dijo mi acompañante—. Serás mi invitado hasta que anuncien el resultado del examen. Espero que tu estancia en mi hogar te sea placentera. No te preocupes, que de nada te servirá. Nalte no corre ningún peligro. La cuidarán bien.

—Al menos me han asignado una bella prisión y un amable carcelero—le dije.

—Por favor, no pienses que eres un prisionero—me rogó Ero Shan—, pues los dos nos sentiremos desdichados, y en Havatoo no se tolera la desdicha.

—No me siento desdichado—le aseguré—, por el contrario, me satisface la experiencia por la que estoy pasando; pero no comprendo de qué se nos acusa a Nalte y a mi para someternos a un juicio en el que nos jugamos la vida.

—No se les juzgará a ustedes, sino a su herencia —me explicó.

—Esa es una respuesta —le dije— que me deja tan desorientado como antes.

Habíamos entrado a la casa mientras conversábamos, y pronto me encontré en un ambiente maravilloso. El buen gusto y el buen juicio habían dirigido, evidentemente, no sólo el diseño de la casa sino también su mobiliario. Desde la entrada se veía un hermoso jardín al fondo de un ancho corredor.

Ero Shan me condujo a un departamento cuya puerta de acceso daba a ese jardín.

—Aquí encontrarás todo lo necesario para tu bienestar y comodidad—me dijo—. Te enviaré a un servidor para que te atienda. Será cortés y eficiente, pero también será responsable de que te presentes de nuevo a los laboratorios centrales cuando éstos lo soliciten.

Ero Shan se sentó en una silla próxima a la ventana, y continuó:

—Y ahora permíteme que trate de responderte más explícitamente tu última pregunta. La ciudad de Havatoo y la gente que la habita son resultado del trabajo de generaciones

de cultura científica. Eramos, originalmente, un pueblo gobernado por jongs que heredaban el título y que varias facciones trataban de dominar para lograr su propio enriquecimiento, sin importarles el bienestar de los demás pobladores. Si teníamos un jong de carácter fuerte, éramos bien gobernados, pero generalmente los políticos influían en las decisiones de los jongs y éstos cometían muchas arbitrariedades. La mitad de la población vivía en la más lamentable pobreza, plagada de vicios y en la más completa inmundicia; y, además, se reproducían como moscas. Las clases altas se abstendían de traer hijos al mundo y, por lo tanto, el número de sus componentes fue menguando notoriamente. La ignorancia y la mediocridad predominaban. Entonces subió al trono un gran jong. Abrogó todas las leyes existentes y desconoció a todas las autoridades, y se investió de poder absoluto. Dos títulos le han sido conferidos desde entonces. Uno en vida y el otro después de muerto. El primero fue Mankar el sanguinario; el segundo, Mankar el sabio. Era un gran guerrero y siempre lo respaldó la clase militar. Con gran crueldad acabó con todos los políticos, y para desempeñar los cargos que éstos ocupaban nombró a los hombres más inteligentes de Havatoo, que eran los físicos, los biólogos, los químicos y los psicólogos. Alentó a que tuvieran hijos a las personas que aquellos científicos consideraban propias para engendrarlos, y les prohibió la procreación a todas las demás. Dispuso que todos los hombres y mujeres que tuviesen algún defecto físico, mental o moral fuesen incapacitados para tener descendencia, y a ningún niño deforme se le permitió vivir. Luego creó una nueva forma de gobierno, un gobierno sin leyes y sin rey. Abdicó el trono y entregó los destinos de Havatoo a cinco sabios que sólo guían y juzgan. De estos cinco hombres uno es un sentar (biólogo), otro un ambad (psicólogo), otro un kalto (químico), otro más un kantum (físico), y por último, otro de ellos es un korgan (militar). Al consejo formado por estos cinco hombres se le llama sanjong (literalmente, cinco reyes), y la idoneidad de sus integrantes se determina por medio de exámenes semejantes a los mismos a que ustedes fueron sometidos. Esos exámenes se realizan cada dos años. Cualquier ciudadano puede solicitar la prueba, y cualquier ciudadano puede llegar a formar parte del sanjong. Es el más alto honor al que puede aspirar un habitante de Havatoo, y solamente puede lograrlo a base de verdaderos méritos.

—Y esos hombres dictan las leyes y administran justicia —observé.

Ero Shan movió la cabeza de un lado a otro, y me replicó .

—No hay leyes en Havatoo. A través de las muchas generaciones que se han sucedido desde la época de Mankar, hemos desarrollado una raza de gente racional que sabe distinguir entre el bien y el mal, y para la que las reglas no son necesarias. El sanjong solamente guía.

—¿No tienen ninguna dificultad para encontrar a los hombres apropiados para constituir el sanjong?—le pregunté entonces.

—Ninguna. Hay miles de hombres en Havatoo capaces de servir honorable y juiciosamente. Existe una tendencia natural a preparar sanjongs en cinco de las seis clases en que está dividida la población de Havatoo. Cuando conozcas mejor la ciudad, te darás cuenta de que el área semicircular que se encuentra frente a los laboratorios centrales, se divide en cinco secciones. La sección próxima al río y anterior a los laboratorios, se llama Kantum. Allí residen los físicos. No hay distinción de castas entre los físicos y las otras cinco clases, pero debido a que los primeros viven en el mismo distrito y a que tienen los mismos intereses, tienden más a relacionarse entre sí que con los miembros de las demás clases. El resultado de lo anterior es que casi siempre se desposan entre sí los de la misma clase, las leyes de la herencia se encargan de realizar el resto, y la casta de los físicos en Havatoo constantemente está mejorando. El distrito siguiente es Kalto, y allí viven los químicos. El distrito del centro es Korgan, en el que yo vivo, y está reservado para la clase militar o de los guerreros. Después sigue Ambad, la sección donde viven los psicólogos; y por último, Sentar, reservado para los biólogos, que

queda en la parte colindante con el río. Havatoo tiene la forma de una mitad de rueda de carreta, y los laboratorios centrales se levantan en el lugar que ocuparía el cubo de la rueda. Las principales secciones de la ciudad están limitadas, en un lado, por semicírculos concéntricos. Dentro del primero está el centro cívico en donde se hallan situados los laboratorios centrales. A esa parte la he llamado el cubo de la rueda. Entre esa zona y el siguiente semicírculo se hallan los cinco subdistritos que acabo de describir. Entre ese lugar y el tercer semicírculo se encuentra el distrito más grande, que se llama Yorgan; allí vive la gente corriente. Y en la cuarta sección, que se extiende en una franja delgada a lo largo de la muralla exterior, se hallan las tiendas, los mercados y las fábricas.

—Todo lo que me cuenta es muy interesante —le dije—, pero lo que me parece sorprendente es que la ciudad sea gobernada sin leyes.

—Sin leyes hechas por el hombre. —me corrigió Ero Shan—. Nos gobernamos de acuerdo con las leyes naturales, que son conocidas por todos los hombres inteligentes. Claro que de vez en cuando algún ciudadano comete algún acto que perjudica a otro, o que altera la paz que reina en la ciudad, pues los genes del vicio y de las características de la falta de conformidad no han sido erradicados de las células embrionarias de todos los habitantes de Havatoo. Si alguno comete algún acto que dañe a alguien o trastorne el bienestar de la comunidad, es juzgado por una corte cuyo funcionamiento no se ve estorbado por tecnicismos legales ni por trámites judiciales, y que emite su fallo final e inapelable, después de tomar en consideración todos los hechos relativos al caso, así como también la herencia del acusado.

—Me parece demasiado drástico castigar a un hombre por los actos de sus antepasados —observé.

—Permiteme recordarte que nosotros no castigamos —me explicó Ero Shan—, sólo tratamos de mejorar la raza con el objeto de que todos alcancen un mayor grado de felicidad y satisfacción.

—Entonces, como en Havatoo no hay mala gente, debe de ser un lugar ideal para vivir—le dije.

—Oh, si hay algunas personas malas—me replicó Ero Shan—, pues en todos nosotros hay genes con maldad; pero somos de una raza muy inteligente, y mientras más inteligente es el hombre, más capaz es de dominar sus malos impulsos. A veces entran forasteros a Havatoo, hombres malos que viven en la ciudad que se encuentra al otro lado del río. Hasta ahora no sabemos cómo entran, es un misterio, pero sabemos que en ciertas ocasiones entran y raptan a algún hombre o a alguna mujer. A veces los capturamos y entonces los destruimos. Es muy raro que nuestra gente cometa crímenes, sobre todo crímenes pasionales; pero de vez en cuando alguien comete algún crimen premeditado. Estos individuos son una amenaza para la raza y no se les permite seguir viviendo, para que no les transmitan a las futuras generaciones sus rasgos de carácter, ni ejerzan mala influencia en el presente debido a su ejemplo.

Cuando Ero Shan terminó de hablar, un hombre sumamente fornido apareció en el umbral de la puerta de la habitación.

—¿Tú me mandaste llamar, Korgan Senhr Ero Shan?

—Adelante, Herlak—le dijo Ero Shan. Luego, volviéndose hacia mí, me explico—: Herlak estará a tu servicio, y al mismo tiempo será tu guardián hasta que anuncien el resultado del examen. Confío en que será un eficiente servidor y un compañero afable. Herlak —continuó, dirigiéndose a mi guardián—, este hombre es forastero en Havatoo. Acaba de ser examinado por el consejo. Serás responsable de él hasta que el sanjong dé a conocer su decisión. Se llama Carson Napier.

—Comprendo—dijo el hombre haciendo una ligera inclinación de cabeza.

—Ambos cenarán conmigo dentro de una hora —nos dijo Ero Shan al retirarse.

—Si quieres descansar antes de cenar—me dijo Herlak—, puedes acostarte en el diván que está en la habitación contigua.

Entré en la habitación y me acosté. Herlak entró también y se sentó en una silla, a cierta distancia del diván. Era evidente que no me dejaría solo ni un instante. Yo me encontraba cansado, pero no tenía sueño, así que comencé a conversar con él.

—¿Trabajas en casa de Ero Shan?—le pregunté.

—Soy soldado del regimiento que está bajo su mando —me explicó.

—¿Eres oficial?

—No, soldado raso.

—Pero Ero Shan dijo que cenarías con él. En mi mundo los oficiales no se relacionan socialmente con los soldados rasos .

Herlok rió unos instantes, y me dijo:

—Condiciones sociales semejantes prevalecían en Havatoo hace siglos, pero eso no existe ahora. No hay distinciones sociales. Somos demasiado inteligentes, demasiado cultos y seguros de nosotros mismos; no necesitamos de esos convencionalismos para determinar nuestra importancia. No se le da tanta importancia a que un hombre limpie las calles o sea miembro del sanjong, como a la forma en que realiza los deberes que le son impuestos por una posición, y a su moralidad cívica y a su cultura. En una ciudad habitada sólo por hombres inteligentes y cultos, éstos deben ser más o menos sociales, y ningún oficial puede perder autoridad relacionándose socialmente con sus soldados.

—¿Pero los soldados no se aprovechan de esa familiaridad para obtener ventajas de sus oficiales?—le pregunté.

—¿Por qué habrían de hacerlo?—me dijo Herlak, mirándome sorprendido—. Conocen sus deberes al igual que los oficiales conocen los suyos, y para todo buen ciudadano el cumplimiento de sus obligaciones, y no el evadir ese cumplimiento, es la finalidad de su vida.

Moví la cabeza de un lado a otro al pensar el enredo que los terrícolas habían hecho del gobierno y de la civilización por no aplicar al desarrollo de la humanidad las simples reglas que empleaban para mejorar las razas de perros, vacas y cerdos.

—¿Y pueden contraer matrimonio un hombre y una mujer de distinta casta?—le pregunté.

—Claro que sí —me contestó Herlak—. Así es como mantenemos el alto nivel moral y mental de la gente. De no ser así, las facultades de los yorgans se deteriorarían, y, al mismo tiempo, las otras clases se diferenciarían tanto las unas de las otras que con el tiempo ya no tendrían nada en común y no habría ninguna base para la mutua comprensión y el respeto.

Durante la hora que transcurrió mientras esperábamos que nos llamasen para ir a comer, aquel soldado de Havatoo habló acerca de las ciencias y las artes con mucha mayor comprensión y sensibilidad de la que yo poseía. Le pregunté si había recibido educación especial, y me contestó que no, que todos los hombres y mujeres de Havatoo recibían el mismo grado de educación después de que eran sometidos a una serie de complicados exámenes que determinaban el oficio que correspondía mejor a su vocación y en el que serían más felices.

—¿Pero cómo encuentran gente para que se dedique a limpiar las calles?—le pregunté.

—Hablas como si esa vocación fuera reprochable —me reconvino.

—Pero es un trabajo que a muchos les parece desagradable—argüí.

—Ningún trabajo útil y necesario es desagradable para el hombre apto para ejecutarlo. Claro que la gente sumamente inteligente prefiere el trabajo creativo y, por lo tanto, esos trabajos necesarios pero más o menos mecánicos que, dicho sea de paso, en Havatoo son realizados por aparatos automáticos, nunca resultan la vocación definitiva de ningún hombre. Cualquiera puede realizarlos, por lo que cada quien, a su vez, los desempeña; es decir, cada uno de los integrantes de la clase de los yorgans. Esa es su contribución al bienestar público, un impuesto pagado con una tarea útil.

En eso, una joven llegó para avisarnos que fuésemos a cenar. Era una joven muy hermosa vestida con una especie de sarong de magnífica tela, y que lucía unos adornos muy bellos.

—¿Pertenece a la familia de Ero Shan? —le pregunté a Herlak, después de que la mensajera se retiró.

—No, es una empleada de la casa—me respondió Herlak—. Korgan Sentar Ero Shan no tiene familia.

Ya había yo oído antes que le antepusieran al nombre de Ero Shan aquel título de Korgan Sentar, y no comprendía su significación. Esas dos palabras, traducidas, quieren decir guerrero biólogo, pero aquello para mi no tenía sentido como título. Y cuando cruzábamos el jardín para ir a cenar, le pregunté a Herlak acerca de su significado.

—Es un título que expresa que es a la vez guerrero y biólogo; ha pasado los exámenes necesarios para ser admitido en ambas clases. Como es miembro de una de las otras cuatro clases y también un korgan, resulta un oficial merecedor del título. A los soldados rasos nos gusta estar bajo el mando de un hombre talentoso, y créeme, se necesita mucho talento para pasar los exámenes necesarios para pertenecer a las clases científicas, pues el aspirante tiene que pasar también de manera bastante satisfactoria las pruebas correspondientes a las otras tres clases a las que no solicita su entrada.

Herlak me guió hasta un amplio apartamento en el que vi a Ero Shan, a tres hombres más y a seis mujeres, que conversaban y reían. Cuando entramos, la conversación se interrumpió por unos breves instantes, y todas las miradas se dirigieron con interés hacia mí. Ero Shan se adelantó para recibirme y presentarme a los comensales.

Yo hubiese disfrutado de aquel festín en el que menudearon los platillos exquisitos acompañados de una brillante y amena conversación, y en el que los demás convidados me abrumaron con sus atenciones, de no haber sido porque no podía apartar de mi mente la sospecha de que aquella amabilidad debía de ser producto de la compasión que les inspiraba, pues suponía que, al igual que yo, dudaban de que pudiese pasar la prueba de la herencia.

Ellos sabían tan bien como yo que el espectro de la muerte rondaba cerca de mí. Pensé en Duare y confié en que se hallara a salvo en aquellos momentos.

XV - EL JUICIO

Aquella noche Herlak durmió en un diván que se hallaba cerca de mí. Yo, al dirigirme a él, lo llamé con el sobrenombre de «el guardián de la muerte», y él fue lo bastante correcto para aparentar que mi broma lo divertía.

A la mañana siguiente, Ero Shan, Herlak y yo nos desayunamos juntos. Nos atendió la joven que la noche anterior había ido a llamarnos para que fuésemos a cenar. Estaba tan esplendorosamente hermosa que me parecía que era yo el que debía servirla. Era muy joven, pero eso no significaba nada, pues casi toda la gente que había visto en Havatoo gozaba de la misma apariencia de juventud.

Claro que aquello no me sorprendía, dado que sabía de la existencia del suero de la longevidad que habían descubierto los sabios de Amtor, suero que a mi también me habían inyectado para prevenirme de la vejez. Sin embargo, se lo mencioné casualmente a Ero Shan.

—Sí—me dijo—, podríamos ser inmortales si el sanjong lo decretara; al menos nunca moriríamos de ninguna enfermedad o de vejez, pero no lo ha decretado así. Nuestro suero inmuniza durante doscientos o trescientos años, según sea la constitución del individuo, y sobreviene rápidamente la muerte cuando deja de ser efectivo. Por lo general le ponemos fin a nuestra existencia cuando notamos que el fin de nuestra vida se halla próximo.

—¿Pero por qué, ya que podrían hacerlo, no viven para siempre?

—Si no muriésemos nunca, el número de niños que podría permitirse engendrar sería demasiado reducido para que la raza mejorase de modo considerable, y por lo tanto, hemos renunciado a la inmortalidad en beneficio de las futuras generaciones y de todo Amtor.

Cuando estábamos terminando de desayunarnos, le avisaron a Ero Shan que debía llevarme inmediatamente ante los miembros del consejo encargado de los exámenes. Poco después, en compañía de Herlak, subimos al auto de Ero Shan y recorrimos el Korgan Lat, o avenida de los Guerreros, para dirigirnos a los laboratorios centrales que se hallaban situados en el centro cívico de Havatoo.

Ero Shan y Herlak permanecieron sumamente serios y callados durante el trayecto, e imaginé que ambos presentían que sobrevendría lo peor. No puedo decir que yo estuviese muy satisfecho, pero la inquietud que sentía no era motivada tanto por lo que pudiese ocurrirme, sino por pensar en Duare, en Duare y en Nalte.

Al detenernos frente al edificio en el que el día anterior me habían examinado, vi que las majestuosas construcciones del gobierno, el Sera Tartum o los laboratorios centrales, como ellos los llamaban, se destacaban bellamente en medio del Mankar Pol, el parque que llevaba aquel nombre en honor del último jong de Havatoo.

No tuvimos que esperar mucho después de entrar al edificio, pues casi inmediatamente nos condujeron ante los cinco miembros del consejo encargado de realizar los exámenes. Sus graves rostros presagiaban malas noticias, y me preparé para escuchar lo peor. Aunque no podía dejar de pensar en la manera de escapar, algo me decía que aquella gente hacía tan bien todas las cosas y eran tan eficientes, que no sería posible evitar la suerte que me hubiesen reservado.

Kantum Shogan, el presidente del consejo, me invitó a tomar asiento, y me senté frente a los solemnes cinco consejeros. Ero Shan se sentó a mi derecha, y Herlak a mi izquierda.

—Carson Napier—comenzó a decir Kantum Shogan—, tu examen demuestra que no estás exento de méritos. Físicamente estás cerca de esa perfección hacia la que nuestra raza constantemente lucha por alcanzar; intelectualmente eres sagaz, pero no has sido instruido apropiadamente, no tienes cultura. Aunque eso podría remediarse, siento decirte que padeces de defectos psicológicos que si se transmitiesen a tu progenie, o contaminasen a otras personas que se relacionasen contigo, causarían un daño incalculable a las futuras generaciones. Eres una infortunada víctima de represiones heredadas, de complejos, de temores. Hasta cierto punto has logrado superar esas características destructivas, pero los cromosomas de tus células embrionarias están llenos de esos genes malignos y constituyen un peligro potencial para las generaciones por venir. Por lo tanto, con profundo pesar, tuvimos que llegar a la conclusión de que tu destrucción redundará en beneficio de los intereses de la humanidad.

—¿Puedo preguntarles con qué derecho decretan si debo vivir o morir? —demandé—. No soy ciudadano de Havatoo, yo no vine voluntariamente a esta ciudad, y si...

Kantum Shogan levantó una mano e hizo un ademán para imponerme silencio.

—Repito que sentimos vernos obligados a obrar así —me dijo—, pero no hay nada más que tratar acerca de ese asunto. Tus cualidades no son suficientes para compensar los defectos que has heredado. Es de lamentarse pero, por supuesto, Havatoo no sufrirá daños a causa de eso.

¡Mi muerte estaba decretada! Después de todo lo que había pasado resultaba casi ridículo que yo muriese sin defenderme, tan sólo porque alguno de mis antepasados no había seleccionado inteligentemente a su consorte. ¡Y haber llegado de tan lejos sólo para morir! Ese pensamiento me hizo sonreír.

—¿Por qué sonrías?—me preguntó uno de los miembros del consejo—. ¿Acaso la muerte le parece divertida, o es que cree que podrá escapar?

—Sonrío, a pesar de que tal vez debiese sollozar —le contesté—, al pensar que todo el trabajo, el conocimiento y la energía que fueron precisos para que yo viajase veintiséis millones de millas para llegar aquí, sólo ha servido para que yo muera porque cinco hombres de otro mundo creen que he heredado algunos genes malignos.

—¿Veintiséis millones de millas? —exclamó un miembro del consejo.

—¿Otro mundo? ¿Qué quiere decir? —me preguntó otro.

—Que llegué de otro mundo que se encuentra a veintiséis millones de millas de Amtor —le contesté—. Un mundo mucho más adelantado que el suyo en ciertos aspectos.

Los miembros del consejo se miraron asombrados los unos a los otros.

—Eso confirma la teoría que varios de nosotros hemos sostenido durante mucho tiempo—oí que les dijo uno de ellos a otros.

—Eso es muy interesante y puede ser probable —comentó un tercero.

—¿Dices que Amtor no es el único mundo?—me preguntó Kantum Shogan—. ¿Acaso hay otro?

—Los cielos están llenos de innumerables mundos—le respondí—. Tu mundo y el mío, y cuando menos ocho mundos más, giran alrededor de una gran bola de gases en llamas llamada Sol, y a este sol junto con sus mundos o planetas se le conoce como el sistema solar. En el espacio ilimitado de los cielos hay innumerables soles, muchos de los cuales son centros de otros sistemas planetarios, y ningún hombre sabe cuántos mundos existen.

—¡Espera! —me dijo Kantum Shogan—. Lo que has dicho ya es suficiente para que supongamos que nuestro examen ha sido incorrecto en lo que respecta a que nos creíamos poseedores de todo el saber humano hasta ahora conocido. Parece que tú posees conocimientos tan importantes que pueden compensar tus imperfecciones biológicas. Más tarde volveremos a interrogarte acerca de esa teoría que has expuesto y, mientras tanto, la ejecución de tu sentencia queda aplazada. Nuestra decisión final respecto a tu suerte dependerá del resultado de ese interrogatorio posterior. En bien de la ciencia no se puede desestimar ninguna fuente posible de conocimiento, y si tu teoría es lógica y abre un nuevo campo a la ciencia, se te dejará en libertad para gozar de la vida en Havatoo, y también se te concederán honores.

A pesar de que yo había recibido menciones especiales al terminar mis estudios en una universidad de fama, al hallarme ante aquellos superhombres de ciencia comprendí que lo que Kantum Shogan había dicho de mí era verdad. Comparados con ellos, mis estudios habían sido muy pobres y era yo bastante ignorante, y mis diplomas podían considerarse solamente como papeles sin valor. Sin embargo, mi conocimiento era mayor en un campo científico, y al explicarles cómo estaba constituido el sistema solar y trazar los diagramas relativos, me di cuenta del vivo interés con que acogían mis explicaciones y de la prontitud con que las comprendían.

Por primera vez escuchaban la explicación del fenómeno de la transición del día a la noche, de las estaciones y de las mareas. Las nubes que rodean su planeta limitaban su visión y no les habían permitido ver nada en que basar una teoría planetaria, y por lo tanto, no era extraño que la astronomía fuese una ciencia desconocida para ellos, y que no supiesen de la existencia del Sol y las estrellas.

Durante cuatro horas me escucharon y me interrogaron. Luego le dijeron a Ero Shan y a Herlak que me acompañasen a una antecámara y que esperásemos allí hasta que nos llamasen.

No tuvimos que aguardar mucho, pues menos de quince minutos después nos llamaron para comparecer nuevamente ante el consejo.

—Estamos todos de acuerdo —informó Kantum Shogan—de que el beneficio que puedes prestarle a la humanidad compensa ampliamente el peligro que tus defectos heredados representan para la comunidad. Vivirás y gozarás de libertad en Havatoo. Tus deberes consistirán en instruir a otros en esa nueva ciencia a la que le das el nombre de

astronomía, y en aplicarla para el bienestar colectivo. Como por ahora eres el único miembro de tu clase, puedes vivir en la sección de la ciudad que mejor te parezca. Las peticiones de todo lo que requieras para tus necesidades personales y para el buen funcionamiento de tu departamento, se las presentarás al Sera Tartum. Por ahora, dado que eres forastero en Havatoo y que desearás familiarizarte con nuestras costumbres y hábitos, te recomiendo que aceptes las indicaciones de Korgan Ero Shan a ese respecto.

Kantum Shogan calló e hizo una señal para indicarnos que nos retirásemos.

—¿Antes de partir podría preguntarle qué resolvieron de la joven Nalte?—le pregunté.

—Se le consideró apta para vivir en la sección yorgan de Havatoo—me contestó—. Te haré saber dónde puedes encontrarla después de que se haya resuelto definitivamente acerca de las tareas que debe desempeñar y de que se le haya asignado alojamiento.

Al salir del Sera Tartum en compañía de Ero Shan y de Herlak, dejé escapar un suspiro de alivio. «Nalte está a salvo, y yo también. ¡Ah, si pudiera encontrar a Duare!»

Los días siguientes los pasé conociendo la ciudad y comprando las cosas que necesitaba, de acuerdo con las indicaciones de Ero Shan. Una de las cosas que compré fue un auto. Y para ello me bastó firmar un pagaré.

—¿Pero qué comprobantes tendrán de mis gastos?—le pregunté a mi amigo—. Ni siquiera sé cuánto se me otorgó de crédito.

—¿Y por qué habrían de comprobar lo que gastas? —me preguntó.

—Pues porque podría ser un pícaro y comprar cosas que no necesito, para revender.

Ero Shan rió al oír mi razonamiento, y me dijo:

—Saben que no harás eso. Si el psicólogo que te examinó no hubiese comprobado que eras un hombre honrado, ni siquiera tus conocimientos de astronomía te habrían salvado; la falta de honradez es un defecto que no se tolera en Havatoo. Cuando Mankar eliminó a los bribones y a los sinvergüenzas casi acabó con esa casta en Havatoo, y nosotros hemos completado su trabajo a través de las muchas generaciones que se han sucedido desde entonces. Todos los ciudadanos de Havatoo son honrados.

A menudo hablaba con Ero Shan acerca de Duare. Yo quería cruzar el río para ir a Kormor y buscarla allí, pero mi amigo me convenció de que eso sería un intento suicida. Y como yo no tenía ninguna razón para suponer que Duare se encontrase en esa ciudad, tuve que olvidar aquella idea.

—Si tuviese un avión—dije—, no me sería difícil inspeccionar Kormor.

—¿Qué es un avión?—me preguntó Ero Shan.

Se lo expliqué y se mostró muy interesado, puesto que en Amtor se desconocía la aviación, al menos en aquellas regiones que yo había visitado.

La idea le llamó tanto la atención a mi compañero que ya casi sólo hablaba de eso. Le expliqué los diversos tipos de aviones que se construían en la Tierra y le describí el cohete en que había cruzado el espacio para llegar a Venus. En la tarde hizo que le dibujara los varios tipos de aviones de que le había hablado, y su interés se volvió obsesivo.

Una mañana, al regresar a la casa que compartía con Ero Shan, hallé un mensaje. Era de uno de los empleados del consejo encargado de los exámenes, y me comunicaba la dirección de la casa donde vivía Nalte.

Después de la cena, como ya conocía bastante bien la ciudad, salí en mi auto a visitar a Nalte. Fui solo, pues Ero Shan tenía otro compromiso.

La casa en que vivía Nalte se hallaba situada en la sección yorgan, en una tranquila calle cercana al Korgan Lat, la Avenida de los Guerreros. En esa casa habitaban mujeres que se encargaban de hacer el aseo de las escuelas preparatorias del Korgan Lat. Una de las mujeres me recibió y me dijo que iría a llamar a Nalte, y luego me condujo hasta un salón en el que se encontraban ocho o diez mujeres. Una de ellas estaba tocando un instrumento musical, y las demás, unas pintaban y las otras tejían o leían.

Cuando entré, dejaron por un momento lo que estaban haciendo y me saludaron amablemente. No había ninguna que no fuera hermosa, y todas eran inteligentes e instruidas. ¡Aquellas eran las fámulas de Havatoo! La selección aplicada a la especie había hecho de los habitantes de Havatoo lo mismo que la cría seleccionada ha hecho con las vacas lecheras ganadoras de premios de la Tierra; tanto unos como otras tienden a la perfección.

Nalte se alegró mucho de verme, y la invité a dar un paseo en el auto, pues quería hablar con ella a solas.

—Estoy muy contento de que hayas pasado el examen —le dije cuando nos dirigíamos al Korgan Lat.

Nalte, al oír aquello, rió divertida.

—Por poco me reprueban—me dijo—. ¡No sé qué dirían en Andoo si supiesen que en Havatoo, a mi, la hija de un jong, solo me consideraron apta para fregar suelos!

Nalte volvió a reír alegremente. Era claro que no se sentía herida en su orgullo debido a la tarea que le habían asignado.

—Pero, a pesar de todo —continuó—, en una ciudad poblada por superhombres resulta un gran honor que la consideren a una apta para desempeñar cualquier ocupación. ¿Y tú? Estoy muy orgullosa de ti, Carson Napier, pues me dijeron que te otorgaron un alto rango entre ellos.

Entonces fui yo quien rió, regocijado.

—No pasé el examen —admiti—. Si no hubiese sido por el conocimiento que tengo de una ciencia ignorada en Amtor, me hubiesen destruido.

Conduje el auto por el Korgan Lat, pasamos por el gran parque y por la plaza de armas en cuyo centro se levanta el magnifico estadio, y luego nos dirigimos a la Avenida de las Puertas, que describe una gran curva de casi ocho millas de largo y que se halla cerca de la parte de la muralla que da al campo.

En el distrito incluido entre la Avenida de las Puertas y el Yorgan Lat, en una amplia avenida de un tercio de milla de largo están situadas las fábricas y las tiendas, pero los principales almacenes de comercio se hallan en la Avenida de las Puertas. Esta avenida y las tiendas se encontraban profusamente iluminadas; en la calle corrían innumerables vehículos, y las pasarelas que se extendían al nivel del segundo piso de los edificios estaban llenas de transeúntes.

Recorrimos dos veces toda la avenida y gozamos de la hermosa vista que ofrecía; luego nos dirigimos a uno de los estacionamientos de vehículos, para lo que están destinados todos los pisos bajos de los edificios de las principales vías de comunicación, y después de dejar el auto, una escalera automática nos condujo hasta la pasarela del nivel superior inmediato.

En ese nivel las tiendas tenían vidrieras en las que se exhibían las mercancías, tal como es costumbre en las ciudades de la Tierra, aunque la mayor parte de lo expuesto estaba destinado más para deleitar la vista que para llamar la atención respecto a las mercancías en venta.

Los hombres de ciencia de Havatoo han producido una luz brillante que al mismo tiempo es tenue, y con la que se logran efectos imposibles de obtener con nuestros sistemas de alumbrado relativamente rústicos. Esa luz no parece emanar de ningún punto determinado, produce sombras débiles y no despide calor; se parece a la luz del sol, pero se diferencia de ésta en que las sombras que origina al proyectarse sobre los objetos expuestos a ella, son de diversos tonos de colores.

Después de disfrutar del espectáculo durante más de una hora y de pasear entre la alegre multitud que caminaba por la pasarela, hice unas pequeñas compras en las que incluí un regalo para Nalte. Luego regresamos al auto y lleve a mi compañera a su alojamiento.

El día siguiente lo pasé muy ocupado en la organización de mis clases de astronomía, y resultaron tan numerosas las personas que deseaban inscribirse, que tuve que organizar varias clases grandes; pero como en Havatoo sólo se acostumbra dedicar cuatro horas al día a la realización de cualquier género de trabajo, era evidente que primero tendría yo que encargarme de preparar instructores para poder enseñar aquella nueva ciencia a todos los ciudadanos que se interesasen en aprenderla.

Me sentí sumamente halagado al saber qué personas formaban el primer grupo de alumnos inscritos. No solamente había en el hombres de ciencia y soldados de las cinco primeras clases sociales, sino que también lo integraban todos los miembros del sanjong. El hambre de conocimientos de aquella gente era insaciable.

Poco después del mediodía, después de haber terminado mi trabajo diario, me mandaron avisar que me presentase ante Korgan Kantum Mohar, el guerrero y físico que había dispuesto que nos examinasen a Nalte y a mi el día que Ero Shan nos llevó a la ciudad.

No me imaginaba para qué quería verme. ¿Sería que tenía yo que presentar otro examen? Creo que siempre relacionaré el nombre de Mohar con cualquier examen.

Al entrar a su oficina del Sera Tartum, me recibió con la misma amabilidad que había caracterizado su actitud el día que me dijo que me iban a examinar para decidir si me permitirían vivir, así que su gentileza no resultaba completamente tranquilizadora.

—Aproxímate y siéntate cerca de mí —me dijo—. Aquí tengo algo que me gustaría discutir contigo.

Al tomar asiento junto a él, vi sobre su escritorio los bocetos de los aviones que yo había dibujado para Ero Shan.

—Ero Shan me trajo esto—me dijo señalándome los papeles—y me explicó los dibujos lo mejor que pudo. Estaba muy entusiasmado con ellos, y debo admitir que me contagié parte de su entusiasmo. Me interesa saber más acerca de estas naves que pueden volar como si fueran aves.

Hablé con él durante una hora y le respondí todas las preguntas que me formuló. Le expliqué principalmente los logros prácticos de la aeronáutica: los vuelos de largas distancias, la gran velocidad y los usos que tanto en tiempo de paz como de guerra se le han dado a los aviones.

Korgan Kantum Mohar se mostró muy interesado en todo aquello. Sus preguntas revelaron su talento y su amplia preparación científica. Pero la última pregunta que me hizo fue la de un soldado, la de un hombre de acción.

—¿Podrías construir una de esas naves?—me dijo.

Le contesté que sí, pero que habría que realizar muchos experimentos antes de lograr adaptar sus motores y sus materiales a las exigencias de la construcción de un buen avión.

—Disponemos de doscientos o trescientos años—me dijo sonriendo—y de todos los recursos disponibles de una raza de hombres de ciencia. Podemos producir los materiales que no tengamos; nada es imposible para la ciencia.

XVI - ATAQUE NOCTURNO

Me proporcionaron una fábrica situada al término de Kantum Lat, y cercana a la Puerta de los Físicos. Yo escogí aquel lugar porque frente a esa puerta había una explanada que podía servir de excelente pista de vuelo, y también porque al terminar de armar mi avión, lo podría sacar de la ciudad fácilmente sin causar problemas de tránsito.

Dividí el tiempo de que disponía en dos, de acuerdo con la sugerencia del sanjong, cuyos cinco miembros se habían interesado mucho, tanto en aquella nueva empresa de aeronáutica como en la nueva ciencia de la astronomía.

Todo mi tiempo estaba ocupado y yo trabajaba mucho más de las acostumbradas cuatro horas por día. Pero gozaba con mi trabajo, en especial con la construcción del avión, y cada vez mi fantasía aumentaba y en mis ensueños me veía explorando Venus en mi propia nave.

Los habitantes de Havatoo le dan mucha importancia a las necesidades de descansar y de divertirse, y Ero Shan constantemente se empeñaba en apartarme de mi mesa de dibujo, o de que yo diera por terminadas las conferencias que sostenía con mis ayudantes, para llevarme a diversos lugares de distracción.

Había teatros, exposiciones de arte, conferencias, recitales, conciertos, y en los gimnasios y en el gran estadio, se celebraban diferentes juegos. Muchos de esos juegos eran extremadamente peligrosos y a menudo algunos de los jugadores resultaban gravemente heridos, y otros morían. En el gran estadio, cuando menos una vez al mes, se celebraban luchas de hombres contra bestias, o luchas a muerte de hombre contra hombre. Y una vez al año se celebraba el gran juego de la guerra. Ero Shan, su hermano Gara Lo, Nalte y yo asistimos juntos a ese juego anual. Aquel espectáculo era nuevo para Nalte y para mí, y por lo tanto, no sabíamos en qué consistía.

—Tal vez veamos alguna exhibición de las maravillas científicas que sólo los hombres de Havatoo son capaces de hacer—le dije a ella.

—No tengo ni la menor idea de lo que puede ser —me respondió—. Nadie quiso anticiparme nada acerca del juego. Sólo me dijeron: «Espera a que lo veas. Te causará una emoción como nunca has experimentado en la vida.»

—No creo que el juego dependa del uso de los instrumentos científicos más modernos destinados para la guerra y la estrategia —sugerí.

—Pronto lo sabremos —me replicó Nalte—. Ya casi es hora de que empiece.

El gran estadio, en el que había doscientas mil personas sentadas, estaba lleno completamente. Presentaba una vista maravillosa debido a los trajes y joyas de las mujeres, y a los elegantes atavíos de los hombres, pues en Havatoo se le concede todo su valor al arte y a la belleza. Pero entre todo lo que le daba esplendor al espectáculo no había nada más sorprendente que la divina belleza de la gente.

De pronto la multitud lanzó un grito, era un grito atronador de bienvenida.

—¡Allá vienen! ¡Los guerreros!

Doscientos hombres habían aparecido en la pista. Cien hombres cubiertos solamente con taparrabos blancos habían hecho acto de presencia en un extremo de la gran pista; y, en el otro extremo, cien hombres más cubiertos con taparrabos rojos habían salido al mismo tiempo que los primeros.

Todos ellos portaban escudos y estaban armados de espadas. Durante un momento permanecieron inmóviles, esperando. Dos pequeños carros entraron a la pista. En cada carro, además del conductor, había una joven.

Uno de los carros era rojo, y el otro era blanco. El carro rojo se unió al contingente de hombres con taparrabos rojos, y el carro blanco al contingente de hombres que se hallaban en el extremo opuesto de la pista.

Después de quedar formados, los dos bandos dieron una vuelta alrededor de la pista. La gente, al verlos pasar frente a las gradas, los vitoreaba y aplaudía, y cuando los guerreros terminaron de dar la vuelta, volvieron a ocupar sus lugares correspondientes.

De pronto sonó una trompeta, y los rojos y los blancos se aproximaron unos a otros. Habían cambiado de formación. Habían constituido grupos de avanzada y de retaguardia, y también varios guerreros se hallaban a los flancos de cada contingente. Los carros permanecieron en la retaguardia, delante de los grupos que ocupaban esa posición. En los estribos de ambos carros había varios guerreros.

—Dinos más o menos en qué consiste el juego —le supliqué a Ero Shan—, para que lo entendamos y disfrutemos más de él.

—Es algo muy sencillo —me respondió—. Contenderán durante quince vir —tiempo equivalente a sesenta minutos—, y el bando ganador es el que logre capturar a la reina del bando contrario.

Yo no sé qué esperaba ver, pero puedo asegurar que no era ni remotamente lo que presencié a continuación. Los rojos formaron una cuña cuyo vértice apuntaba en dirección a los blancos. y atacaron.

En la trifulca que se armó vi que murieron tres hombres y que quedaron heridos doce, pero los blancos no perdieron a su reina.

Cuando alguna reina se hallaba en peligro de ser capturada por los guerreros del bando contrario, su carro daba media vuelta y huía; entonces la retaguardia se adelantaba para rechazar al enemigo. Lo enconado del combate se sucedía de un lugar a otro de la pista. A veces parecía que los blancos estaban a punto de capturar a la reina roja, pero pasados unos momentos era su reina la que entonces se encontraba ya en peligro. Muchos duelos individuales se realizaban, en los que podía admirarse la maravillosa destreza de los espadachines.

Pero el espectáculo en conjunto desarmonizaba tanto con todo lo que hasta entonces había yo visto en Havatoo, que no lograba explicarme la razón de aquello. Ante mis ojos el más alto tipo de civilización y cultura que el hombre hubiese podido imaginarse, retornaba de pronto al barbarismo. Era algo inexplicable, y lo más extraño de todo era el gozo salvaje con que la concurrencia contemplaba el encuentro mortal de los dos bandos de guerreros.

Debo reconocer que aquel espectáculo me pareció sumamente emocionante, pero me alegré cuando hubo concluido. Sólo capturaron a una reina durante todo el juego. En los últimos momentos la reina blanca cayó en manos de sus enemigos, después de que todos sus defensores quedaron fuera de combate.

No salió ileso ni uno solo de los doscientos hombres que tomaron parte en el juego; cincuenta fueron heridos en la pista, y luego supe que diez de éstos habían muerto después a resultas de sus heridas.

Cuando nos dirigíamos de regreso a la casa, le pregunté a Ero Shan cómo era posible que tolerasen una exhibición tan salvaje y brutal, y le manifesté mi sorpresa ante el gozo que los cultos y refinados habitantes de Havatoo habían demostrado sentir al contemplar aquello.

—Tenemos pocas guerras —me replicó—. Durante siglos la guerra ha sido el estado natural del hombre. En ella expresó su espíritu de aventura, que también es parte de su herencia. Nuestros psicólogos descubrieron que el hombre debe tener algún escape para esa necesidad ancestral. Si no se le brindase ese escape por medio de guerras o de juegos peligrosos, lo buscaría en la comisión de crímenes o de peleas con sus amigos. Lo que has visto es lo mejor que puede hacerse, pues sin eso cualquier hombre se estancaría y moriría de tedio.

Trabajaba con mucho entusiasmo en la construcción de mi avión. éste comenzaba a tomar forma y yo comprendía que en ninguna otra parte del universo podría construirse una nave aérea como en Havatoo. En esa ciudad tenía yo a mi disposición los materiales que sólo los químicos de Havatoo podían producir: maderas, acero y paños sintéticos muy livianos y de una gran resistencia.

También contaba con combustibles especiales para mis motores como el elemento vikro, desconocido en la Tierra, que se halla contenido en la sustancia lor y que resulta de la extinción del lor. Se puede formar una idea aproximada de la cantidad de energía liberada de esa manera, considerando que de una tonelada de carbón se puede obtener por medio de su extinción una cantidad de energía dieciocho mil millones de veces mayor, que por medio de su combustible necesario para mi nave durante todo el tiempo de su existencia, podría caber en el hueco formado por la palma de una de mis manos, y los físicos que me ayudaban habían calculado que la duración de mi nave, teniendo en cuenta los materiales

con que estaba siendo construida, sería de casi cincuenta años. ¡Imagínense con qué ansia anhelaba que aquella nave maravillosa quedase terminada! Con ella estaba seguro de que encontraría a Duare.

¡Por fin la había terminado! Me pasé la última tarde revisándola cuidadosamente, ayudado por mis asistentes. Al día siguiente la llevaríamos hasta la pista para que yo hiciese un vuelo de prueba. Sabía que sería un éxito. Todos mis ayudantes lo sabían también; era una certeza científica el que la nave volaría.

Esa tarde decidí permitirme un rato de descanso y llamé a Nalte por el sistema de comunicación sin hilos, sin transmisor y sin receptor, que es una de las maravillas de Havatoo. Le pregunté si quería salir a cenar conmigo, y ella aceptó con tanta prontitud y satisfacción que me reconfortó el ánimo.

Cenamos en un jardín público que se hallaba en la azotea de un edificio situado en la esquina del Yorgan Lat y el Havatoo Lat, cerca de la muralla que se eleva junto al río.

—Me da mucho gusto verte—me dijo Nalte—. Desde que asistimos a los juegos de guerra no habíamos vuelto a vernos. Creí que me habías olvidado.

—Imposible—le respondí—; pero es que había estado trabajando día y noche en la construcción de mi nave aérea.

—Sí algo acerca de eso—me dijo—, pero ninguna de las personas con quienes hablé parecía comprender lo que hacías. ¿Qué es y para qué servirá?

—Es una nave que vuela más velozmente que cualquier ave —le contesté.

—¿Pero para qué puede servir?—me preguntó.

—Transportará gente de un lugar a otro, rápidamente y sin peligro alguno —le expliqué.

—¡No es posible que la gente viaje en ella! —exclamó.

—¡Claro que sí! ¿Con qué otro propósito la hubiese construido?

—¿Pero qué la mantendrá en el aire? ¿Batirá las alas como un pájaro?

—No; se remontará como un ave con alas fijas.

—¿Y cómo pasará por los bosques donde los árboles crecen muy juntos los unos a los otros?

—Volará sobre los bosques.

—¿Tan alto? ¡Oh, será muy peligroso! —exclamó—. Por favor, no vuelas en eso, Carson.

—No habrá ningún peligro—le aseguré—; será mucho más seguro que afrontar a pie los riesgos del bosque. Ninguna bestia ni ningún salvaje puede hacerle daño a quien viaje en la nave.

—¡Oh! ¡Pero encontrarse más arriba de los árboles! —exclamó Nalte, y se estremeció ligeramente.

—Volaré mucho más alto—le dije—, volaré sobre las montañas.

—Pero no podrás volar nunca por encima de los altísimos árboles de Amtor; de eso estoy segura.

Se refería a los árboles gigantescos que se elevan cinco mil pies más allá de la superficie de Amtor, para absorber la humedad de la capa inferior de nubes que rodean el planeta.

—Si, posiblemente yo vuele hasta por encima de esos árboles—le contesté—, aunque puedo asegurarte que no me atrae mucho la idea de volar a ciegas por entre esos cúmulos de nubes.

—Sentiré mucho miedo cada vez que sepa que estás volando dentro de esa cosa—me dijo Nalte, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No, no sentirás miedo después de que te acostumbres, pues pronto me acompañarás en el avión.

—¡Yo no!

—Podríamos volar hasta Andoo —le dije—. He estado pensando en eso desde que comencé a construir la nave.

—¿Andoo? —exclamó—. ¿Mi hogar? ¡Oh, Carson, si eso se pudiese!

—Es posible, es decir, si podemos localizar dónde se halla situado Andoo. Esa nave nos puede llevar a cualquier parte. Podríamos permanecer en ella durante cincuenta años si se pudiese llevar suficiente agua y comida, y estoy seguro de que no necesitaríamos tanto tiempo para dar con Andoo.

—Me gusta Havatoo—me dijo, pensativa—, pero después de todo, el hogar es siempre el hogar. Quiero ver a mi familia, pero también quisiera regresar a Havatoo; eso es, si...

—¿Si qué?—le pregunté.

—Si es que tú te quedas aquí.

Entendí el brazo por sobre la mesa y le estreché una mano a Nalte.

—Hemos sido muy buenos amigos, ¿verdad, Nalte? Te extrañaría grandemente si supiese que no te volvería a ver nunca.

—Creo que eres el mejor amigo que he tenido—me dijo, y luego me miró por un instante y sonrió. Después comenzó a decir—: ¿Sabes que...

Pero calló súbitamente y bajó la mirada a tiempo que se sonrojaba.

—¿Qué cosa?—le pregunté.

—Bueno, será mejor que te lo diga. Hubo un tiempo en que creí que estaba enamorada de ti.

—Eso me hubiese honrado grandemente, Nalte.

—Traté de ocultarlo porque sabía que amabas a Duare; pero en estos días Ero Shan ha estado yendo a visitarme, y ahora comprendo que no sabía antes lo que era el amor.

—¿Amas a Ero Shan?

—Si.

—Me alegro de saberlo. Es un magnífico amigo, y sé que ambos serán felices.

—Eso podría ser cierto, si no fuese porque hay algo más.

—¿Qué es?

—Que Ero Shan no sabe que lo amo.

—¿Cómo lo sabes? No sé cómo podría evitar amarte. Si yo no hubiese conocido antes a Duare...

—Si me amase, me lo diría—me interrumpió—. A veces creo que se imagina que mi corazón es de otro. Tú y yo llegamos juntos a Havatoo y nos hemos visto con frecuencia desde entonces. Pero, ¿para qué cavilar más sobre eso?; si me amase no podría ocultarlo.

Habíamos terminado de cenar, y sugerí que diésemos un paseo en auto por la ciudad y que después fuésemos a un concierto.

—Caminemos en vez de ir en el auto—me dijo Nalte.

Y al levantarnos de la mesa, exclamó—: ¡Qué hermoso panorama se contempla desde aquí!

A la luz del extraño fulgor de la noche antoriana, el anchuroso río se extendía hasta perderse de vista en ambos extremos de la ciudad, y en la ribera opuesta, la negrura de Kormor sólo parecía ser una mancha más sombría que la oscuridad de la noche. y en la que sólo brillaban unas cuantas débiles lucecillas que contrastaban con el esplendor de las luces de Havatoo que refulgían más abajo de nosotros.

Caminamos por la pasarela que se entendía por Havatoo Lat, hasta llegar a una callecilla lateral que se alejaba del río.

—Demos vuelta aquí—me dijo Nalte—. Quisiera gozar de la quietud que parece haber en esta calle de escasa iluminación; no tengo ganas de andar entre la multitud y el brillo de las luces que hay en Havatoo Lat.

La calle por la que continuamos se hallaba en la sección yorgan de la ciudad; estaba poco alumbrada y no había nadie caminando por la pasarela. Era una calle tranquila y apacible en comparación con las avenidas principales de Havatoo que también eran bastante silenciosas y en las que no se oía nunca ningún estrépito.

Después de habernos alejado cierta distancia de Havatoo Lat, oí que se abría una puerta detrás de nosotros y luego oí ruido de pasos. No le di ninguna importancia a aquello; mejor dicho. antes de que tuviese tiempo de pensar en ello una mano me sujetó violentamente de un hombro, y cuando volví el rostro vi que otro hombre sujetaba a Nalte, le tapaba la boca con una mano y la arrastraba hasta la puerta por la que habían salido los dos hombres.

XVII - LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

Traté de libertarme del hombre que me sujetaba, pero era muy fuerte. Logré dar media vuelta para poderlo golpear, y le di varios golpes en la cara cuando trataba de estrangularme.

Aunque ninguno de los dos habló, debimos de hacer bastante ruido en la tranquila calle, pues pronto asomo alguien la cabeza por la ventana, y poco después, hombres y mujeres salían de sus casas. Pero antes de que llegaran hasta nosotros, yo ya había derribado a mi asaltante y le apretaba el cuello. Lo hubiese estrangulado de no haber sido porque varios hombres me alejaron de él.

Todos los circunstantes se hallaban sorprendidos y disgustados por el escándalo que habíamos hecho en aquella calle de Havatoo, y nos arrestaron sin que quisieran oír lo que trataba de explicarles. Todos me respondían:

—Los jueces te escucharán; nosotros no tenemos por qué juzgarlos.

Como todos los ciudadanos de Havatoo tienen atribuciones policiales y no hay ningún otro servicio de policía, no hubo retraso alguno en la detención como hubiese ocurrido en cualquier ciudad de la Tierra, debido a la espera de la llegada de la policía.

Nos metieron a un gran auto que pertenecía a uno de los ciudadanos y, vigilados por una guardia adecuada, nos llevaron al Sera Tartum.

En Havatoo se hace todo con celeridad. Deben de tener una cárcel, yo supongo que la tienen, pero no perdieron tiempo encerrándonos en ella ni malgastaron el dinero de los contribuyentes en mantenernos durante los días de nuestra reclusión.

Mandaron llamar a cinco hombres, uno de cada una de las cinco clases superiores, y les dieron las atribuciones de jueces, jurado y corte de apelación. Se sentaron en una gran sala que parecía una biblioteca enorme, y doce ayudantes quedaron a sus órdenes.

Uno de los jueces nos preguntó cómo nos llamábamos, y después de decirles nuestros nombres, dos de los ayudantes se dirigieron prestamente hacia los anaqueles y sacaron unos libros que comenzaron a revisar.

Entonces los jueces les dijeron a los que nos habían detenido que explicasen por qué nos habían llevado ante ellos, y mientras escuchaban el relato que aquellos hombres hacían acerca del delito que habíamos cometido de alterar la paz de Havatoo, uno de los ayudantes pareció haber encontrado lo que buscaba y dejó su libro abierto ante los jueces. El otro ayudante todavía continuaba su búsqueda.

Uno de los jueces leyó en voz alta el registro completo de mis datos desde que yo había llegado a Havatoo, sin omitir el resultado del examen que había yo presentado y su triste resultado.

Otro de los jueces me pidió que yo le expusiese mi caso. En pocas palabras le conté el ataque que habíamos sufrido, el rapto de Nalte, y como conclusión, le dije:

—En vez de perder el tiempo juzgándome por haber sido víctima de ese ataque injustificable y por haberme defendido contra mi asaltante, deberían ayudarme a buscar a la joven que fue raptada.

—La paz de Havatoo es más importante que la vida de cualquier individuo —me replicó el juez—. Ese otro asunto será investigado cuando sepamos en quién recae la responsabilidad de esa perturbación del orden público.

Al terminar de hablar el juez, se le acercó el segundo ayudante, y le dijo:

—El nombre del prisionero que dice llamarse Mal Un. No aparece en los registros de Havatoo.

Todas las miradas se dirigieron hacia Mal Un, mi asaltante, y por primera vez pude ver claramente su rostro iluminado por una brillante luz. ¡Le vi los ojos! Inmediatamente recordé lo que antes, cuando peleaba con él, sólo había yo notado de manera subconsciente: lo frío de sus manos y de su cuello. Y aquellos ojos... ¡eran los ojos de un muerto!

Entonces me volvi hacia los jueces, y grité:

—¡Ahora lo comprendo todo! En los primeros días de mi estancia en Havatoo me dijeron que había muy pocos hombres malos en la ciudad, pero que de vez en cuando llegaban de Kormor, sin saberse aún cómo, hombres de esa ciudad que está al otro lado del río, y que raptaban a hombres o a mujeres de Havatoo. Este hombre es de Kormor. No es un ser viviente, sino que es un muerto. ¡Él y su compañero, por órdenes de Skor, vinieron a raptarnos a Nalte y a mí!

Con serena eficiencia, los jueces le hicieron a Mal Un unas cuantas pruebas, breves y sencillas, pero no por eso menos efectivas; luego, sin levantarse de su banca, intercambiaron opiniones en voz baja durante unos pocos minutos. Después de eso, el que parecía ser el que llevaba la palabra en el tribunal, se aclaró la voz y dijo:

—Mal Un, serás decapitado y tu cuerpo será reducido a cenizas. Carson Napier, quedas exonerado de toda culpa y sigues siendo digno de todo respeto. Quedas en libertad, y puedes llevar a cabo la búsqueda de tu compañera, y solicitar ayuda a cualquier ciudadano de Havatoo.

Al abandonar la sala oí la lúgubre risa de Mal Un. Aquella risa siguió resonando en mis oídos mientras caminaba por la calle. ¡El muerto se reía de que lo condenasen a muerte!

Naturalmente que, en aquel apuro, la primera persona en la que pensé fue en Ero Shan, el hombre que me había salvado de los hombres mono. Mi auto se hallaba estacionado donde yo lo había dejado, en la esquina de Yorgan Lat y Havatoo Lat, por lo que tomé un transporte público que me llevó a la casa donde Ero Shan se divertía aquella noche.

No entré a la casa sino que le mandé avisar a mi amigo que necesitaba hablarle urgentemente acerca de un asunto muy importante, y unos momentos después salió de la casa y se me acercó.

—¿A qué se debe que hayas venido aquí, Carson?—me preguntó—. Creí que habías salido a pasear con Nalte.

Ero Shan palideció cuando le conté lo que había ocurrido.

—¡No hay tiempo que perder! —gritó—. ¿Podrías localizar esa casa?

—Sí—le contesté—; creo que no podría olvidar cómo es su puerta.

—Despide el auto en que viniste; iremos en el mío —me dijo.

Poco después nos dirigíamos velozmente hacia el lugar donde habían raptado a Nalte.

—Te compadezco bastante, amigo —me dijo Ero Shan—. ¡El haber perdido a la mujer amada es una tragedia espantosa!

—Si —le repliqué—; creo que aunque hubiese estado enamorado de Nalte no podría estar mas desconsolado.

—¿Cómo? ¿Aunque hubieses estado enamorado de ella? —me preguntó con incredulidad—. Pero, ¿es que acaso no la amas?

—Solamente somos muy buenos amigos—le respondí—. Nalte no me ama.

Ero Shan no dijo nada, y continuó conduciendo el auto en silencio.

Cuando llegamos a nuestro destino detuvo el vehículo junto a la escalera de la pasarela, que se encontraba más próxima a la casa, y un momento después, nos hallábamos frente a la puerta. Llamamos varias veces pero nadie abrió, y entonces yo examiné la puerta y me di cuenta de que no estaba cerrada con llave.

Mi amigo y yo entramos a la oscura casa, y lamenté que no hubiésemos llevado armas; pero los habitantes de Havatoo pocas veces andan armados. Ero Shan localizó el interruptor del alumbrado y, al encender las luces, vimos que la habitación se encontraba completamente desprovista de muebles.

El edificio se elevaba dos pisos más del nivel de la pasarela para los transeúntes y, por supuesto, había un piso que se hallaba al nivel de la calle. Primero revisamos los superiores y luego el tejado, pues en aquella zona de Havatoo casi todas las azoteas sirven de jardines. Pero no encontramos la menor señal de que la casa estuviese habitada. Después revisamos la planta baja sin lograr ningún resultado efectivo. En esa parte de la casa había un espacio libre para el estacionamiento de autos, y, al fondo, había varias bodegas sumamente oscuras.

—Esta casa no está habitada, sólo nosotros nos encontramos en ella —me dijo Ero Shan—. Deben de haberse llevado a Nalte a alguna otra casa. Será necesario hacer una búsqueda, pero solamente con el permiso del Sanjong se puede revisar el hogar de un ciudadano. ¡Vamos! Obtendremos la autorización.

—Anda tú solo—le respondí—, yo me quedaré aquí, pues alguien debe permanecer vigilando este lugar.

—Tienes razón—me contestó—. Espérame, no me tardaré.

Después de que Ero Shan partió, comencé a revisar nuevamente la casa. Entré de nuevo a cada uno de los cuartos en busca de algún lugar secreto en el que se pudiese ocultar a alguna persona.

Revisé, con ese objeto, los pisos superiores, y luego me dirigí a la planta baja. El polvo cubría todo, pero noté que en una de las habitaciones posteriores, en un sitio en que Ero Shan y yo no habíamos caminado, no había polvo. De aquello no me había dado cuenta anteriormente, y me pareció que era algo de mucha importancia.

Examiné cuidadosamente el piso, y vi huellas que conducían hasta una pared. Allí terminaban. Parecía que alguien se había dirigido hasta ese punto de la pared. La examiné. Estaba recubierta con una especie de madera sintética usada en Havatoo, y cuando la golpeé, sonó hueca.

El recubrimiento consistía de entrepaños de tres pies de ancho, y en la parte superior del que estaba yo examinando tenía un pequeño hoyo que media aproximadamente una pulgada de diámetro. Introduje un dedo en aquel hoyo y descubrí lo que me imaginaba: una aldaba. La levanté, y bastó un ligero tirón de mi mano para que el entrepaño se abriese como si fuera una puerta y dejase al descubierto un oscuro pasadizo.

Con los pies tanteé los escalones de una escalera que conducía hacia abajo. Agucé el oído y no oí ningún ruido proveniente de las sombras en que se perdía la escalera. Yo estaba convencido, naturalmente, de que Nalte se la había llevado su secuestrador por aquella escalera;

No podía perder tiempo, y a pesar de que debía esperar que Ero Shan regresase, comencé a bajar por la escalera. Al hacer eso, el entrepaño se cerró detrás de mi, movido por un resorte. Entonces me hallé sumido en una completa oscuridad, y tuve que tantear mi camino. En cualquier momento podía salirme al encuentro y acabar conmigo el secuestrador de Nalte. Puedo asegurarles que el temor que sentía no era nada agradable.

La escalera, que había sido labrada en la piedra caliza que se halla debajo de Havatoo, descendía hasta una gran profundidad. Al terminar los escalones continué avanzando a tientas por un estrecho y oscuro pasadizo. De vez en cuando me detenía para escuchar, pero no oía nada, reinaba un silencio sepulcral.

Después de avanzar cierto trecho por el pasadizo, empecé a sentir húmedas las paredes y que a veces me caía alguna gota de agua en la cabeza. Después, un sonido apagado, como un lejano rugir, invadió el pasadizo como si fuese una vaga y opresiva amenaza.

Continué mi camino a tientas. No podía avanzar rápidamente porque antes de dar cada paso tenía que asegurarme de la firmeza del piso; no podía saber qué era lo que se hallaba más allá de mi.

Así seguí caminando hasta recorrer una larga distancia y al fin, al dar un paso hacia adelante, sentí que mi pie topaba con algo. Al examinar aquello, me di cuenta de que era el primer peldaño de una escalera.

Comencé a subir con mucha precaución y, al llegar al término de la escalera, me enfrente a una pared lisa. Pero por experiencia ya sabía dónde podía encontrar una aldaba, pues estaba seguro de que era una puerta lo que me cerraba el paso.

Mis dedos encontraron lo que buscaban, y la puerta cedió a la presión de mi mano. La empujé lentamente y con precaución hasta que se abrió un poco y me permitió ver lo que había tras de ella.

Vi una parte de un cuarto débilmente iluminado por la luz nocturna de Amtor. Abrí un poco más la puerta. No había nadie en el cuarto. Entré, pero antes de que se cerrase la puerta, localicé la abertura por la que podía levantarse la aldaba por aquel lado.

El cuarto en el que entré estaba muy sucio y lleno de inmundicias, y de él emanaba un repulsivo olor a muerte.

En la pared opuesta había dos ventanas y el vano de una puerta, pero tanto unas como el otro carecían de hojas para cerrarse. Al otro lado de la puerta había un patio cerrado por una puerta del edificio y por un alto muro.

En la planta baja del edificio había tres cuartos que revisé rápidamente, pero sólo hallé en ellos muebles rotos, trapos viejos y basura. Subí al piso superior. Allí había otros tres cuartos en los que encontré más o menos lo mismo que en los de abajo.

Solamente había esas habitaciones en la casa, así que me convencí de que tenía que buscar a Nalte fuera de allí. Esa casa estaba deshabitada.

Desde una ventana del último piso miré el patio. Más allá del muro vi una calle. Era una calle sucia y mal alumbrada. Las casas que se hallaban al otro lado eran de un color parduzco y estaban medio derruidas, pero no tenía yo que mirarlas para saber dónde me encontraba. Desde mucho antes ya había supuesto que me hallaba en Kormor, la ciudad del cruel jong de Morov. El túnel por el que había salido de Havatoo me había llevado por debajo del gran río que se llama Gerlat kum Rov, Río de la Muerte. Ya estaba yo completamente seguro de que los agentes de Skor habían secuestrado a Nalte.

Desde la ventana vi que pasaba uno que otro transeúnte por la calle de frente a la casa. Caminaban con pasos lentos y arrastrando los pies. En algún lugar de aquella ciudad de los muertos se encontraba Nalte, y corría un peligro tan grande que me estremecí tan sólo al pensarlo. ¡Tenía que encontrarla! Pero, ¿cómo?

Bajé al patio y salí a la calle por una reja que había en el muro. Sólo la luz natural de las noches de Amtor iluminaba la calle. No sabía hacia dónde dirigirme pero comprendía que debía continuar caminando para no llamar la atención.

Teniendo en cuenta la manera de ser de Skor, supuse que hallaría a Nalte donde él se encontrase, así que sabía que tenía que encontrar el palacio del jong. Hubiese podido detener a alguno de los transeúntes y preguntarle la dirección del palacio, pero no me atreví a hacerlo puesto que mi ignorancia delataría que era yo un forastero y, por tanto, un enemigo.

Dos hombres avanzaban hacia mi. Al pasar junto a ellos noté su aspecto sombrío y vi que se medio detenían y me miraban con atención. Pero no me hablaron, y me tranquilicé al oír que se alejaban.

Entonces comprendí que con el vistoso atavío que llevaba, sería un hombre que se señalaría en Kormor si, además, caminaba con mi natural paso vivo y mi porte erguido. Por lo tanto, era absolutamente necesario que yo me disfrazase; pero eso resultaba más fácil pensarlo que llevarlo a cabo. Sin embargo, tenía yo que hacerlo, pues no podría empeñarme en buscar y rescatar a Nalte si en cualquier momento me pudiesen identificar y arrestar.

Di media vuelta y me encaminé nuevamente hacia la derruida casa de la que acababa de salir, pues recordé que en ella había visto trapos y ropa usada, y pensé que algo de eso podía servirme para cubrir mi desnudez y reemplazar la magnífica y reducida indumentaria que había comprado en Havatoo.

Unos momentos después volví a salir a la calle vestido con la ropa menos sucia que pude encontrar en la casa. Y como complemento de mi disfraz comencé a caminar arrastrando los pies como si fuese algún muerto salido de su tumba.

De nuevo volví a cruzarme con transeúntes, pero ninguno de ellos me miró con curiosidad, y comprendí que mi disfraz había resultado bueno. Para quienes me viesen en aquella oscura ciudad de los muertos yo no era más que otro cadáver.

En algunas casas se encendieron unas débiles luces, pero no oí ningún ruido, ni risas, ni cantos. En algún sitio de aquella espantosa ciudad se encontraba Nalte. Era bastante aterrador pensar que tan dulce y hermosa joven estuviese respirando aquel aire fétido, pero aún más terrible era el hecho de que su vida corriese un grave peligro.

Si Skor se encontraba en la ciudad podía matarla en un acceso de furia, en venganza de que ella hubiese escapado una vez. Yo guardaba la esperanza de que Skor estuviese en su castillo y de que sus esbirros no le hiciesen daño a Nalte hasta que él regresase a Kormor. Pero, ¿cómo asegurarme de eso?

Sabía que podía ser muy peligroso pedirle informes a cualquiera de los habitantes de aquella ciudad; pero por fin comprendí que esa era la única manera en que podría dar con la casa de Skor rápidamente, y debía apresurarme si es que quería encontrar ilesa a Nalte.

Mientras caminaba a la ventura nada parecía indicar que me estuviese aproximando a una sección mejor, tal como en la que consideraba que debía estar el palacio de un jong. Todas las casas eran bajas y de fea construcción, y también todas estaban desaseadas.

Vi que había un hombre parado en una esquina y, al llegar junto a él, me detuve. El hombre me miró con sus ojos vidriosos.

—Estoy perdido—le dije.

—Todós estamos perdidos—me respondió.

—No encuentro la casa donde vivo.

—Entra a cualquier casa.

—Quiero encontrar mi casa—insistí.

—Pues camina hasta que des con ella. ¿Cómo puedo saber dónde se encuentra si ni siquiera tú lo sabes?

—Está cerca de la casa del jong—le dije.

—Entonces anda cerca de la casa del jong—me sugirió ásperamente.

—¿Y en dónde está? —le pregunté, también con aspereza.

El hombre me señaló la prolongación de la calle por la que había yo estado caminando, y luego me volvió las espaldas y se alejó en la dirección opuesta arrastrando los pies. Entonces me encaminé hacia donde él me había indicado. Quería llegar pronto a mi destino, pero no me atreví a caminar con rapidez por temor a llamar la atención, y avancé arrastrando los pies, sin ánimo, tal como lo hacían los demás transeúntes.

Más adelante debía de encontrarse el palacio de Skor, el jong de Morov, y yo estaba seguro de que allí encontraría a Nalte. Pero, ¿qué podría hacer después de encontrarla?

XVIII - LA SORPRESA

El palacio de Skor era una construcción de piedra gris, de tres pisos, de fealdad semejante a la de su castillo del bosque que se alzaba junto al río, pero no era mucho mayor. Estaba rodeado por una alta muralla, y ante sus pesadas puertas vigilaban una docena de guerreros. Parecía ser un lugar impenetrable.

Pasé delante de las puertas, arrastrando los pies y mirando con el rabillo del ojo. Cualquier intento de entrar parecía inútil. Los guardias debían de estar apostados allí con un propósito, y ese propósito debía de ser evitar que se acercasen los que no tenían nada que tratar en aquel lugar.

¿Qué razón para entrar les podía exponer? ¿Qué razón que ellos aceptasen como válida?

Era evidente que yo debía buscar otra manera de entrar. Si no lo lograba, entonces, como último recurso, podría regresar a la puerta; pero aquello me parecía casi inútil.

Rodeé la alta muralla que circundaba los terrenos en que se encontraba el palacio, pero no hallé ningún sitio adecuado para poder escalarla. Media aproximadamente veinte pies de altura, lo que era demasiado para que yo pudiese saltar y alcanzar su borde superior con las manos.

Al llegar a la parte posterior del palacio, me convencí de que no había manera de escalar la muralla. Había mucha basura y muchos objetos esparcidos por la sucia calle que circundaba la muralla, pero no vi nada que pudiese servirme como escalera.

Al otro lado de la calle había unas casas derruidas, muchas de las cuales parecían estar desocupadas. Solamente en algunas. unas débiles luces indicaban que había gente, mejor dicho. cadáveres vivientes. La puerta de la casa que se encontraba exactamente enfrente de mi estaba pendiente sólo de uno de sus goznes. Aquello me dio una idea, y crucé la calle. No había luces en ninguna de las casas contiguas. y la casa ante la que me detuve parecía estar desocupada. Me acerqué sigilosamente a la puerta y agucé el oído. Ningún ruido provenía de su interior, pero tenía que asegurarme de que no había nadie en ella.

Entré a la casa con suma cautela. Era una construcción de dos pisos. y ambos los revisé. La casa estaba desocupada. Regresé a la puerta y examiné el gozne que aún la sostenía y para mi satisfacción, me di cuenta de que podía desprender la puerta. y eso hice.

Escruté la oscura calle con la mirada. pero no vi a nadie. Cargué la puerta y me dirigí hacia la muralla. Al llegar junto a ésta, apoyé la puerta contra ella y de nuevo volví a escrutar la calle. No había nadie. Con mucha precaución subí por la puerta, y desde lo alto de ésta ya me era posible agarrarme del borde de la muralla. Luego, olvidándome de toda precaución me elevé y salte al patio del palacio. No podía correr el riesgo de quedarme ni siquiera por un instante en lo alto del elevado muro, pues podían verme desde las ventanas del palacio o desde la oscura calle.

Me acordé entonces de los feroces kazares que Skor tenía en su castillo, e hice votos por que no tuviera a ninguna de esas fieras en los patios de su palacio. Pero ningún kazar me atacó, ni nada pareció indicar que alguien se hubiese dado cuenta de mi presencia en aquellos lugares.

Ante mí se destacaba el palacio, oscuro y tétrico aunque en su interior brillaban algunas luces. El piso del patio era de baldosas, y se encontraba tan desprovisto de árboles o plantas como el del castillo del bosque.

Me dirigí rápidamente al castillo y traté de encontrar alguna entrada. Era un edificio de tres pisos, y vi que contaba cuando menos con dos torres. Muchas de las ventanas estaban provistas de barrotes, pero no todas. Detrás de alguna de esas ventanas con barrotes debía de hallarse prisionera Nalte. Lo que yo tenía que hacer era averiguar cuál de aquellas ventanas era la de su celda.

No me atreví a ir hasta el frente del palacio por temor a que me interrogasen los guardias. Poco después descubrí una pequeña puerta; era la única puerta que había en aquel lado del edificio, pero estaba asegurada fuertemente con cerrojos. Continué mi investigación y di con una ventana abierta. Miré por ella y vi un cuarto que estaba a oscuras. Agucé el oído pero no oí ningún ruido; entonces subí silenciosamente a la ventana y salté al interior de la habitación. Al fin me encontraba en el palacio del jong de Morov.

Avance por el cuarto y vi una puerta en el lado opuesto al de la ventana, y cuando abrí aquélla, vi que daba acceso a un pasillo débilmente iluminado, y también oí ruidos provenientes del interior del palacio.

No había nadie en el pasillo cuando entré en él y avancé en dirección al lugar de donde habían provenido los ruidos. Al dar vuelta salí a otro pasillo más ancho y mejor iluminado que el primero, en el que caminaban cadáveres vivientes, tanto en una dirección como en la opuesta.

Yo sabía que me arriesgaba a que me descubriesen y me detuviesen, pero también sabía que aquel era un riesgo al que tarde o temprano tendría que enfrentarme. Daba lo mismo que fuese entonces que en cualquier momento. Me di cuenta de que los cadáveres vivientes estaban pintados de manera que pareciese que tenían vida y estaban saludables; solamente sus ojos y su andar revelaban la verdad. Yo no podía ponerme otros ojos, así que lo que hice fue mantener la mirada baja mientras caminaba por el corredor, arrastrando los pies y avanzando detrás de un hombre que llevaba un gran platón de comida.

Lo seguí hasta que llegó a un salón en el que unos cuarenta hombres y mujeres se hallaban sentados a una gran mesa de banquetes. Pensé que al fin había allí seres humanos con vida, y que eran los gobernantes de Kormor. No parecía ser gente muy alegre, pero eso era comprensible en un lugar como aquel. Los hombres eran apuestos, y las mujeres hermosas. Me hubiese gustado saber qué los había incitado a residir en aquella horrible ciudad de la muerte.

Además de los comensales había un gran número de concurrentes que casi llenaban el salón y sólo les dejaban a los servidores el espacio necesario para pasar alrededor de la mesa. Esta gente estaba pintada con tanto esmero que al principio creí que también gozaba de vida.

Al notar que podía pasar desapercibido entre aquella multitud, me escurrí entre los que se encontraban más atrás y poco a poco fui avanzando hasta llegar detrás de una gran silla semejante a un trono, que se hallaba a la cabecera de la mesa y que supuse era la silla de Skor.

La proximidad con aquellos hombres y mujeres que miraban a los comensales pronto me reveló que, sin duda alguna, era yo el único ser viviente entre ellos, pues ningún maquillaje. a pesar de lo maravilloso que fuese, podía darles expresión a esos ojos, o devolverles el fuego de la vida o la luz del alma. ¡Pobres seres! ¡Cuánto los compadecía!

De pronto se oyó sonar unas trompetas, y todos los comensales se pusieron en pie. Cuatro trompeteros, marchando de dos en dos, entraron en el salón seguidos de ocho guerreros que portaban espléndidos arreos. Tras ellos avanzaban un hombre y una mujer, a los cuales los guerreros y los trompeteros que marchaban adelante los ocultaban parcialmente a mi mirada. Esta pareja era seguida por ocho guerreros más.

Unos instantes después, los guerreros y los trompeteros se separaron para que el hombre y la mujer pasasen por en medio. Entonces pude ver a la pareja, y el corazón me dio un vuelco. Había visto a Skor y... ¡a Duare!

Duare mantenía erguida la cabeza—era difícil abatir aquel orgulloso espíritu—, pero la angustia, la repugnancia y la desazón que se reflejaban en sus ojos, me hirió como si me hubiesen clavado una daga en el corazón. Sin embargo, a pesar de todo aquello, la

esperanza renació dentro de mi al ver sus ojos, pues tenían expresión; y eso me bastaba para saber que Skor todavía no la había convertido en un cadáver viviente.

Se sentaron. Skor a la cabecera de la mesa, y Duare a su derecha, a escasos tres pasos de donde yo me hallaba. ¿Cómo podría rescatarla ya que la había encontrado? Comprendí que no debía hacer nada precipitado. En aquella fortaleza de un enemigo, en la que se enfrentaba a tremendos riesgos, sabía que no debía intentar nada por la fuerza.

Examiné el salón con la mirada. En un lado había ventanas; en el centro del lado contrario había una pequeña puerta; en el extremo más lejano se hallaban las grandes puertas por las que parecía que entraban y salían todos, y, detrás de mi, había otra pequeña puerta.

Yo no tenía ningún plan determinado, pero no estaba de más reparar en todo lo que había observado. Luego vi que Skor golpeó la mesa con el puño. Todos los comensales se pusieron en pie. Skor levantó su copa y los convidados hicieron lo mismo.

—¡A la salud del jong!—exclamó.

—¡A la salud del jong!—repitieron todos los invitados.

—¡Beban! —ordenó Skor, y los huéspedes bebieron.

Entonces Skor les dirigió la palabra. No se trataba de ningún discurso, era un monólogo que todos escuchaban. Skor relataba lo que suponía que era una anécdota divertida. Al terminar, pareció aguardar algo. Pero en el salón sólo imperó un profundo silencio. Entonces Skor gritó con voz estruendosa:

—¡Rían!

Y todos los convidados rieron, y sus carcajadas sonaron huecas y carentes de toda animación. Fue entonces cuando al oír aquella risa, comencé a sospechar algo.

Al terminar Skor su monólogo, reinó otra vez el silencio en el salón hasta que él ordenó:

—¡Aplaudan!

El jong de Morov sonrió e hizo una reverencia para agradecer el aplauso de sus oyentes, como si éste realmente hubiese sido espontáneo y verdadero.

—¡Coman! —ordenó.

Y los huéspedes comieron.

—¡Conversen! —dijo después.

Y los comensales empezaron a conversar.

—¡Alégrese!—gritó Skor—. Este es un día feliz para Morov. ¡Les presento a su futura reina!

El jong señaló a Duare, pero el silencio volvió a imperar en el gran salón.

—¡Aplaudan! —rugió Skor.

Y después de que lo hubieron obedecido, volvió a ordenarles que estuviesen alegres.

—¡Riamos todos! —clamó—. Cada quien reirá a su vez comenzando con el que está a mi izquierda, hasta que la risa haya recorrido todo el derredor de la mesa y llegue a la futura reina; después volverán a empezar.

Comenzó la risa. Y conforme pasaba alrededor de la mesa se oía que subía de volumen y se apagaba. ¡Oh, Dios mío, qué parodia de la alegría era aquello!

Yo había avanzado poco a poco hasta quedar exactamente detrás de la silla de Skor. Si Duare hubiese dirigido la mirada hacia donde me encontraba, seguramente que me habría visto. Pero permaneció mirando fijamente frente a ella. Skor se inclinó hacia la joven, y le preguntó:

—¿No son unos ejemplares magníficos? Creo que pronto lograré la realización de mi sueño. ¿No te das cuenta de qué diferente es toda la gente de Kormor de los despreciables seres que están en mi castillo? Y mira a estos, los convidados que se hallan sentados a la mesa. Hasta sus ojos parecen tener el fulgor de la vida. No tardaré en lograrlo..., pronto podré infundirles vida total a los muertos. ¿Te imaginas entonces la gran nación que puedo crear? Yo seré el jong y tú serás la vadjong.

—No tengo el menor deseo de ser vadjong —le replicó Duare—. Yo sólo quiero mi libertad.

Un cadáver viviente que se hallaba sentado frente a Duare, al otro lado de la mesa, dijo:

—Eso es lo que todos nosotros queremos, pero nunca lo podremos lograr.

En ese momento le llegó el turno para reír, y rió. Era algo absurdo, horrible. Y vi que Duare se estremecía.

Skor quedó lívido y miró con ira al que había hablado.

—Estoy a punto de darles vida—le gritó el jong, furibundo —y no lo aprecian.

—Nosotros no queremos vivir—le replicó el cadáver—; queremos morir. Danos la muerte y el olvido, déjanos regresar a nuestras tumbas y descansar en paz.

Al oír aquellas palabras, Skor tuvo un acceso de ira. Se puso en pie, desenvainó su espada y golpeó al que había hablado. La afilada hoja le abrió al convidado una gran herida en la mejilla. La herida se abrió, pero no brotó sangre de ella. El cadáver viviente lanzó una carcajada.

—No puedes herir a los muertos—le dijo burlonamente a Skor.

El jong de Kormor estaba livido. Trató de hablar pero la rabia ahogó sus palabras, y la espuma que salió de su boca le blanqueó los labios. Parecía un loco. Y de pronto se volvió hacia Duare.

—¡Tú eres la causante de todo esto!—le gritó—. Nunca más vuelvas a decir esas cosas delante de mis súbditos. ¡Tú serás la reina! Yo haré de ti la reina de Morov, una reina con vida, o de lo contrario, te convertiré en un ser semejante a estos. ¡Escoge!

—Mátame —le contestó Duare.

—No morirás, no será verdadera tu muerte sino sólo una imitación de ella como la que ves aquí. Algo que no es ni la vida ni la muerte.

Por fin el espantoso banquete llegó a su término. Skor se puso en pie y le indicó a Duare que lo siguiese. El jong abandonó el salón sin que lo acompañasen los guerreros y sin que los trompeteros anunciaran su partida. En compañía de Duare se dirigió hacia la pequeña puerta que se hallaba al fondo del salón, y conforme avanzaban, los espectadores se apartaban de su camino para abrirles paso.

Al levantarse Skor de la mesa, había dado vuelta tan súbitamente que creí que me había visto; pero si es que llegó a verme no me reconoció, pues no tardó en alejarse de mí, y el peligro pasó. Entonces yo comencé a seguirlo en su camino hacia la puerta. A cada momento esperaba que alguno de los cadáveres vivientes me sujetase de un hombro y me detuviese, pero nadie pareció prestarme atención. No tuve ninguna dificultad para pasar por la pequeña puerta, detrás de Skor y de Duare. Skor había levantado las cortinas que cubrían la puerta y las había dejado tras él sin volverse para mirar a sus súbditos.

Avancé lentamente, sin hacer ruido. El corredor en que nos encontrábamos estaba desierto. Era un corredor de escasa longitud que conducía hasta una pesada puerta. Skor abrió esa puerta y pude ver un cuarto con apariencia de bodega. Era grande y estaba casi lleno de muebles viejos, jarrones, ropa, armas y pinturas. Todo estaba en desorden y cubierto de polvo.

Skor se detuvo un momento en el umbral de la puerta como si contemplase aquel cuarto con orgullo.

—¿Qué te parece?—le preguntó a Duare.

—¿Qué cosa?—le replicó la joven.

—Esta hermosa habitación—le dijo Skor—. En todo Amtor no puede haber otra tan hermosa, ni ninguna colección de objetos de arte tan magnífica como esta. Ahora le agregaré lo más bello de todo..., ¡a ti! Duare, esta será tu habitación, si, será el departamento privado de la reina de Morov.

Entré y cerré la puerta detrás de mí, pues ya había visto que en aquel departamento solamente nos encontrábamos nosotros tres; y me parecía que era un buen momento para entrar en acción.

Al entrar, había tratado de no hacer ruido. Skor estaba armado y yo no, y mi intención era arrojarme sobre él y reducirlo a la impotencia antes de que tuviese tiempo de usar sus armas, pero la cerradura de la puerta sonó al cerrarse y Skor dio media vuelta y se enfrentó a mí.

XIX - PERSEGUIDOS

El jong de Morov me reconoció inmediatamente al verme. Desenvainó su espada a tiempo que reía burlescamente, y convirtió mi acometida en una humillante inmovilidad. No hay quien ataque con la punta de una espada amenazándole sobre el vientre.

—¡Ajá! —exclamó—. ¡Conque eres tú! Bien, bien, es bueno volverte a ver. No esperaba que me honrases con tu visita. Yo creía que la fortuna había sido generosa conmigo enviándome a las dos jóvenes. ¡Y ahora vienes tú! ¡Qué fiesta tan divertida tendremos!

El tono sarcástico de su voz cambió al pronunciar las últimas palabras que parecieron silbar por entre sus dientes, y su rostro adquirió la misma expresión de locura que poco antes le había yo visto. Detrás de mi enemigo, Duare me miraba con los ojos desorbitados por el terror

—¡Oh! ¿Por qué viniste, Carson?—gritó—. Ahora te matará.

—Te diré por qué vino—le dijo Skor—. Vino a buscar a la otra joven, a Nalte; no vino por ti. Hace mucho que estás aquí y él no venía. Esta noche mi gente capturó a Nalte, en Havatoo, y entonces él vino inmediatamente a rescatarla. ¡Qué tonto! Hace tiempo que sabía que ambos se encontraban en Havatoo. Mis espías los habían visto juntos. No sé cómo llegó, pero aquí está y se quedará para siempre.

Skor me pinchó ligeramente en el vientre con la punta de su espada.

—¿Te gustaría morir, tonto?—gruñó—. Quizá quieras que te dé una estocada en el corazón, y así no sufrirías mucho. Serás uno de mis mejores ejemplares. ¡Vamos, habla! ¿Qué tienes que decir? Recuerda que esta será la última oportunidad que tendrás para pensar con tu propia mente, pues muy pronto seré yo quien piense por ti. Te sentarás en mi salón de banquetes y tendrás que reír cuando yo te lo ordene. Verás a las dos mujeres que amaste, pero éstas se horrorizarán cuando las toques con tus manos viscosas o con tus labios muertos y fríos. Y siempre que las veas estarán con Skor, en cuyas venas fluye la sangre brillante de la vida.

Parecía que no tendría yo salvación. La espada con la que me amenazaba Skor era muy larga y puntiaguda, y de dos filos. Podía sujetarla para detenerla, pero me cortarían los dedos mientras me la clavaba en el cuerpo. Sin embargo, hasta eso estaba yo dispuesto a intentar. No esperaré pacientemente a que me diera la estocada mortal.

—¿No me contestas? —me dijo Skor—. ¡Muy bien, acabaremos pronto!

Tiró hacia atrás la mano con que empuñaba la espada, para darle empuje a su acometida. Duare se encontraba detrás de él, junto a una mesa llena de los desechos a los que Skor consideraba como sus *objects d'art*. Yo aguardaba la acometida para adelantarme a sujetar la espada. Skor titubeó unos instantes, tal vez para gozar un poco más de mi agonía. Pero yo no estaba dispuesto a darle ese gusto y me reí burlescamente de él.

En eso, Duare agarró un pesado jarrón que estaba sobre la mesa, lo alzó y se lo partió en la cabeza a Skor. El jong, sin lanzar ni un solo grito, se desplomó.

Salté sobre el caído para estrechar a Duare entre mis brazos, pero la joven me apartó poniéndome una mano sobre el pecho.

—¡No me toques! —exclamó—. No hay tiempo que perder si es que quieres huir de Kormor. ¡Sígueme Yo sé dónde está aprisionada la joven que viniste a rescatar.

La actitud de Duare hacia mi había cambiado totalmente y yo me sentía herido en mi orgullo. Salimos en silencio de la habitación. Duare me condujo por el corredor por el que había yo llegado al cuarto siguiéndola a ella y a Skor. Abrió una puerta lateral del corredor y yo la seguí por un pasillo hasta que se detuvo ante una pesada puerta cerrada con cerrojos.

—Ahí adentro está ella—me dijo.

Corrí los cerrojos y abrí la puerta. Nalte se hallaba parada en medio del cuarto. Me miró y, al reconocermelo, dejó escapar un grito de alegría y se arrojó a mis brazos.

—¡Oh, Carson! ¡Carson!—gritó—. Yo sabía que vendrías; presentí que era seguro que vinieras.

—Debemos apresurarnos—le dije—. Tenemos que salir de aquí.

Me volví hacia la puerta. Duare se encontraba de pie con actitud retadora y los ojos fulgurantes. Pero no dijo nada. Nalte la vio y la reconoció en seguida.

—¡Ah, eres tú! —exclamó—. ¡Cuánto me alegra que te encuentres viva! ¡Creímos que te habían matado!

Duare pareció quedar confusa ante la evidente sinceridad de Nalte, como si no esperase que la joven se alegrase de verla viva. Suavizó su actitud, y dijo:

—Si queremos escapar de Kormor, lo que no se si será posible, no debemos permanecer ni un minuto más aquí. Creo que sé cómo podremos salir del castillo, pues conozco una salida secreta que usa Skor. Un día, como resultado de uno de los estados de ánimo producidos por su locura, me mostró la puerta de esa salida, pero él lleva la llave y, antes que nada, tenemos que conseguirla

Regresamos a la habitación donde habíamos dejado a Skor tendido en el suelo y, al entrar, vi que el jong de Morov se movía y trataba de incorporarse. No pude explicarme cómo había sobrevivido al tremendo golpe que Duare le había asestado en la cabeza.

Corrí hacia él y lo derribé. Todavía estaba medio inconsciente, así que no opuso resistencia. Supongo que debí haberlo matado, pero me estremezco sólo de pensar en matar a un hombre indefenso, aun cuando se trate de un pillito como Skor. Lo até y lo amordacé, y luego revisé sus bolsillos y encontré sus llaves.

Después, Duare nos condujo al segundo piso del palacio y nos guió hasta una amplia habitación amueblada de acuerdo con el extraño gusto de Skor. Cruzó la estancia, recorrió un grotesco tapiz que cubría una pared y dejó al descubierto una puertecilla.

—Esa es la puerta—dijo Duare—. Hay que ver cuál es su llave.

Probé varias llaves hasta que al fin di con la que necesitábamos. Abrí la puerta y vimos que daba acceso a un estrecho pasillo, al que entramos después de haber corrido el tapiz y de cerrar la puerta detrás de nosotros. Avanzamos unos cuantos pasos y llegamos hasta una escalera de caracol. Yo me adelanté a bajar por ella, armado con la espada que le había quitado a Skor cuando me apoderé de sus llaves. Las dos jóvenes me seguían de cerca.

La escalera estaba iluminada, lo cual me alegró, pues así podíamos bajar rápidamente y con mayor seguridad. La escalera desembocaba en otro pasillo, y allí esperé hasta que las dos jóvenes llegaron junto a mi

—¿Sabes adónde conduce este corredor?—le pregunté a Duare.

—No—me contestó—; lo único que me dijo Skor fue que por aquí podía salir del castillo sin que nadie lo viese, y siempre entraba y salía por este lugar. En general, todo lo que hacía, hasta las cosas más sencillas de la vida, las cubría con un velo de misterio.

—Por la altura de la escalera que acabamos de bajar deduzco que nos encontramos más abajo del nivel del terreno del castillo—dijo—. Ojalá supiésemos dónde termina este pasaje secreto, pero sólo hay una manera de averiguarlo. ¡Sigamos adelante!

El corredor estaba débilmente iluminado por la luz de la escalera, y mientras más nos alejábamos de ésta, más oscuro quedaba nuestro camino. El pasaje se extendía por una distancia considerable y terminaba al pie de una escalera de madera. A tientas subí unos cuantos escalones y pronto mi cabeza topó con algo. Levanté las manos y el tacto me indicó que probablemente se trataba de una trampa de madera. Intenté empujarla hacia arriba, pero no pude moverla. Luego tente con los dedos sus bordes, y al fin encontré lo que buscaba: un cerrojo. Lo descorrí, volví a empujar la trampa hacia arriba y ésta cedió. La abrí solamente una o dos pulgadas, pero no vi que se filtrara ninguna luz por la abertura. Entonces la abrí más y metí la cabeza.

Podía ver algo más, pero no mucho. Solamente veía una oscura habitación con una ventanilla por la que penetraba la luz nocturna de Amtor. Empuñé fuertemente la espada del jong de Morov y subí por la escalera hasta entrar en el cuarto. Ningún ruido se oía.

Las dos jóvenes me habían seguido y se encontraban ya detrás de mi. Podía oír su respiración. Permanecimos inmóviles, con el oído atento. Poco a poco mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, y distinguí junto a la ventanita algo que me pareció ser una puerta. Me dirigí hasta allí y por medio del tacto comprobé que, efectivamente, se trataba de una puerta.

La abrí con suma precaución y vi que daba a una de las sórdidas calles de Kormor. Miré de un lado a otro con la intención de orientarme, y vi que aquella era una de las calles que llegaban directamente hasta el palacio, cuya sombría silueta descollaba tras la muralla, a mi derecha.

—Vamos —les dije en voz queda a las dos jóvenes—. Si nos encontramos con alguien —les advertí—, recuerden que deben caminar arrastrando los pies como lo hacen los cadáveres vivientes, mantener la vista fija en el suelo. Nuestros ojos nos podrían delatar.

—¿Adónde vamos? —me pregunté Duare, con voz apenas perceptible.

—Trataré de dar con la casa por la que entré a la ciudad—le contesté—, pero no sé cómo podré hallarla.

—¿Y si no la encuentras?

—Entonces tendremos que tratar de escalar la muralla; pero lograremos escapar.

—¿Qué importancia tiene eso?—murmuró Duare, como hablando consigo misma—. Si escapamos, siempre surgirá algún nuevo peligro. Creo que quisiera morir.

El tono de desesperanza de la voz de Duare era algo tan contrario a la firmeza de su carácter, que me impresionó.

—No te desanimes, Duare —le dije—; si logramos llegar a Havatoo, no correrás ningún peligro y serás feliz, y además, allí te tengo preparada una sorpresa que te hará abrigar nuevas esperanzas.

Yo pensaba en el avión en el que podríamos regresar a Vepaja, la tierra por la que indudablemente Duare se encontraba al borde de la desesperación por temor de no volverla a ver. Pero la joven, abatida, movió la cabeza de un lado a otro.

—No hay esperanza, ninguna esperanza de felicidad para Duare—exclamó.

Le dimos término a nuestra conversación al ver que por la polvorienta calle se aproximaban a nosotros unos cadáveres vivientes, entonces bajamos la vista y comenzamos a caminar arrastrando los pies. Los transeúntes pasaron junto a nosotros y se alejaron. Yo suspiré, aliviado.

Es inútil relatar la búsqueda de la casa que no pudimos encontrar. Toda la noche la buscamos y, al clarear el día, comprendí que debíamos buscar un lugar para escondernos hasta que volviese a caer la noche.

Vi una casa con la puerta partida, lo que no era muy extraño en la lúgubre ciudad de Kormor; y una rápida investigación me indicó que aquella casa estaba desocupada. Entramos y subimos al segundo piso. Allí, en uno de los cuartos posteriores, nos acomodamos para esperar que llegase a su fin el Largo día que todavía comenzaba.

Estábamos todos muy cansados, casi nos hallábamos exhaustos, y por lo tanto, nos tendimos en los duros tablones del suelo para tratar de dormir. Nadie hablaba, cada quien parecía estar absorto en sus fúnebres pensamientos. Un rato después, al oír la respiración acompasada de las dos jóvenes, me di cuenta de que se habían dormido; y creo que yo no tardé en dormirme también.

No sé cuánto tiempo dormí. Desperté al oír el ruido de unos pasos en la habitación contigua. Alguien caminaba por ella, y oí como si alguna persona hablase en voz baja consigo misma.

Me puse en pie lentamente, y empuñé la espada de Skor. En aquel momento no pensé en lo inútiles que eran las armas para defenderme de los muertos.

Los pasos parecieron aproximarse a la puerta del cuarto en el que habíamos buscado refugio, y un momento después, una vieja se detuvo en el umbral de la puerta y me miró asombrada.

—¿Qué hacen aquí?—me preguntó.

Si ella estaba sorprendida, yo no lo estaba menos, pues la vejez era algo que nunca había visto antes en Amtor. Su voz despertó a las dos jóvenes, y oí que se pusieron en pie y se acercaron a mí.

—¿Qué hacen aquí? —repitió la vieja, disgustada—. ¡Váyanse de mi casa, malditos cadáveres! No permitiré que ningún engendro concebido por la mente enferma de Skor entre en mi casa.

Miré atentamente a la vieja, y asombrado, le pregunté:

—¿No estás muerta?

—¡Claro que no! —exclamó—. ¿Eh? ¿No están muertos? —me preguntó, y dio unos pasos para acercarse a nosotros—. Dejen que les vea los ojos. No, no parecen ser los ojos de unos muertos. Pero dicen que Skor ya descubrió cómo hacer que los ojos de los cadáveres vivientes tengan el fulgor de la vida.

—Nosotros no estamos muertos—insistí.

—¿Entonces qué hacen en Kormor? Creí que conocía a todos los hombres y mujeres vivos de la ciudad, pero no les conozco a ustedes. ¿Las mujeres también están vivas?

Pensé rápidamente, y me pregunté si podría pedirle ayuda y confiarle nuestro secreto a aquella mujer. No cabía duda de que odiaba a Skor, y nosotros ya estábamos en su poder si es que quería denunciarnos. Imaginé que, de cualquier manera, nuestra situación no podía empeorar más, y entonces le dije:

—Éramos prisioneros de Skor, pero escapamos y queremos salir de la ciudad. Estamos en tus manos. ¿Quieres ayudarnos, o quieres entregarnos a Skor?

—No los entregaré a Skor —gruñó la vieja—. A ese malvado no le entregaría ni siquiera un pajarillo muerto; pero no se cómo podría ayudarles. No es posible salir de Kormor. Los centinelas muertos que vigilan la muralla nunca duermen.

—Yo entré a Kormor sin que me viese ningún centinela —le dije—. ¡Si pudiese encontrar la casa!

—¿Qué casa?—me preguntó.

—La casa donde se halla la entrada del túnel que llega hasta Havatoo.

—¿Un túnel que llega hasta Havatoo? Nunca he oído hablar de tal cosa. ¿Estás seguro?

—Yo vine anoche por él.

La vieja movió la cabeza de un lado a otro e, incrédula, dijo:

—Ninguno de nosotros los vivos ha oído nada acerca de ese túnel. Y si nosotros que vivimos aquí no podemos encontrarlo, ¿cómo esperas dar con él, tú, un forastero? Pero les ayudaré en lo que pueda; al menos los puedo esconder y darles comida. En Kormor siempre nos ayudamos unos a otros, es decir, los que estamos vivos.

—¿Hay aquí muchas personas más con vida?—le pregunté.

—Unas cuantas—me respondió la vieja—. Skor no ha podido todavía pescarnos y acabar con nosotros. Nuestra vida es muy triste, pues vivimos siempre ocultándonos; pero al menos vivimos. Si nos encontrase, nos convertiría en cadáveres ambulantes como a los demás—la vieja se acercó más a nosotros, y nos dijo—: No puedo creer que estén vivos; tal vez están engañándome.

Me palpó el rostro, y luego me tocó el cuerpo.

—Se siente el calor de tu sangre—me dijo. Luego me tomó el pulso, y exclamó—: ¡Si, si estás vivo! Vamos, los llevaré a un lugar mejor que este. Estarán más cómodos, pues esta casa no la habito muy a menudo.

Nos condujo a la planta baja, y luego salimos a un patio en el que, al fondo, había otra casa. Era una casa vetusta y pobremente amueblada. La vieja nos llevó a un cuarto posterior y nos dijo que nos quedásemos allí.

—Supongo que tienen hambre—nos dijo.

—Y sed—agregó Nalte—. Desde ayer por la tarde no he tomado agua.

—¡Pobrecilla! —dijo la vieja—. Te traeré agua. ¡Ah, qué jóvenes y qué hermosas son! Yo también fui joven y bella.

—¿Por qué has envejecido?—le pregunté—. Yo creía que toda la gente de Amtor poseía el secreto de la longevidad.

—Sí, pero, ¿cuántas personas pueden conseguir en Kormor el suero? Antes de que Skor viniera había de ese suero en la ciudad. pero él se lo llevó todo. Dijo que le daría vida a una nueva raza que no lo necesitaría porque nunca nadie envejecería. Los efectos de la última vez que me lo administraron ya han desaparecido y ahora estoy envejeciendo, y moriré. Morir no es tan malo, pero siempre que Skor no encuentre el cadáver de una. Nosotros, los vivos que todavía habitamos en esta ciudad, enterramos en secreto a nuestros muertos, debajo de los pisos de nuestras casas. Mi esposo y mis dos hijos están enterrados debajo de este suelo. Pero creo que ya debo ir a buscar el agua y la comida para traerlos. No tardaré.

La anciana partió silenciosamente, y Nalte dijo:

—¡Pobre mujer! Su única esperanza es morir, y todavía así, Skor podría sacarla de la tumba y robarle la paz de los sepulcros.

—¡Qué aspecto tan extraño tenía! —exclamó Duare, angustiada—. ¡Conque eso es la vejez! No la conocía. ¡Si no fuese por el suero, así quedaría yo algún día! ¡Oh, qué espantoso! Preferiría morir antes que llegar a estar así. ¡La vejez! ¡Oh, qué terrible!

Aquello era algo interesante. Presenciaba las reacciones de una joven de diecinueve años, que desconocía los estragos que causaba la ancianidad, y que por vez primera los contemplaba, y no pude menos que preguntarme si los jóvenes acostumbrados a ver la vejez no sufrirían un efecto subconsciente semejante al que experimentaba la joven princesa. Pero el regreso de la vieja interrumpió mis meditaciones y, al mismo tiempo, me dio oportunidad de conocer otro aspecto del carácter de Duare.

Cuando la vieja llegó a la habitación, cargada con las cosas que llevaba para comer, Duare corrió hacia ella y la ayudó.

—Debiste decirme que te acompañase para cargar todo esto—le dijo—; yo soy mas joven y más fuerte.

Duare asentó las viandas y el agua sobre la mesa, y luego sonrió dulcemente y le pasó un brazo por la espalda a la vieja y la llevó hasta una banca.

—Siéntate—le dijo—; Nalte y yo prepararemos la comida. Tú esperarás hasta que todo esté listo para que comamos juntos.

La vieja la miró asombrada durante un momento, y luego prorrumpió en llanto. Duare se acercó a ella y la abrazó.

—¿Por qué lloras?—le preguntó.

—No sé por qué—sollozó la anciana—. Tengo ganas de cantar, pero lloro. Hacia tanto tiempo que no oía palabras amables y que a nadie le importaba que yo estuviera contenta

o triste, fatigada o descansada. Entonces vi que a Duare y a Nalte se les inundaban de lágrimas los ojos, y que se dedicaban con mayor afán a preparar la comida, para ocultar la emoción que las embargaba.

Esa noche fueron a casa de Kroona, la mujer que nos había brindado su amistad, unas doce personas vivas de las que habitaban en Kormor. Todas ellas eran muy viejas, y había algunas más ancianas que Kroona. Rieron cuando Kroona les manifestó que temía que Skor las buscaba, y señalando sus cuerpos, dijeron, como sin duda habían repetido muchas veces, que si lo que quería Skor eran cuerpos viejos hacía tiempo que podía haber encontrado a todos los presentes, puesto que su vejez era prueba de que estaban vivos. Pero Kroona insistió en que corrían peligro, y no tardé en comprender que esa era su obsesión preferida, sin la cual probablemente habría sido aún más desgraciada, pues se emocionaba al pensar que llevaba una vida peligrosa, y que tenía que estar escondiéndose en diversas casas.

Sin embargo, todos los que habían ido de visita estuvieron de acuerdo en que Nalte, Duare y yo peligrábamos y nos aseguraron que nos ayudarían, es decir, en llevarnos alimentos y agua, y en ocultarnos de nuestros enemigos. Eso era todo lo que podían hacer, pues ninguno de ellos creía que fuese posible escapar de Kormor.

Al día siguiente, temprano, llegó uno de los visitantes de la tarde anterior. Estaba muy agitado y nervioso, y le temblaban las manos.

—Están revisando toda la ciudad con el fin de encontrarlos—murmuró—. Cuentan lo que le hiciste a Skor y dicen que se vengará terriblemente cuando te encuentre. Durante toda la noche y todo el día permaneció atado donde lo dejaste. hasta que uno de sus guardias lo encontró y lo soltó. En estos momentos están inspeccionando toda la ciudad para encontrarte. No tardarán en llegar aquí.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Duare—. ¿Dónde podemos ocultarnos?

—No pueden hacer nada más que esperar que lleguen —dijo el viejo—, pues revisarán hasta el último rincón de Kormor.

—Podemos hacer algo —dijo Nalte. Luego se volvió hacia el recién llegado, y le preguntó—: ¿No podrías conseguir los cosméticos que usan los cadáveres vivos para lograr esa apariencia de seres vivos?

—Sí—le contestó el viejo.

—Bien, entonces, por favor, tráenos eso lo más pronto que puedas—le rogó Nalte.

El viejo abandonó trabajosamente la habitación mascullando unas palabras ininteligibles para nosotros.

—Es lo único que podemos hacer, Nalte —le dije—. Creo que si el viejo regresa a tiempo, podremos engañar a los guardias, pues esos cadáveres vivos no son muy listos.

Parecía que el viejo no regresaría nunca, pero al fin llegó con una gran caja de cosméticos. Nos dijo que le había costado mucho trabajo que se la diera un amigo suyo, que estaba dedicado a maquillar a los cadáveres vivos.

Nalte comenzó en seguida a maquillar a Duare, y pronto la transformó en una anciana con el rostro surcado por infinidad de arrugas. Lo que resultaba más difícil cambiar era el color del cabello, pero por fin todos logramos blanqueárnoslo untándonos la pintura blanca hasta acabar con ella.

Duare y yo maquillamos juntos a Nalte, pues no había tiempo que perder, dado que el viejo que nos llevó los cosméticos nos había dicho que los guardias de Skor ya estaban registrando las casas de la cuadra contigua, y que no tardarían en llegar a la casa. Luego, Nalte y Duare desplegaron toda su eficacia y rapidez para convertirme en un viejo de mísero aspecto.

Kroona nos dijo que debíamos dedicarnos a realizar cualquier tarea, para que cuando los guardias llegasen pareciese que estábamos ocupados en nuestras faenas habituales. Entonces a Duare y a Nalte les dio unos trapos viejos para que fingiesen estar

confeccionando unos vestidos, y a mi me mandó al patio para que cavase un hoyo. Por fortuna me asignó esa tarea, pues, por asociación de ideas, recordé que debía ocultar la espada de Skor, puesto que si los guardias la encontraban no habría salvación para ninguno de nosotros.

Envolvi la espada con un pedazo de tela y la llevé al patio, y no tienen por qué dudar de que, al llegar allí, cavé un hoyo en menos tiempo de lo que tardé en decirlo. Al terminar de cavar el hoyo arrojé en él la espada y la cubrí con tierra, y en seguida comencé a cavar otro hoyo junto al primero y tiré la tierra sobre el lugar donde había enterrado la espada.

En el preciso momento en que terminaba se abrió violentamente la puerta que daba acceso al patio y entraron veinte cadáveres vivientes.

—Estamos buscando a los forasteros que escaparon del palacio —dijo uno de los recién llegados—. ¿Dónde están?

Fingí no oír bien, me puse la mano detrás de la oreja, y pregunté:

—¿Qué?

El guardia, con voz más fuerte, repitió la pregunta, y de nuevo volví a preguntar:

—¿Qué?

Entonces el cadáver viviente renunció a que yo comprendiese y se dirigió hacia la casa seguido de sus demás acompañantes.

Unos instantes después oí que volcaban todo lo que se encontraba adentro y a cada momento esperaba oír también sus exclamaciones de triunfo por haber descubierto que Duare y Nalte se hallaban disfrazadas.

XX - SOSPECHOSOS

Los guardias de Skor registraron la casa de Kroona con mayor celo que cualquiera de las otras casas ocupadas por cadáveres vivientes, pues seguramente el jong supuso que los únicos que quizá podrían ayudarnos en todo Kormor, eran los hombres que aún no habían muerto. Pero, finalmente, el registro llegó a su término y los cadáveres vivientes abandonaron la casa. Entonces me senté sobre el montón de tierra que había excavado y me sequé con un pañuelo el sudor que humedecía mi frente, un sudor frío que no había sido producido por lo arduo del trabajo. Creo que al cabo de aquellos quince minutos yo había estado a punto de sudar sangre.

Cuando entré a la casa, encontré a Duare a Nalte y a Kroona sentadas guardando un profundo silencio, como si todavía no pudiesen creer que nuestro plan había tenido éxito.

—Bueno, ya pasó todo —les dije, y mi voz pareció despertarlas de su arrobamiento.

—¿Sabes qué nos salvó?—me preguntó Nalte.

—Nuestros disfraces, por supuesto —le contesté.

—Los disfraces nos ayudaron, sí—me dijo—; pero lo que verdaderamente nos salvó fue la estupidez de los indagadores. Casi no nos miraron. Estaban buscando a unas personas que debían estar ocultas, y como no lo estábamos, no sospecharon de nosotros.

—¿Crees que ahora debemos quitarnos el maquillaje? —me preguntó Duare—. Nos sentiríamos mejor.

—No nos lo debemos quitar—le contesté—. Ya sabemos que esta vez no nos encontrarán, pero Skor podría ordenar un nuevo registro y entonces tal vez no tendríamos tiempo de disfrazarnos aun cuando lográsemos conseguir los materiales necesarios.

—Tienes razón—me dijo Duare—, y además, la incomodidad que nos produce este maquillaje no puede compararse con lo que acabamos de pasar.

—Estos disfraces tienen la ventaja de que nos permitirán salir sin gran temor de que nos descubran —dijo Nalte—. No tendremos que permanecer sentados todo el día en

este pequeño cuarto. Yo iré a una habitación del frente de la casa para tomar un poco de aire fresco.

No era mala idea; por lo tanto, Duare y yo acompañamos a Nalte, mientras Kroona se dedicaba a sus tareas cotidianas. El cuarto al que nos dirigimos daba a la calle. Desde él podíamos oír que los encargados de la pesquisa registraban la casa contigua, y ver que por la polvorienta calle pasaban los cadáveres vivientes. De pronto Nalte me sujetó el brazo y me señaló algo.

—¿Ya viste a ese hombre? —me preguntó con voz temblorosa.

—Sí, ya lo vi—le contesté—. ¿Qué tiene de extraño?

—¡Es el hombre que me raptó en Havatoo!

—¿Estás segura?—le pregunté.

—Sí, completamente segura—me respondió—. Nunca podré olvidarme de ese rostro.

Un plan, o mejor dicho, una inspiración, surgió en mi mente, y le dije a Nalte:

—Lo seguiré, no tardaré en regresar.

Luego di media vuelta y salí de la habitación.

Poco después me encontraba en la calle. El cadáver viviente se hallaba a unos cuantos pasos adelante de mí. Si mi suposición resultaba correcta, aquel sujeto me guiaría hasta la entrada del túnel que conducía a Havatoo.

Tal vez aquello no fuese aquel mismo día, pero si de una vez lograba saber dónde habitaba, entonces cualquier otro día...

Su paso era más rápido que el de la mayoría de los demás habitantes de Kormor, y caminaba como si tuviese en perspectiva algún propósito definido. Por lo que yo veía, juzgué que aquel cadáver viviente era resultado de uno de los experimentos más afortunados de Skor, y que a eso se debía que lo hubiese mandado como agente suyo a Havatoo, donde la manera tosca de andar de los cadáveres kormoranos habría delatado a cualquier otro.

Mientras lo seguía me fijaba en todos los detalles de la calle por la que andábamos, para que después yo no tuviese dificultades en mi regreso a la casa donde me esperaban Nalte y Duare. Mis esperanzas renacieron cuando dio vuelta por una calle que conducía hasta el río. Observé atentamente los edificios de la esquina y luego vi que, al aproximarse al río, volvió a dar vuelta y avanzaba por una callejuela. Lo seguí hasta la siguiente calle y entonces dobló otra vez hacia el río. Frente a nosotros se alzaba un edificio, y antes de que el agente de Skor entrase en él, yo lo había reconocido como el edificio bajo el cual se hallaba la entrada del túnel que conducía a Havatoo.

Al llegar junto a la reja del patio de la casa, el cadáver viviente, quizá para ver si nadie lo observaba, volvió la cabeza para mirar tras él. Entonces me vio.

Lo único que yo podía hacer era continuar mi camino. Con la mirada fija en el piso y sin prestarle la menor atención, me fui aproximando a él, sentía que su mirada casi pesaba sobre mí. Me pareció una eternidad el tiempo que transcurrió antes de que me cruzase con aquel cadáver viviente, y ya me preparaba a dejar escapar un suspiro de alivio por haberlo pasado, cuando me habló.

—¿Qué estás haciendo por aquí? —me preguntó—. A los de tu clase no se les permite entrar a este distrito. Vete y nunca más vuelvas a cruzarte en mi camino.

—Estoy buscando otra casa para vivir—le dije con voz ronca—. A la mía ya se le cayeron las hojas de las puertas y de las ventanas.

—Aquí no hay ninguna casa para ti—me contesto—. Ya te dije que a los de tu clase no se les permite vivir en este distrito. Lárgate, y que no te vuelva a ver por estos rumbos.

—Me iré —le dije, y di media vuelta.

Por fortuna no me detuvo, y un momento después doblé hacia la callejuela y quedé fuera del alcance de su mirada. Pero yo ya me había enterado de lo que me interesaba, y me sentía sumamente contento. Solamente un serio revés de la suerte podría ya evitar que yo guiase a Duare y a Nalte hasta la bella y segura ciudad de Havatoo.

Mientras caminaba por las calles de Kormor, de regreso a la casa de Kroona, no cesaba de pensar y de trazar planes para escapar. Estaba decidido a partir tan pronto cayese la noche, y pensaba ya en lo que haría a mi regreso a Havatoo.

Al entrar a la casa de Kroona, antes de que nadie me dijera nada, comprendí que algo grave pasaba. Duare y Nalte, evidentemente alarmadas, se adelantaron precipitadamente hacia mi. Kroona y el viejo que nos había llevado los cosméticos para disfrazarnos, conversaban mostrando señales de excitación.

—¡Al fin llegaste! —gritó Nalte—. Creíamos que no regresarías nunca.

—Tal vez no sea todavía demasiado tarde—dijo Duare.

—Yo quería esconderlas en otra casa —intervino Kroona—, pero se negaron a partir sin ti. Dijeron que si ya te habían capturado, no les importaba que las descubriesen.

—Pero, ¿de qué diantres están hablando?—les pregunté—. ¿Qué ha sucedido?

—Yo te lo contaré —me dijo el viejo que nos había llevado los materiales para que nos disfrazásemos—. El maquillador que me dio los cosméticos para ustedes nos traicionó para obtener favores de Skor. Un hombre oyó que mandó a su sirviente a palacio para que le dijera a Skor que él guiaría a sus guardias hasta la casa donde ustedes estaban escondidos. El hombre que oyó todo eso es mi amigo y fue a contármelo. Los guardias de Skor deben llegar aquí de un momento a otro.

Pensé rápidamente lo que se podía hacer y luego me volví hacia Duare y Nalte.

—Quítense el maquillaje lo más pronto que puedan —les ordené—; yo también me lo quitaré.

—Pero entonces estaremos perdidos sin remedio—objetó Duare.

—No, todo lo contrario —le respondí, al mismo tiempo que comenzaba a quitarme la pintura que cubría mis blondos cabellos.

—Sin los disfraces nos reconocerán—insistió Duare, a pesar de que tanto ella como Nalte seguían mi ejemplo y a toda prisa se quitaban la pintura del rostro y de los cabellos.

—Nuestra juventud es el mejor disfraz que podemos adoptar en esta emergencia—les expliqué—. Los guardias de Skor no son muy inteligentes que se diga, y como los enviaron a buscar a tres fugitivos que se disfrazaron de viejos, sólo les prestarán atención a las personas de edad avanzada y tendremos muchas probabilidades de evitar que nos descubran.

Nos apresuramos y pronto desaparecieron los últimos vestigios de nuestro maquillaje. Luego les dimos las gracias a Kroona y al viejo por todo lo que habían hecho por nosotros, les dijimos adiós y partimos de la casa. Al salir a la calle vimos a un grupo de guerreros que se aproximaban.

—Tardamos demasiado—dijo Nalte—. ¿Damos media vuelta y corremos?

—No—le respondí—; eso despertaría inmediatamente sus sospechas, nos perseguirían y lo más seguro es que nos dieran alcance. ¡Sigamos! Iremos a su encuentro.

—¿Qué? —exclamó Duare, asombrada—. ¿Nos entregaremos?

—Claro que no—le contesté—. Vamos a correr un gran riesgo, pero no hay otra alternativa. Investigarían si viesen que tres sujetos se alejan apresuradamente de ellos, y entonces sería probable que nos reconociesen; pero si ven que nos aproximamos, creerán que nos les tememos y no se imaginarán que somos los que están buscando. Caminen arrastrando los pies como los cadáveres vivientes y no levanten la vista del suelo. Duare, tú marcharás unos cuantos pasos delante de Nalte, y yo cruzaré al otro lado de la calle. Separados llamaremos menos la atención; ellos buscan a tres personas que esperan encontrar juntas.

—Me parece bastante acertado tu razonamiento —le dijo Duare, pero noté cierto escepticismo en el tono de su voz.

Yo tampoco estaba muy entusiasmado con mi plan, pero crucé al otro lado de la calle, por el que los guerreros se aproximaban, pues sabía que era menos factible que me

reconociesen a mi que a Duare, quien había estado durante algún tiempo en el palacio de Skor.

Debo reconocer que conforme disminuía la distancia que me separaba de los guerreros cada vez me encontraba más intranquilo, pero no levanté la vista del suelo y continué mi camino arrastrando los pies.

Al pasar junto a ellos, su jefe me marcó el alto y me dirigió la palabra. Sentí que el corazón me dejaba de latir.

—¿Dónde queda la casa de Kroona? —me preguntó.

—No lo sé—le respondí, y seguí caminando.

Durante unos momentos temí que me detuvieran, pero continuaron su camino sin prestarme ya más atención. Mi treta había dado buen resultado.

Tan pronto como supuse que había pasado el peligro crucé al lado opuesto de la calle, y cuando alcancé a las dos jóvenes, les dije que me siguiesen a distancia prudente.

Todavía faltaba una hora para que anocheciese, y para acercarnos al túnel, yo quería esperar la protección que las sombras de la noche podían ofrecernos; mientras tanto, teníamos que buscar dónde escondernos, pues en las calles a cada momento corríamos el peligro de resultar sospechosos.

Dimos vuelta en una callejuela y pronto encontré una casa deshabitada, de las que hay muchas en Kormor, que me pareció apropiada para escondernos, y así lo hicimos.

Las dos jóvenes estaban sumamente abatidas. Su silencio y su indiferencia delataban su estado de ánimo. El futuro debía parecerles desprovisto de toda esperanza; sin embargo, ninguna de ellas se quejaba.

—Tengo buenas noticias para ustedes—les dije.

Duare me miró con tan poco interés que parecía que para ella ya no podían existir buenas noticias. Desde que escapamos del palacio había estado extrañamente silenciosa. Rara vez hablaba si no se le dirigía la palabra, y evitaba tanto como le era posible entablar conversación con Nalte, aunque la actitud que mantenía hacia ella no era abiertamente hostil.

—¿Cuál es la buena noticia? —me preguntó Nalte.

—Encontré la entrada del túnel que conduce a Havatoo —le respondí.

Nalte no pudo ocultar la sorpresa que le produjeron mis palabras, pero Duare las recibió solamente con un interés pasivo.

—Si llegamos a Havatoo —dijo—, no se acortará la distancia que me separa de Vepaja.

—Pero tu vida ya no correrá peligro —le recordé.

La joven princesa se encogió de hombros, y me replicó:

—No sé si me importa seguir viviendo.

—No te desalientes, Duare —le supliqué—. Cuando estemos en Havatoo, estoy seguro de que hallaré la manera de localizar Vepaja y llevarte a que convivas de nuevo con tu gente.

Yo pensaba en aquel momento en el avión que tenía en el hangar de Kantum Lat, ya terminado y preparado para volar, pero no le hablé de él a Duare. Quería reservarle esa sorpresa para más adelante, y, además, todavía no nos encontrábamos en Havaioo.

Las dos horas que pasamos en espera de que la oscuridad cubriese completamente la ciudad han sido las dos horas más largas que he pasado en mi vida. Pero al fin pareció que ya no había peligro en ir a la silenciosa y abandonada casa cercana al río, en la que se cifraban todas nuestras esperanzas.

La calle estaba desierta cuando salimos del edificio donde nos hallábamos ocultos. Yo conocía el camino para llegar a nuestra meta, y pronto, sin ninguna demora ni riesgo alguno, vimos la derruida construcción que ocultaba la entrada del camino de la salvación.

Entramos al edificio y avanzamos en la oscuridad, con el oído atento a cualquier ruido. Sentí no haber podido recobrar la espada que le había quitado a Skor, y que había

enterrado en el patio de la casa de Kroona, pues con ella mi seguridad hubiese sido mayor.

Al fin, convencidos de que éramos las únicas personas que se hallaban en la casa y de que nadie nos había seguido, en compañía de Duare y de Nalte me dirigí hacia la puerta que ocultaba la entrada del túnel.

No tuve ninguna dificultad en encontrar la aldaba, y un momento después nos encontrábamos bajando por el oscuro pasadizo, rumbo a la libertad.

Corríamos el riesgo de cruzarnos con alguno de los cadáveres vivientes de regreso a Havatoo, pero supuse que todo estaba a nuestro favor, teniendo en cuenta que uno de ellos acababa de regresar a Kormor y que no había pruebas de que fuesen varios los que estuviesen en la ciudad del otro lado del río. Me imaginaba que los dos que nos habían asaltado, a Nalte y a mi, se habían arriesgado solos en aquella aventura, y si eso era cierto, no cabía duda de que también resultaba cierto que Skor nunca había enviado a Havatoo a más de dos de sus servidores al mismo tiempo. Anhelaba fervientemente que aquello fuese de tal manera.

Avanzamos en silencio por el oscuro y húmedo pasadizo que se extendía debajo del Río de la Muerte. Yo caminaba más rápidamente que cuando lo recorrí para llegar a Kormor, pues ya sabía que no había ninguna trampa en el camino.

Al fin mis pies toparon con las escaleras del final del túnel que conducían a la superficie de la tierra, y un momento después me detuve ante la puerta por la que entraríamos a Havatoo. No me detuve ni aguardé para escuchar si oía algún ruido. Ya nada podía detenerme, y tal era mi ansiedad, que habría derrotado a una docena de cadáveres vivientes de Kormor si se hubiesen interpuesto en mi camino.

Pero no encontramos a nadie al entrar en el edificio de Havatoo Lat. Nos dirigimos rápidamente a la puerta principal, y unos momentos después caminábamos por las iluminadas calles de la avenida.

Duare, Nalte y yo formábamos un llamativo trio vestidos con los andrajos con que nos habíamos disfrazado en Kormor, y no fueron pocas las miradas que atrajimos a nuestro paso.

Tan pronto como pude llamé un auto de servicio público y le dije al conductor que nos llevase a casa de Ero Shan, y por primera vez en muchos días, descansamos cómodamente al sentarnos en el blando asiento del vehículo.

Durante el trayecto conversamos mucho, en especial Nalte y yo. Duare se hallaba bastante silenciosa. Habló acerca de la belleza de Havatoo y de las maravillas que nos rodeaban, desconocidas y extrañas para ella, pero después de sus breves comentarios volvía a guardar silencio.

El conductor nos había mirado con desconfianza cuando abordamos su auto, y se comportó de manera rara al dejarnos a la puerta de la casa de Ero Shan.

Pero Ero Shan se mostró muy contento de vernos. Ordenó que nos sirviesen vinos y comida, y nos acosó a preguntas hasta quedar completamente enterado de todo lo que nos había ocurrido. Me felicitó por haber encontrado a Duare, pero me di cuenta de que su mayor felicidad consistía en ver que Nalte había regresado.

Las dos jóvenes estaban cansadas y necesitaban reposo, y ya nos estábamos preparando para llevarlas a la casa que le habían asignado a Nalte para vivir, cuando sobrevino el primer golpe que acabó con nuestra felicidad y nos hundió en la desesperación.

Alguien llamó a la puerta principal, y poco después un sirviente, seguido de numerosos guerreros a las órdenes de un oficial, entró en la habitación en que nos encontrábamos.

Ero Shan los miró sorprendido. Conocía al oficial y, llamándolo por su nombre, le preguntó a qué había ido a su casa con gente armada.

—Lo siento, Ero Shan —le respondió—, pero traigo órdenes del sanjong de aprehender a tres personas sospechosas que entraron a tu casa esta tarde.

—Pero a mi casa sólo ha entrado Carson Napier, a quien ya conoces, y estas dos jóvenes. Los tres son mis amigos—protestó Ero Shan.

El oficial miró atentamente nuestra indumentaria y su rostro expresó una expresión de sospecha.

—Entonces tendré que arrestarlos si es que nadie más ha entrado a tu casa—dijo.

No quedaba más remedio que acompañar a los guerreros, y así lo hicimos. Ero Shan nos acompañó, y poco después nos hallábamos ante un consejo de investigadores integrado por tres hombres.

El demandante era el conductor del auto que nos había llevado a casa de Ero Shan. Dijo que vivía por el rumbo donde habíamos tomado el auto y que como sabía del rapto de Nalte, al vernos por aquel lugar vestidos de manera extraña había sospechado inmediatamente de nosotros.

Nos acusó de ser espías de Kormor e insistió en que éramos cadáveres maquillados, como el hombre al que yo había detenido cuando raptaron a Nalte.

El consejo de investigadores escuchó mi relato de los hechos; luego, los tres investigadores interrogaron brevemente a Duare y a Nalte. A continuación le preguntaron a Ero Shan acerca de lo que sabía de nosotros, y sin abandonar la sala, a Nalte y a mi nos pidieron que nos retirásemos, y a Duare le ordenaron que se presentase al día siguiente para que el consejo oficial de investigadores la interrogase nuevamente.

Pensé que Duare les resultaba ligeramente sospechosa, y se lo dije a Ero Shan, quien solamente admitió estar de acuerdo en mi apreciación hasta que nos quedamos solos, después de haber dejado a las dos jóvenes en casa de Nalte.

—En Havatoo la justicia a veces se equivoca—me dijo gravemente—. El aborrecimiento que le tenemos a Kormor y a todo lo que se relaciona con esa ciudad, matiza todas nuestras decisiones al respecto. Duare admite haber estado durante algún tiempo en Kormor, así como también haber residido en el palacio del jong. El consejo de investigadores sólo sabe de ella lo que ella misma les ha dicho y lo que tú les has contado, pero no saben si pueden creerles. Recordarás que el resultado de tu examen no te acreditó como merecedor de una confianza total.

—¿Crees que Duare se halla en peligro?—le pregunté.

—No lo sé —me respondió—. Todo puede resolverse satisfactoriamente, pero, por otra parte, si el consejo abraza la menor sospecha respecto a Duare, la condenará a ser destruida, pues la idea que tenemos de la justicia es que es preferible cometer una injusticia con un solo individuo que poner en peligro la seguridad y el bienestar de la mayoría. A veces esa regla es cruel, pero los resultados que se han obtenido con su aplicación demuestran que es mucho mejor para nuestro pueblo que seguir una línea de acción débil y sentimental.

Esa noche no dormí bien. El temor que me producía la resolución que pudiesen tomar en el juicio del día siguiente me abrumaba.

XXI - EL VUELO

No se me permitió acompañar a Duare durante su examen. Fue encomendada a Hara Es, la misma mujer que había vigilado a Nalte durante su examen.

Para matar el tiempo que transcurriese hasta que diesen a conocer el resultado del examen, me dirigí al hangar para inspeccionar mi avión. Estaba en perfectas condiciones. El motor funcionaba casi sin hacer ningún ruido. En circunstancias ordinarias no hubiese podido resistir el deseo de ordenar que arrastrasen el avión al llano que se extendía en las afueras de la ciudad, para que yo hiciese el vuelo de prueba; pero me hallaba tan preocupado por la suerte que pudiese correr Duare que nada despertaba mi interés.

Pasé una hora en el hangar. Ninguno de mis ayudantes se encontraba allí, pues habían vuelto a encargarse de sus faenas habituales después de quedar terminado el avión. Luego fui a la casa que compartía con Ero Shan.

Mi amigo no estaba allí. Traté de leer pero no pude concentrarme en la lectura. Recorría con la vista los extraños caracteres de las letras amtorianas, pero mis pensamientos no se apartaban de Duare. Al fin renuncié a comprender lo que leía y salí a caminar por el jardín. Me había invadido un terror incontrolable que me agobiaba y entorpecía mi mente.

No sé cuánto tiempo caminé por el jardín, pero al fin mis tristes pensamientos fueron interrumpidos por un ruido de pasos que provenía del interior de la casa. No cabía duda de que era mi amigo Ero Shan el que se aproximaba. Me detuve y aguardé que llegase sin dejar de mirar hacia la puerta por la que pasaría al jardín. Un instante después lo vi y el corazón me dio un vuelco, pues la expresión de su rostro confirmaba mis temores. Se acercó a mi y me puso una mano en un hombro.

—Te traigo malas noticias, amigo mío—me dijo.

—Ya sé lo que vas a decirme —le respondí—; lo leí en tus ojos. ¿Ordenaron su destrucción?

—Es un error de la justicia—me dijo—, pero la sentencia es inapelable. Debemos aceptar que el fallo se basa en la sincera convicción del consejo de que está sirviendo al mejor interés de la ciudad.

—¿No puedo hacer nada?—le pregunte.

—Nada—me respondió.

—¿No dejarán que yo me la lleve de Havatoo?

—No. Ellos le temen tanto a la influencia contaminadora de Skor y de sus cadáveres vivientes que a ninguno de éstos que haya caído en sus manos le permitirían vivir.

—¡Pero ella no es uno de los cadáveres vivientes de Skor!—aclaré.

—Estoy completamente seguro de que tienen dudas, pero la ciudad, y no el acusado, goza del beneficio de la duda. No se puede hacer nada.

—¿Crees que me dejen verla? —le pregunté.

—Es posible—me respondió—. Por algún motivo su destrucción no tendrá lugar sino hasta mañana.

—¿Me harás el favor de arreglar la entrevista, Ero Shan?

—Sin duda alguna—me respondió—. Espérame aquí mientras veo qué puedo hacer.

Nunca había pasado yo horas tan largas y tan amargas como las que transcurrieron mientras esperaba que regresase Ero Shan. Nunca, en ninguna dificultad, me había sentido tan impotente y tan carente de esperanzas. Si los hombres con quienes tenía que tratar hubiesen sido personas comunes y corrientes, habría vislumbrado algún rayo de esperanza. Su probidad no permitía ni siquiera la menor probabilidad de que yo pudiese sobornar, aunque fuese a uno de los guardias de menor categoría; no era posible conmover a ninguno de aquellos hombres, pues la fría y dura lógica de su razonamiento convertía sus mentes en fortalezas de convicción impenetrables, a las que resultaba inútil asaltar.

Dije que va no abrigaba ninguna esperanza, pero eso no fue totalmente cierto. No sé en qué se basaban todavía mis esperanzas, pero el caso es que me resultaba tan difícil concebir que Duare sería destruida, que mis facultades mentales debían de haberse embotado ligeramente.

Ya había anochecido cuando Ero Shan regresó. Al entrar en la habitación en la que, finalmente, me había refugiado para esperarlo, no me fue posible descubrir ni esperanza ni angustia en la expresión de su rostro. Mi amigo estaba muy serio y muy cansado.

—¿Conseguiste el permiso para la entrevista?—le pregunté.

—Tropecé con muchas dificultades—me dijo—; tuve que hablar con todos los miembros del sanjong, pero al fin conseguí el permiso para que visites a Duare.

—¿Dónde está ella? ¿Cuándo podré verla?

—Te llevaré a verla ahora mismo—me contestó.

Después de subir a su auto le pregunté cómo había logrado que le concedieran el permiso para visitar a la joven princesa.

—Como último recurso llevé a Nalte conmigo —me contestó—. Ella sabía más que cualquiera en Havatoo acerca de ti y de todo lo que tú y Duare habían pasado juntos. Durante unos momentos creí que llegaría a convencer al sanjong para que revocase la sentencia que había dictado en contra de Duare, y solamente gracias a su intervención dieron al fin su consentimiento para esta última entrevista. Por medio de Nalte supe mucho acerca de ti y de Duare, mucho más de lo que por ti mismo he sabido..., y también me convencí de algo más.

—¿De qué se trata?—le pregunté al ver que callaba.

—Comprendí que amo a Nalte—me contestó.

—¿Y sabes si ella te ama?

—Sí. De no ser por tu aflicción, esta noche yo sería el hombre más feliz de Havatoo. ¿Pero qué te hizo suponer que Nalte me amaba?

—Ella me lo dijo.

—¿Y por qué no me lo hiciste saber?—me preguntó en tono de reproche.

—También estabas enamorado de ella.

—Ella me dijo que tú pensabas llevarla a Andoo, pero ahora creo que no será necesario, pues parece que está dispuesta a quedarse en Havatoo.

Mientras hablábamos el auto había estado avanzando por el Korgan Lat, rumbo al estadio, pero de pronto Ero Shan dobló en una calle lateral y nos detuvimos ante una pequeña casa.

—Ya llegamos—me dijo— Esta es la casa de Hara Es, la encargada de vigilar a Duare. Hara Es te está esperando. Yo te aguardaré aquí. Tienes permiso de permanecer en la casa durante cinco virs.

Cinco virs equivalen más o menos a veinte minutos de tiempo terrestre. Me parecía que era demasiado poco, pero peor habría sido que no me hubiesen concedido la entrevista. Llamé a la puerta de la casa, y unos momentos después me recibió Hara Es.

—Te estaba esperando—me dijo—. Sígueme.

Me condujo hasta el segundo piso, llegamos ante una puerta y la abrió.

—Entra —me dijo—. Dentro de cinco virs vendré a buscarte.

Al entrar en la habitación, Duare se levantó de un diván y me miró. Hara Es cerró la puerta y corrió el cerrojo. Oí que el ruido de sus pasos se alejaba por la escalera. Por primera vez, después de un tiempo que me parecía una eternidad, Duare y yo nos encontrábamos solos.

—¿Por qué viniste?—me preguntó Duare con voz fatigada.

—¡Tú me preguntas eso! —exclamé—. Tú sabes bien por qué vine.

La joven princesa movió la cabeza de un lado a otro, desalentada.

—No puedes hacer nada por mi, nadie puede ayudarme. Yo supe que vendrías en caso de que pudieras ayudarme, pero puesto que no es posible, no sé para qué has venido.

—En caso de no existir otra razón, habría venido porque te amo. ¿Acaso no basta eso?

—No me hables de amor—me dijo, y me miró de manera extraña.

Opté por no hacer más infelices sus últimos momentos dedicándole atenciones que no deseaba. Traté de animarla, pero me dijo que no era desgraciada.

—No le temo a la muerte, Carson Napier—me dijo—. Ya que parece ser imposible que pueda regresar a Vepaja, prefiero morir. No soy feliz, nunca podré serlo.

—¿Y por qué nunca podrás ser feliz?—le pregunté.

—Ese es mi secreto, y me lo llevaré a la tumba. Ya no hablemos más de eso.

—No quiero que mueras, Duare. ¡No debes morir! —exclamé.

—Te lo agradezco, Carson; pero, ¿qué podemos hacer?

—Algo, debe de haber algo. ¿Cuántas personas hay en esta casa además de Hara Es?

—No hay nadie más.

De pronto una esperanza insensata se apoderó de mí. Examiné rápidamente la habitación. Solamente había en ella lo indispensable para las necesidades de un prisionero. No vi nada que pudiera ayudarme a poner en práctica mi plan. El tiempo volaba. Hara Es regresaría pronto. En eso vi el ceñidor, semejante a un sarong que llevaba Duare y que acostumbraban usar todas las mujeres de Amtor.

—Dame eso—le dije, y me acerqué a ella.

—¿Para qué?—me preguntó.

—No tengo tiempo de explicártelo. Haz lo que te digo; nos queda poco tiempo.

Duare hacia tiempo que se había acostumbrado a doblegar su orgullo cuando el tono de mi voz le indicaba que teníamos que hacerle frente a una emergencia, y me obedecía sin replicar. Rápidamente se despojó del ceñidor y me lo entregó.

—Toma—me dijo—. ¿Qué vas a hacer con esto?

—Espera y lo verás. Quédate parada en el lado derecho de la habitación. Hara Es viene hacia aquí, oigo el ruido de sus pasos en la escalera.

Me dirigí rápidamente a un lado de la puerta, para que al entrar Hara Es no pudiera verme. Permaneci inmóvil y aguardé. Algo más que mi vida estaba en juego, y sin embargo no me encontraba nervioso. Mi corazón latía tan tranquilamente como si tan sólo estuviese esperando una visita.

Oí que Hara Es se detenía delante de mi puerta. Oí que la llave giraba en la cerradura. Luego, la puerta se abrió y Hara Es entró en la habitación. La sujeté por el cuello y cerré la puerta con el pie.

—No hagas ruido—le advertí—, o tendré que matarte.

—Eres un tonto—dijo Hara Es, sin perder la calma—. Con esto no lograrás salvar a Duare, y en cambio tu muerte será segura. No pueden escapar de Havatoo.

Sin responderle, seguí adelante con mi plan. La até fuertemente con el ceñidor de Duare, y luego la amordacé. Después la levanté del suelo y la tendí en el diván.

—Siento tener que hacer esto, Hara Es. Ahora tengo que librarme de Ero Shan. No se enterará de lo que he hecho. Por favor, no dejes de informarle al Sanjong que Ero Shan no es responsable de lo que ha pasado. Te dejaré aquí hasta que pueda separarme de Ero Shan sin despertar sus sospechas. Tú, Duare, mientras tanto, vigila a Hara Es hasta que yo regrese. Cuida de que no afloje sus ligaduras.

Me incliné y recogí la llave que Hara Es había dejado caer cuando la sujeté al entrar; luego salí de la habitación y cerré la puerta. Un momento después me encontraba en el auto en compañía de Ero Shan.

—Regresemos a la casa lo más rápido posible—le dije.

Luego guardé un silencio prolongado, un silencio que Ero Shan, respetuosamente, no perturbó.

Mi amigo condujo el auto velozmente, pero a mí me pareció que tardamos una eternidad en llegar al garaje de la casa. Como en Havatoo no hay ladrones, las cerraduras no son necesarias; por lo tanto, las puertas del garaje se quedaron abiertas, como era costumbre, excepto en los días de tormenta. Mi auto también se encontraba allí dentro de frente a la calle.

—Casi no has comido nada hoy —me dijo Ero Shan al entrar en la casa—; supongo que comerás algo ahora.

—No, gracias—le respondí—. Me retiraré a mi cuarto.

No podría comer nada ahora.

Ero Shan me apretó suavemente el hombro, pero yo hubiese engañado a cualquiera con tal de salvar a Duare.

Entré en mi cuarto pero sólo permanecí en él el tiempo necesario para recoger mis armas; después regresé al garaje. Al subir a mi auto, me alegré sumamente de que los motores de Havatoo fueran silenciosos. El auto salió del garaje como si fuese un fantasma que se perdía en la noche, y al alejarme de la casa silenciosamente, le dije adiós a Ero Shan.

Sentí temor cuando me aproximaba a la casa de Hara Es, pero, al entrar, todo estaba en silencio y rápidamente subí hasta el segundo piso.

Al abrir la puerta del cuarto en el que había dejado a Duare y a Hara Es, dejé escapar un suspiro de alivio al ver allí a las dos mujeres. Me acerqué al diván y examiné las ligaduras de Hara Es. Parecía que se hallaban seguras.

—¡Vamos! —le dije a Duare—. No hay tiempo que perder.

Salimos de la habitación. Cerré la puerta con llave, y luego, en un cuarto del primer piso, encontré un nuevo sarong para Duare. Un momento después nos encontrábamos en mi auto.

—¿Adónde vamos? —me preguntó la joven—. En Havatoo no es posible esconderse. Nos encontrarán.

—Abandonaremos Havatoo para siempre—le respondí.

En eso vi que un auto pasaba junto al nuestro y se detenía frente a la casa de la que habíamos salido. En él viajaban dos hombres; uno de ellos salió rápidamente del vehículo y corrió hacia la puerta, entonces aceleré cuanto pude la marcha. Había visto lo suficiente como para temer algo fatal, y Duare también se había dado cuenta de todo.

—Ahora descubrirán nuestra fuga, y te matarán —me dijo—. Yo sabía que esto terminaría mal. ¡Oh, me hubieras dejado morir sola! Quiero morir.

—¡No lo permitiré!

Duare no dijo nada más, y el auto continuó avanzando velozmente por las calles de Havatoo, que por entonces se encontraban ya casi desiertas, en dirección al Kantum Lat y a la Puerta de los Físicos.

Habíamos recorrido aproximadamente dos millas de las tres que teníamos que cubrir para llegar a nuestro destino, cuando oí un siniestro ruido que nunca había escuchado antes en Havatoo. Se parecía al sonido de las sirenas de las patrullas de la policía de la Tierra. No tardé en comprender que se trataba de una alarma, y supuse que el hombre que había entrado en la casa de Hara Es había encontrado a la mujer atada y nuestra fuga ya era conocida.

Cuando nos detuvimos frente al hangar donde se encontraba mi avión, el ruido de las sirenas ya se oía bastante cercano a nosotros; parecía como si todas las sirenas se estuviesen aproximando desde diferentes rumbos para converger en el lugar donde nos hallábamos. No me sorprendía que hubiesen supuesto dónde podrían encontrarnos pues hasta para personas menos inteligentes que los habitantes de Havatoo, resultaría obvio que sólo desde allí podríamos escapar.

Tomé a Duare de un brazo y la bajé del auto casi a rastras, y corrimos hacia el hangar. Las grandes puertas, que funcionaban por medio de un mecanismo, se abrieron tan pronto como oprimí un botón. Subí a Duare a la cabina del avión. Ella no me preguntó nada; no había tiempo para hacer preguntas.

Luego me senté al lado de la joven. Yo había diseñado el avión para prácticas de vuelo, y había en él dos asientos, cada uno con lugar para que se sentasen dos personas. Puse en marcha el motor. ¡Ah, qué motor! Silencioso, carente de vibraciones, y no había que calentarlo.

El avión corrió por el Kantum Lat. Las sirenas sonaban cada vez más cerca. Vi las luces de los autos que corrían tras nosotros, y cuando nos dirigíamos hacia la Puerta de los Físicos. oí el zumbido entrecortado de los rifles amtorianos. ¡Hacían fuego contra nosotros!

El avión comenzó a despegar del suelo; la gran puerta se alzaba exactamente frente a nosotros. ¡Sube! ¡Más rápido! ¡Más rápido! Contuve el aliento. ¿Lograríamos elevarnos lo suficiente? De pronto la ligera nave ascendió casi verticalmente y pasó sobre la pesada puerta, tan sólo a unas cuantas pulgadas más arriba de ella. ¡Nos hallábamos a salvo!

Las luces de Havatoo brillaban muy por debajo de nosotros cuando dirigí el avión rumbo a la brillante cinta plateada del curso del Río de la Muerte —el Río de la Vida, para nosotros— que nos guiaría hasta el desconocido mar en el que, sin duda, localizaríamos la isla de Vepaja.

Duare no había pronunciado ni una sola palabra. Se hallaba temblorosa, y yo le pasé un brazo por los hombros.

—¿Por qué tiemblas? —le pregunté—. Ya estamos a salvo.

—¿Qué cosa es esta en la que estamos?—me preguntó—. ¿Por qué no cae a tierra y nos mata? ¿Qué la mantiene en lo alto?

Le expliqué lo mejor que pude de qué se trataba, y le dije que no había peligro de que cayésemos; entonces ella exhaló un profundo suspiro de alivio.

—Si tu dices que estamos seguros, ya no tengo por qué temer—me dijo—. Pero, dime, ¿por qué te sacrificas por mí?

—¿Sacrificarme?—le pregunté.

—Ya nunca podrás regresar a Havatoo; te matarían.

—No quiero volver a esa ciudad si no puedes vivir en ella sin correr peligro—le respondí.

—Pero, ¿y Nalte? —me preguntó—. Ustedes se amaban y ahora no podrán volverse a ver.

—Yo no amo a Nalte ni ella me ama. Yo solamente te amo a ti, Duare; y Nalte y Ero Shan están enamorados. Vamos camino a Vepaja, y prefiero tratar de ganar tu amor allá, a ser un sanjong y vivir en Havatoo sin ti.

Duare guardó silencio durante un largo rato, y después se volvió hacia mí y me miró a los ojos.

—Carson—murmuró.

—Si, dime, Duare.

—¡Te amo!

Yo no podía creer lo que había oído.

—¡Pero, Duare, eres la hija del jong de Vepaja!—exclamé.

—Eso lo he sabido siempre —me dijo—, pero hasta ahora sé que, por sobre todo, soy una mujer.

Entonces la tomé entre mis brazos... Nuestro maravilloso avión volaba hacia Vepaja, y yo hubiese querido prolongar una eternidad aquel dulce abrazo al que nos hallábamos entregados.

FIN